

LOS SUEÑOS de ASERRÍN

VOLVER AL FUTURO

José Antonio Rosique Cañas





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, José Antonio de los Reyes Heredia
Secretaria general, Norma Rondero López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Francisco Javier Soria López
Secretaria de Unidad, Angélica Buendía Espinosa

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, Esthela Irene Sotelo Núñez
Secretaria académica, Pilar Berrios Navarro
Jefe del Departamento de Relaciones Sociales, Alfonso León Pérez
Jefe de la Sección de Publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

Claudia del Carmen Díaz Pérez / José Fernández García
Araceli Mondragón González / Mario Rufer / Alejandra Toscana Aparicio
Asesores: René David Benítez Rivera / Manuel Triano Enríquez

COMITÉ EDITORIAL DEPARTAMENTAL

Hedaliid Tolentino Arellano (Presidenta)
José Luis Cepeda Dovala / Cristina Yolanda Massieu Trigo
Jaime Osorio Urbina / José Antonio Rosique Cañas

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.
Edificio A, 3er piso. Teléfono 55 54 83 70 60
pubesh@gmail.com / pubesh@correo.xoc.uam.mx
<http://desh.xoc.uam.mx/repdig>
<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>

Los textos presentados en este volumen fueron revisados y dictaminados por pares académicos expertos en el tema y externos a nuestra Universidad, a partir del sistema doble ciego, proceso realizado por el Comité Editorial del Departamento de Relaciones Sociales, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Agradecemos a la Rectoría de Unidad el apoyo recibido para la presente edición.

Los sueños de aserrín

Volver al futuro

José Antonio Rosique Cañas



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Xochimilco



Fides

Los sueños de aserrín: Volver al futuro

Primera edición: diciembre de 2024

D. R. © Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud, Alcaldía Coyoacán,
CP 04960, CDMX, México

Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y
Humanidades. Edificio A, 3er piso. Tel. (55) 5483 7060
pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<https://casadelibrosabiertos.uam.mx/ebooks.html>
<http://desh.xoc.uam.mx/repdig/>

D. R. © Fides Ediciones
Seris 33 B, Colonia CTM Culhuacán,
Alcaldía Coyoacán, CP 04440, CDMX, México.
fides.ediciones@gmail.com
www.fidesediciones.com.mx

Diseño de portada: Marcela Muñoz
Edición y producción: Fides Ediciones

ISBN UAM: 978-607-28-3286-2

ISBN Fides Ediciones: 978-607-5901-25-1

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el
diseño tipográfico y de portada–, sea cual fuere el medio, electrónico
o mecánico, sin el consentimiento escrito de los coeditores.

Hecho en México.

*A la memoria de mis padres y mi hermana Olga,
con quienes compartí momentos muy felices de mi vida.*

*A Gloria Josefina, Antonio Verónico y su esposa
Michelle, quienes, con su energía,
me inspiran para seguir dando la batalla.*

*A mi nieta Leyre, quien, desde España,
alimenta mis nuevos sueños.*

*A mis hermanos Luis y Jaime,
con quienes he convivido
desde nuestros primeros momentos de vida.*

*A Gloria Verónica,
quien desde hace 53 años
ha sobrevivido a mi lado,
a pesar de todas mis fallas.*

Contenido

Agradecimientos	9
Preámbulo	11
Adiós a su amigo el escritor	29
El Alpiste: entre anhelos y sueños	51
La chamana de Sahuayo que despertó al Alpiste	61
Gabo acepta servir de médium	71
Los espíritus que vinieron del más allá	77
El Alpiste amanece en el País Vasco	87
El Alpiste con la tía violinista de Gabo	97
El Alpiste en Vizkaia peleando al lado de Napoleón	113
El Alpiste encuentra a los Arregui en Pamplona	119
El tatarabuelo del Alpiste en Villabuena de Álava	129

Irum: el pueblo del tatarabuelo de Fernando Alonso	137
Santander: don Roberto Vázquez, alias el Burro	147
Los Espejos de la Reina, donde viven los del Cojo	155
Pola de Lena y el hostel de don Pepe Faes	161
Los Lorenzo en los puentes de Pola de Somiedo	173
Los Martín regresando a Segovia para la boda	189
El Alpiste se topa con el marqués Caballero	199
El Castro de Viladonga, pueblo de la familia Castro	209
El Alpiste en Galicia buscando a los López	219
El Alpiste en el marquesado de los Figueroa	227
El Alpiste volviendo al futuro	239
Epílogo	249
Referencias	251

Agradecimientos

*Nadie está condenado a sus condiciones de nacimiento,
a su entorno social, familiar o conyugal.
El simple hecho de presentir un destino más favorable,
a menudo permite derribar los muros que nos oprimieron.*

Pascal Bruckner, *La euforia perpetua*.

En 1973 me inicié como ayudante de profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), al lado del maestro Juan Manuel Cañibe Rosas. En 1975, el doctor Leopoldo González Aguayo me invitó para que fuera coordinador y fundador de la carrera de Sociología, en la ENEP Aragón de la UNAM. Más tarde, en 1978, el maestro José Vitelio García Maldonado me invitó también para fundar la Universidad

Pedagógica Nacional, yo como profesor de la licenciatura de Sociología de la Educación. Finalmente, en 1980, gané el concurso de oposición para profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco. Por eso y más, extendo mis agradecimientos a esos profesores e instituciones que me impulsaron, pues al lado de ellos me forjé como académico universitario y tuve la oportunidad de ser becario del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt) desde 1981, lo que me ha permitido realizar estudios de posgrado y estancias académicas en Estado Unidos, Francia y España. Me incorporé al Sistema Nacional de Investigadores y, desde esa posición de privilegio, he podido publicar libros, artículos y la novela *Los sueños de aserrín: Volver al futuro* que, en esta ocasión, estoy entregándoles en la última versión, atendiendo la convocatoria que la Rectoría de la UAM Xochimilco emitió en febrero de 2024, la cual abre un espacio institucional para difundir nuestros trabajos, tanto de investigación científica como literarios. Por eso, enfatizo mi agradecimiento hacia el doctor Francisco Javier Soria López y el Conahcyt que, después de 43 años, me sigue apoyando para realizar investigación y actividades de difusión, dentro y fuera del país.

José Antonio Rosique Cañas
Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Xochimilco

Preámbulo

Son las palabras las que cantan. Amo tanto las palabras. Brillan como piedras de colores. Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema. Todo está en la palabra. Son antiquísimas y recientes. Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos. Todo se lo tragaban. Salimos perdiendo. Salimos ganando. Se llevaron el oro y nos dejaron el oro. Nos dejaron la palabra.

Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*¹.

Tengo que decirlo: en mi vocación como sociólogo perdura la idea de que, en estos tiempos, la globalización está dentro

¹ Fragmento del poema que aparece en la página 58 de *Confieso que he vivido*, libro que Neruda terminó días antes de morir en un hospital de su país, donde, cuando el general Augusto Pinochet acababa de dar su golpe de Estado, dejó de ser atendido. Poco importó el Premio Nobel de Literatura, cuando era un afamado poeta comunista de América Latina. Este libro se publicó en México por la Editorial Melo en 1976.

de nuestras recámaras, sobre nuestras mesas de comedor, en la calle cuando caminamos, está en todas partes. Llega a través de televisores, pantallas grandes y chicas, y sobre todo, por nuestros celulares multifuncionales, que permiten a todos, incluso a niños de muy corta edad, vivir sobreinformados, bombardeados por voces e imágenes que están a nuestra disposición las 24 horas del día. Hoy, es una realidad: vivimos en la Aldea Global, como la llamó Marshall McLuhan hace 60 años. Desde luego reconocemos la fuerza de los argumentos de McLuhan y de su colega Bruce R. Powers ante las evidencias actuales.

Pero, a pesar de estos nuevos bienes y males, los trabajos arqueológicos, antropológicos e históricos de nuestros tiempos nunca han dejado de dar importancia a la vida cotidiana de los barrios y sitios donde las personas comunes van y vienen todos los días. Existe una persistente fijación con el lugar donde nacieron y donde viven. Desde esta conexión surge la *topofilia*, el apego a los lugares que la gente siente como propios, donde quiere permanecer al lado de los suyos y, si es necesario, defenderlos calle por calle frente a la invasión de los otros. Carlo Mario Yory realiza preguntas como ¿qué entendemos por “lugar” y cuál es su relación con “territorio”?, ¿qué significa ser de un lugar?, ¿el habitar tiene alguna relación con la teoría del lugar?²

² Carlo Mario Yory, “El concepto de «topofilia» como teoría del lugar”, [<https://academic02.tripod.com/topofilia.pdf>].

De alguna manera, esta novela deja entrever la importancia que tienen para los personajes la casa, la calle, la colonia, el barrio, porque los ven como su lugar, su espacio, su territorio. Así lo ven, más allá de los cambios que lo transforman, casi siempre para el beneficio de actores globales impulsados por intereses capitalistas, que en el caso mexicano llegaron hace 500 años con los colonizadores europeos. Por eso México sigue siendo subdesarrollado, dependiente y neocolonial, con espacios privilegiados para unos pocos, donde predominan las plazas comerciales, los grandes edificios con ventanales que parecen azulejos y fachadas adornadas con los brillantes logotipos de marcas internacionales. Esta es la realidad de la Tacubaya de hoy, que se describe en *Los sueños de aserrín*.

El Alpiste es el personaje central en esta antología de cuentos publicados entre 2018 y 2021. Es un niño que por las noches despertaba a sus hermanos al mecerse semidormido en su cuna, y su mamá tenía que levantarse a reacomodarlo y poner su cuna de vuelta, pegada a la pared, porque ya la había movido a la mitad del cuarto. El título de los cuentos se relaciona con una canción popular en muchos países de habla hispana, que sus tías le cantaban a fines de los años cuarenta, seguramente porque su padre se llamaba Juan, que era como el *paterns familia*; era una pieza medio mamona que decía así:

*Aserrín, aserrán,
los maderos de San Juan,
piden pan, no les dan,
piden queso,
les dan un hueso
y les retuercen el pescuezo.*

Durante sus primeros años, el Alpiste fue un niño muy feliz, pues en la casa de su abuelo vivían seis familias repartidas en varios cuartos. Había cuatro baños, dos patios y unos lavaderos detrás de la escalera que subía al segundo piso. En total, eran veintiocho parientes, incluyendo a don Juan, el dueño de la casa.

Don Luis, el papá del Alpiste, estaba casado con Elena, la mayor de diez hermanos y hermanas. Su vivienda estaba subiendo la escalera, y constaba de dos cuartos con una cocina y un baño compartido con tres tías, hermanas del abuelo. Ellas vivían en la parte más alta de la casa, en tres cuartos del fondo. La tía Carmen era enfermera del ejército y su hija, Beta, trabajaba como secretaria en la Durkin Motors, una distribuidora de autos que aún sigue en la calle Lorenzo Borturini. En 1949, Beta se casó con un joven muy guapo que también se llamaba Luis. Tuvieron cinco hijos, pero un día, este canalla se fue para Acapulco, supuestamente a trabajar con unos agricultores de fruta, y nunca regresó.

Cuando el Alpiste bajaba al pequeño patio trasero, donde estaban los lavaderos, jugaba con su primo Jorge, un niño muy consentido por su abuela Eliza, que era prima del abuelo Juan. Ella le sacaba cada día su caja de juguetes, ponía una cobijita doblada sobre el suelo y allí se entretenían el par de escuincles toda la mañana. Al mediodía llegaba la tía Irene, que vivía a una cuadra, en la casa de los Alvarado. Estaba casada con el capitán Rafael Díaz Alvarado, a quien todos le decían el Tío Lay. Ella traía a Manuel y a Angélica para que saludaran al abuelo, con el obligado beso en la mano. Así se armaba una tribu de seis chamacos, porque se sumaban Olga y Luis, los hermanos mayores del Alpiste.

Cuando el Alpiste cumplió cinco años, tuvo que ir al kínder Morelos junto con Angélica, Olga y Manuel ya estaban allí desde el año anterior, así que a la hora del recreo se encontraban en el patio lleno de jardineras. Esa escuela sigue ahí, sobre avenida Revolución, justo enfrente del emblemático edificio Ermita, donde aún se encuentra el cine Hipódromo. Al frente, sobre Pedro Antonio de los Santos, lucía un enorme letrero luminoso de la zapatería Canadá. Justo en ese punto, las avenidas se parten en dos: de frente empieza la avenida Jalisco, que lleva al mercado de Tacubaya, que en ese entonces se ponía sobre las vías del tren que bajaba del pueblo de Santa Fe; en diagonal, empieza la avenida Revolución, que ahora es un eje vial que llega hasta Ciudad Universitaria.

Esos años fueron los mejores de su vida para el Alpiste. Le gustaba mucho colorear con sus crayolas los cuadernos de figuritas, pero el problema surgió cuando las maestras se dieron cuenta de que ese chamaco coloreaba el pasto de anaranjado y el cielo de lila. Sin tener ni idea de lo que pasaba, las maestras llamaron a su mamá, quien les explicó que uno de sus hermanos era daltónico y que eso era hereditario. Lo que más le gustaba era cuando iban a la sala de música, donde la maestra tocaba la “Marcha de Zacatecas” y todos, agarraditos de la mano, circulaban en fila alrededor de la pianola. Al ritmo de esa pieza del maestro Genaro Codina, sentían mucha emoción, sin saber que esa marcha iba a ser considerada, con el tiempo, como un segundo himno nacional para México. Si su compositor hubiera vivido en ese entonces, nunca se habría imaginado lo importante que iba a ser su obra para nuestro país.

El Alpiste recuerda que, cuando terminó su segundo año de kínder, las maestras los formaron en los escalones de la entrada a la dirección, porque uno de los padres, fotógrafo en el Zoológico de Chapultepec, se ofreció a sacarles una foto. Una vez revelada, los papás tuvieron que caerse con dos pesos, para que cada familia se llevara la suya de recuerdo. Han pasado 72 años desde aquella mañana, y el Alpiste aún conserva esa foto enmarcada y colgada en el muro de la entrada de su casa, como si fuera la de su graduación universitaria.



El grupo de kínder del Alpiste (1952).

Dos años después, atravesando Benjamín Franklin, adelantito de donde estaba la Bush, una empresa que vendía los Ford último modelo, llamaba la atención un enorme oso polar blanco disecado que el propietario había cazado en Alaska. Al otro lado, estaba la escuela Defensores de la República de 1847, donde su mamá lo pudo inscribir en la primaria gracias a las influencias de la tía Eva, quien en ese entonces era presidenta de la mesa directiva.

Ahí fue donde el Alpiste empezó a sufrir. Era muy distraído y no le gustaba eso de llenar planas y planas con palitos y ovalitos. Pero, como decía don Luis: “La letra, con sangre entra”. Cada fin de año, su mamá tenía que ir a rogarles a las maestras que no se lo reprobaran. Así que, cuando terminó el sexto año,

ya no quería seguir estudiando, pensando que tenía que pasar el examen de admisión para entrar a alguna secundaria oficial. Su papá, que había llegado de Maravatío con apenas media primaria, sin tomarlo en cuenta le llevó al Instituto Luis Vives, una escuela fundada por republicanos españoles que a principios de los años cuarenta habían sido exiliados en México.

El instituto, inaugurado en 1949, se encontraba en la contraesquina de la Academia Militarizada México, en una propiedad del siglo XIX donada por la familia del hacendado Escandón. El terreno fue cedido para que aquellos hermanos españoles pudieran ofrecer educación a los hijos de las familias que tuvieron que salir huyendo de la “Madre Patria” cuando el general Francisco Franco ganó la Guerra Civil española y se la pasó fusilando a todos los “rojos”.

En esa escuela, tan bien organizada y a solo cuatro cuerdas de la casa del Alpiste, el chamaco flojo aguantó apenas medio año. Salvo en deportes, música y civismo, en las demás materias sacaba puros cuatros. Eso sí, en ese corto lapso, hizo un amigo que conserva hasta la fecha, quizá porque les encantaba jugar fútbol en aquel patio de tierra, alrededor del cual estaban algunas aulas improvisadas. Aun así, después de la Semana Santa de 1960, para el 18 de abril, el escuincle sinvergüenza ya no regresó; mejor se metió a trabajar en la sastretería con su papá, quien para ese entonces había prosperado bastante. El abuelo Juan había demolido los cuartos de adobe del frente y en su lugar había construido dos pisos con tabique

y loza de concreto. El de abajo fue para el taller y el despacho de la sastrería, y el de arriba, para su familia, que todavía incluía a seis de sus hijas y sus dos hijos, todos solteros.

Al nuevo taller llegaron seis operarios, dos ayudantes, una secretaria (que era la tía Carmen, una de las hermanas de Elena) y un chamaquito que la hacía de chicharín. Para montar bien el negocio, don Luis compró tres máquinas de pedales Singer en la esquina de Revolución y Antonio Macedo; además, mandó hacer una mesa de planchar, dos burros para abrir costuras y una mesa de cortar. El despacho, del tamaño de una sala-comedor, tenía una vitrina para colgar trajes y uniformes, un espejo de cuerpo entero y tres maniqués que trajo de Casa Cuesta, allá en Isabel la Católica. Allí se atendía a los pilotos aviadores que le enviaba su hermano José Dolores, de la Fuerza Aérea y del Estado Mayor Presidencial. Apoyando al general Miguel Henríquez Guzmán, que se había lanzado para presidente de la República, José Dolores se hizo candidato a diputado por Tacubaya. Aunque perdió, conoció a muchos militares.

En el primer libro de esta trilogía, relato las vivencias del Alpiste en esa casa de familia extensa, donde vio por primera vez a sus tías convertir en piñatas las ollas de barro que bajaban a comprar al mercado de Tacubaya. Allí vivió la emoción de romperlas con un palo de escoba y con los ojos vendados, y recibió sus primeros domingos de sus tíos. Recuerda que una vez su papá lo llevó, junto con varios operarios, a Zacatepec

para ver un partido de fútbol en una camioneta de la Sociedad Cooperativa de Obreros de Vestuario y Equipo, que manejaba su tío Jorge. Cuando llegaron, ni estadio había; vieron el partido encaramados en los árboles o en las lomas cercanas.

Otro día, su mamá lo llevó con la partera de la colonia para que lo curara de lagañas, pues amanecía con los ojos pegados. La curación le gustó mucho: una de las tías, que estaba amamantando a un primo, le debía poner unas gotitas de leche en los ojos, y entre que los abría y los cerraba, este esquinclero visgón vio lo que las tías escondían debajo del brasier, prenda que veía todos los días colgada en el tendedero. A la salida de la escuela, dos de ellas iban a recogerlo a él y a los demás primos, y lo mejor era que siempre les compraban un barquillo de limón o un raspado de tamarindo.

Ya de adolescente, se dio cuenta de que su hermano mayor, el Cacahuate, era muy bueno para los negocios, pues sin haber aprendido mucho del oficio de sastrería, se hizo amigo del general encargado del abastecimiento de uniformes y, siendo muy joven, se convirtió en el proveedor número uno para oficiales, jefes y mandos superiores. Así fue como se volvió el rico de la familia, algo que ni su papá había logrado en tantos años de trabajo.

En el segundo libro cuento cómo el abuelo Juan, junto con otros jóvenes recién casados, fundaron la colonia Observatorio, allá por 1923, cuando esas tierras eran solo milpas. También relato las fiestas de bodas de las tías, que se hacían

en el patio delantero de la casa, y las travesuras del Cacahuate y su primo Fito, como cuando, con la vela del *ora pro nobis*, al pasar por debajo de la piñata, quemaron el papel china con el que la habían adornado las tías, y la tuvieron que romper toda chamuscada. Otro día fueron a la feria y estuvieron media tarde echándose sus tiritos al blanco, pero como ninguno traía dinero para pagar, se echaron a correr hacia la colonia de al lado. El encargado, preguntando entre las vecinas, pudo saber dónde vivían, y don Luis y el compadre Adolfo tuvieron que ponerse a mano con él.

Una de las experiencias más emocionantes fue cuando su papá y el compadre Adolfo los llevaron a la Monumental Plaza México. Frente a las enormes gradas, tan altas que parecían no tener fin, el Alpiste conoció a otros niños con los que compartió la fiesta brava. Hoy, esos niños son sus amigos en el Club España, y no falta algún día que se van a botanear a alguna cantina cercana.

Quizás lo más importante de su adolescencia fue cuando decidió no continuar la secundaria en el Instituto Luis Vives, pues eso marcó su destino. A partir de ese momento, aprendió algo del oficio de sastre, pero, sobre todo, abrevó en la cultura y el modo de pensar de los operarios que trabajaban en el taller. Ese hecho determinó su imaginario sobre las mujeres, el noviazgo, el sexo, el machismo y la música popular que se escuchaba en las estaciones de radio de la época.

Otro cambio importante fue cuando su padre compró una vieja casa en la cerrada de General Plata, un callejón que colinda con el histórico Molino de Santo Domingo, fundado por Hernán Cortés en 1524. La casa, que era de los nietos del hacendado don Carlos Estañol, fue demolida para construir la vivienda nueva del Alpiste. Allí, por primera vez, vivió a sana distancia del abuelo. Elena estaba contenta, pues su familia ya no estaría bajo las reglas porfirianas de su padre, aunque seguiría muy cerca de sus hermanas y las iría a ver después de que su padre se fuera a trabajar a la General Motors.

Ya viviendo en esa cerrada, el Alpiste, a sus 15 años, tuvo por primera vez amigos de la calle. Antes, no había tenido esa oportunidad porque para su abuelo todo lo relacionado con la calle era visto como algo malo. Aunque su padre compartía esos prejuicios, al estar a distancia de su suegro, tuvo que aceptar que su hijo saliera a jugar con los muchachos de la zona. No importaba que lanzaran pelotazos por todos lados o se soltaran con groserías que resonaban por toda la privada; como varios de ellos vivían allí mismo, los vecinos los toleraban. Incluso, don Luis los dejaba entrar a la sastrería, ya que le gustaba hablar de historia y literatura con los jóvenes que iban en la preparatoria, pues aunque solo había cursado hasta tercero de primaria, sabía de todo un poco, ya que además de ir mucho al cine, leía las noticias del *Excelsior* todos los días y su revista *Selecciones de Reader's Digest México*.

Varios de estos muchachos trabajaban en negocios cercanos o eran estudiantes, algunos incluso ya iban a la universidad. El Alpiste tuvo muchas aventuras con esos nuevos amigos; de hecho, para él, esos fueron los mejores años de su vida. Poco más adelante, cuando llegó a los 18 años, por las noches se iba a entregar trajes en un Ford 200 que su papá le había heredado. En ese entonces, el Alpiste vivió sus primeros amores y desilusiones, mientras sus cuates, que sí estudiaban, apantallaban a las muchachas que a él le gustaban.

La cerrada de General Plata sigue allí, justo frente a lo que fueron, durante cuatro siglos, los jardines del Arzobispado de México. En los años sesenta, todas las noches la palomilla se reunía en el callejón para echarse una cascarita de fútbol americano con los vecinos que jugaban en el Poli Guinda, en los Pumas o en los Burros Blancos. ¡Vaya que ellos sí sabían cómo mover el balón! Eran los ídolos de la colonia.

Fue en ese callejón cuando conocí al Alpiste; en ese momento yo no tenía ni la más remota idea de que algún día iba a escribir esta novela; además, él empezó a convivir con nosotros, hasta que poco a poco nos fuimos desperdigando: algunos terminaron sus estudios, otros se mudaron a las nuevas unidades habitacionales o a los fraccionamientos que comenzaban a proliferar en la ciudad.

Inicié el tercer libro con la parodia de que la colonia Observatorio era el Macondo de Tacubaya. El Alpiste, desde

luego, sentía que su abuelo había sido como Aureliano Buen-día, porque fue él quien organizó la colocación de las casas según la orientación y la cercanía con las vías del ferrocarril a Cuernavaca.

También, incluyo la historia del primo Jorge del Valle, el niño consentido por su abuela, con quien el Alpiste jugaba cerca de los lavaderos. Jorge, a diferencia de muchos, llegó a la universidad y luego se fue a París a estudiar un doctorado. Allí participó en el movimiento de Mayo del 68 y, pocos meses después, volvió a México y estuvo presente en la Plaza de Tlatelolco el 2 de octubre donde, durante la balacera y entre granaderos, ayudó a llevar a sus compañeros heridos a la Cruz Roja. Más tarde, como catedrático, el rector Guillermo Soberón lo mandó a la cárcel por tomar, junto con otros trabajadores, el edificio de la Rectoría en apoyo al reconocimiento oficial del sindicato universitario. Años después, cuando surgió el EZLN en Chiapas, el presidente Ernesto Zedillo lo envió, junto a Marco Bernal, a negociar la paz con el subcomandante Marcos, y gracias a ellos se firmaron los Acuerdos de San Andrés Larráinzar. Esto resulta anecdótico, pues tanto Jorge como Marco, en distintos momentos, fueron cercanos al Alpiste: uno, su primo, y el otro, su amigo.



Avenida Observatorio en 1920.

También, narro las hazañas del Milla, un amigo que jugaba voleibol con toda la familia en Chapultepec, y que de grande se convirtió en líder de Tacubaya. Relato el velorio de Federico Reyes, quien fue el líder de la palomilla en la colonia Observatorio durante los años cincuenta y que en aquellos días se enfrentaba con las palomillas de otras calles, lideradas por los Monroy o Luis Díaz, en torno a los partidos de tochito que jugaban frente a la casa del Alpiste. Además, incluyo la historia de la “Comuna Benito Juárez”, un grupo de estudiantes de la Prepa 4 que conoció al Alpiste a través de mí. Juntos viajamos por México en su Ford 200 en los años setenta, y los sobrevivientes de ese grupo seguimos en contacto hasta hoy.

Otra parte importante de ese libro es la historia de su hermano Gimmy, el karateca. En una ocasión, durante un *kumite* que se organizó en la prepa donde estudió el Cacahuatate, Gimmy le rompió la cara al Alpiste con una patada voladora. Aun así, el Alpiste tuvo que cerrar el evento con unas palabras en honor al director de la escuela al que le estaban celebrando su cumpleaños. También, hablo del reencuentro que tuvo con su amigo Luis González Fuentes, compañero de banca en el Instituto Luis Vives, y de su ingreso al Club España, donde siguió viendo a los amigos que conoció hace 68 años en la Monumental Plaza México.



Monumental Plaza de Toros México en 1956.

En este libro describo los últimos años del Alpiste, quien sigue esperando que le lleve la última versión de lo que he titulado *Los sueños de Aserrín: Volver al futuro*. Desde el primer

libro, el Alpiste ha sido mi *alter ego*³ a quien he usado para contar veladamente algunas de sus aventuras sin delatarme. Lo hice así siempre con el deseo, como lo han hecho muchos otros escritores, de trascender a través de esta ficción y no dejar de existir, pensando que las personas que me lean puedan imaginarse lo que en realidad le pasó al Alpiste desde sus primeros años hasta ahora que anda cerca de los 80 años. Tuve que dejarlo en la sastrería y fuera del Instituto Vives porque esa fue su decisión en la adolescencia. Sin embargo, ocho años después, mis amigos del callejón, que me apreciaban, me llevaron a la secundaria nocturna, y de ahí me seguí hasta la universidad. Así que:

Por caminos divergentes, la historia y la literatura se complementan en la tarea de mostrar los diferentes ángulos de una verdad poliédrica. La historia dice “así fue”; la novela dice “así pudo ser”. El historiador aspira a la verdad objetiva, aunque no la alcance plenamente. El novelista no aporta pruebas de las verdades que intuye, pero la ficción le da armas para entretener el destino individual y el colectivo de sus personajes⁴.

³ Persona real o ficticia en quien se reconoce o se identifica a otra persona o sobre quien el autor se proyecta. En literatura es común que algunos escritores inventen un personaje en el que descargan historias y características muy parecidas a las propias; en esta novela, es el caso.

⁴ Enrique Serna, *El vendedor de silencio*, México, Alfaguara, 2020, p. 483.

Desde mi subjetividad, apoyado en la literatura, “quise que esta historia terminara como más me convenía”, y por eso dejé al Alpiste viviendo en el callejón, sin seguir sus estudios, mientras yo, a mis 20 años, regresé a la escuela y pude superar aquella situación en la que, por confusión y mal manejo pedagógico, pensé que no servía para la escuela. Tal vez por eso, en 1973, junto con mi esposa y mi hermano Luis, abrimos una secundaria para atender a adolescentes y jóvenes rechazados, en los turnos matutino y nocturno, por el sistema educativo.

Adiós a su amigo el escritor

*Narrar una historia es hablar de un tiempo. Es
hacer un pacto para que el pasado no se escape.
[...] Escribimos porque el pasado nos persigue. [...] Escribimos
para delatarnos. Escribimos escondidos en personajes
e historias de ficción que hablan de nosotros mismos. Escribimos
para que las palabras cobren vida, que sean universos paralelos
donde nunca dejemos de existir.*

Mónica Argamasilla, “La importancia de escribir”.

Después de tantos años, el Alpiste seguía añorando aquellos tiempos de su niñez, cuando iba al kínder y a la primaria, y también recordaba los pocos meses que pasó en el Instituto Luis Vives. Esta escuela, que entre 1949 y 1970 ocupó una de las casas de la familia Escandón en la esquina de Parque Lira y avenida Observatorio, fue testigo de la transición

de Tacubaya, que empezaba a dejar de ser aquella provincia campestre alejada del centro de la ciudad, construida por familias de hacendados desde tiempos de la Colonia y el Porfiriato. Aunque el Alpiste no era un gran conocedor de historia, tenía la idea de que los mitos no cuentan; solo los hechos reales⁵.

A mediados del siglo XX, esa casa, que la gente de los barrios veía como si fuera un castillo medieval, compartía manzana con el cine Tacubaya. Era una mansión enorme, con columnas neoclásicas, construida a mediados del siglo XIX. Desde la parte alta se veía una calle angosta, con la Casa de la Bola y la casa de los Lira justo enfrente. Esa calle corría de norte a sur, empezando por la casa de Los Pinos y terminaba en el mercado de Tacubaya, que aún se montaba sobre las vías del tren que bajaba desde el pueblo de Santa Fe. En la terraza de la casa, de estilo gótico, estaba una sala convertida en aula, donde el Alpiste recibía sus clases de civismo por parte del valenciano Juan Bonnet, que en ese momento era el director de la escuela; ese profesor fue considerado enemigo del general Francisco Franco, ya que en tiempos de la República fue uno de los líderes “rojos”, que en los años treinta luchó al lado del presidente Manuel Azaña, quien se tuvo que levantar en

⁵ Carlos García, “Heródoto, el historiador viajero”, en *Historia. National Geographic*, 18 de enero de 2021, [https://historia.nationalgeographic.com.es/a/herodoto-historiador-viajero_11890].

armas contra el que luego se convirtió en el dictador de España por 35 años. Bonnet, destacado intelectual español que apoyó al gobierno republicano del presidente Azaña, llegó como refugiado a México a principios de los años cuarenta, después de haber sido rescatado, por el ejército norteamericano, del campo de concentración en Auschwitz.



Juan Bonnet, del lado izquierdo, junto a docentes del Instituto Luis Vives.

En esa escuela, el Alpiste hizo grandes amistades. Juntos, no solo estudiaban para pasar los exámenes mensuales, sino que,

en sus ratos libres, echaban a los niños de primaria a un lado para adueñarse del patio terregoso que se regaba todas las mañanas, antes de que empezaran las clases. Ese patio había sido el atrio de una capilla empotrada en el extremo poniente de la propiedad de la familia Escandón, donde llevaba a cabo sus ceremonias religiosas privadas, presididas por alguno de los novicios del Arzobispado, que estaba sobre la avenida Observatorio, un poco más arriba de la vía del tren que iba a Cuernavaca.

En ese patio, histórico para el Alpiste, sobrevivían enormes álamos y robles, con fuentes forradas de talavera, arrinconadas en nichos bien protegidos, pero armonizando con jardineras llenas de rosales, malvones y hiedras que trepaban por los muros que limitaban la propiedad de las calles laterales; lo que hacían allí aquellos escuincles era echarse unas cascaritas de fútbol, sintiéndose como si fueran estrellas del Real Madrid, del Barcelona o del Valencia. Con el tiempo, tanto la escuela como el cine Tacubaya fueron demolidos para dar paso a la modernidad; ahora, en ese espacio se alza una Bodega Aurrera.

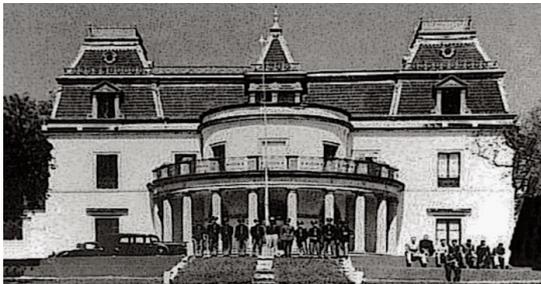


El Instituto Luis Vives en una de las casas de los Escandón.

Hace poco, su amigo Luis lo llamó para invitarlo a la comida anual de su generación y allí ver si, después de 62 años, reconocía a algunos de sus compañeros de clases del instituto. Luis era el único amigo de aquellos días con quien el Alpiste mantuvo amistad toda su vida, pues vivía en la colonia Bellavista, vecina de Observatorio. En aquel tiempo, cuando salían de clases, ambos caminaban por avenida Observatorio, al pasar por la Academia Militarizada México, el Alpiste, en lugar de irse derecho a su casa, se iba con él, caminaban por la vía del tren y, luego de pasar un puente de madera reforzado con viguetas de acero, continuaban sobre los rieles que iban por la izquierda hacia San Pedro de los Pinos, ellos se seguían de frente y, al llegar al Camino a Belén,

daban vuelta a la derecha y a media cuadra se encontraba la tienda del papá de Luis y, allí mismo, entrando por el zaguán que estaba a un ladito, Luis se metía a su casa y le invitaba al Alpiste un refresco, pero a escondidas de su papá.

La invitación de Luis a la comida de la generación emocionó tanto al Alpiste que pasó la semana y media de espera planchando su pantalón gris perla y su blazer azul marino con botones metálicos que solo usaba en ocasiones especiales. El día del encuentro, se levantó temprano, lavó su coche y lo guardó bajo techo para evitar que se empolvara. A la una y media de la tarde en punto, salió del callejón de General Plata en su auto, pero eso sí, iba muy prendidito. Tomó la lateral rumbo al Periférico, luego giró hacia el Viaducto y, pasando el desnivel de Patriotismo, tomó la salida a Xola para finalmente llegar a Insurgentes, después de algunas cuadras se fue despacito para ir checando los anuncios de los restaurantes que estaban del otro lado de la avenida.



Academia Militarizada México, hoy derrumbada.

Dos cuadras antes de llegar al Parque Hundido, el Alpiste alcanzó a ver el anuncio de Los Canarios; la cita era allí. Como no podía dar vuelta sobre las vías del metrobús, giró a la derecha en Porfirio Díaz y dejó su coche en el primer estacionamiento que encontró. Una vez resuelto ese asunto, regresó caminando hacia Insurgentes. Durante el trayecto, le vino a la mente qué habría sido de su vida si, en lugar de haber dejado el instituto el 8 de abril de 1960, hubiera seguido estudiando, como la mayoría de los compañeros con los que ahora iba a reunirse.

En ese momento, lo invadió una especie de arrepentimiento, porque se imaginó lo que hubiera pasado de haber llegado a la universidad. Se veía a sí mismo como licenciado, médico o ingeniero; entonces se dio cuenta de la decepción que le ocasionó a su papá cuando le dijo que ya no quería seguir estudiando, y se reprochaba a sí mismo haber desperdiciado la oportunidad que la vida le había dado para ser alguien importante, como seguramente lo eran muchos de sus compañeros que siguieron hasta la universidad.

En medio de esas reflexiones, cruzó inconscientemente el paso peatonal, caminó cuadra y media de regreso hacia el norte por Insurgentes y llegó al restaurante; de pie en la entrada, tomó conciencia de que estaba a punto de enfrentarse a un pasado que había tirado a la basura. El recepcionista lo vio pensativo y, con mucho respeto, le preguntó si tenía reservación o si alguien lo esperaba. El Alpiste reaccionó,

parpadeó y, sacudiendo un poco la cabeza, le dijo: “Vengo a la comida del Instituto Luis Vives”. El recepcionista, formal y solícito, lo condujo a un salón privado donde estaban todos aquellos compañeros y compañeras de tiempos muy lejanos.

¡Qué sorpresa se llevó! Aquellos niños y niñas, a los que no veía desde hacia 62 años, ahora eran adultos mayores, eso sí, todos lucían muy elegantes. Por lo que estaban comentando, parecía que sus vidas estaban resueltas, plenos de historias de éxito. Dos de ellos habían llegado a ser rectores generales de la Universidad Autónoma Metropolitana, otro era violinista de la Orquesta Sinfónica de Bellas Artes, reconocido mundialmente, uno más era concertista de música mexicana antigua. Otro había sido cónsul en varios países de Europa, y algunos más habían heredado negocios importantes, hijos de españoles refugiados que llegaron a México y trabajaron en oficios, profesiones y negocios aprendidos en su país de origen.

Cuando Luis presentó al Alpiste, la mayoría de sus compañeros se quedó de a seis, desconcertados, como diciendo “¿quién es este tipo?”. Solo Patricia Fournier lo recordó, ya que alguna vez acompañó a su hermano gemelo a jugar un partido de fútbol en unos terrenos de la colonia Nápoles, donde ahora está el World Trade Center. Después del juego, caminaron juntos hacia los helados Chiandoni, que aún permanecen en la calle de Pennsylvania. Los gemelos tuvieron que dispararles los helados, pues ni el Alpiste ni Luis traían un solo quinto. Mientras regresaban al instituto, le

iban diciendo al Alpiste que era un verdadero tronco para el fútbol, que no servía ni para defensa, que mejor se metiera a jugar voleibol.

Los demás compañeros no lo recordaban, probablemente porque el Alpiste solo estuvo tres meses en la escuela y, después de tanto tiempo, quedó fuera de su memoria. Después de la Semana Santa de 1960, el Alpiste había decidido no regresar al instituto porque, a pesar de que le gustaba echarse sus partiditos, en las materias básicas sacaba puros cuatros. Ante aquella situación de burrez, se le hizo fácil y más cómodo pensar que su papá no debía seguir pagando colegiaturas, por eso se metió a trabajar en el taller de sastrería de su casa, donde ya había aprendido a echar algunas puntadas.

Ahora, al reencontrarse con sus compañeros, el Alpiste se dio cuenta de lo poco que tenían que ver con él. Solo representaban un bonito recuerdo, aquel cuando su papá lo inscribió en el instituto con la esperanza de que hiciera una carrera. Su padre, quien no había terminado ni siquiera la primaria, siempre deseó que uno de sus hijos llegara a la universidad.

El siguiente año, cuando se mudaron al callejón de General Plata, su padre construyó una casita que al Alpiste le parecía fabulosa en comparación con la casa de adobe de su abuelo. La familia llegó llena de ilusiones a disfrutar de las libertades que nunca habían tenido, después de haber vivido dos décadas en la casa de don Juan.

¿Qué pasó con el Alpiste en esa cerrada? Pues, con 15 años, por primera vez hizo amigos de la calle, algo que nunca sucedió en la casa del abuelo, donde siempre lo vigilaban para que no saliera y menos que se relacionara con los chamacos de afuera. Aunque, ya conociéndolos, el Alpiste se dio cuenta de que no eran vagos ni malos; casi todos estudiaban o trabajaban, y algunos ya iban a la universidad. Unos vivían en el callejón, otros, en los departamentos del edificio de enfrente, en las casas cercanas o en las vecindades del barrio.

El Alpiste se aferró a la idea de su abuelo, quien decía que le iría mejor aprendiendo el oficio de su padre, pues para don Juan los estudiantes eran puros revoltosos. Así que decidió ser sastre. Con el tiempo empezó a perder a casi todos esos amigos que admiraba tanto, con quienes le gustaba salir a platicar todas las noches, pues le parecía muy interesante todo aquello que decían, pero simplemente hablaban de las materias que llevaban en sus escuelas: trigonometría, historia universal, física o mitología griega. También albureaban, cotorreaban con las chicas que salían por el mandado; ellas, de pasadita, también le entraban al relajo mientras sus mamás no las cacharan. Al paso del tiempo, ellos se graduaron, consiguieron trabajos en bancos, fábricas, empresas privadas o en el gobierno. Algunos viajaban por medio país con viáticos, y eso era algo muy distante de la realidad del Alpiste.

Poco después, su papá le consiguió una licencia de manejo con don Wenses, jefe del Ministerio Público en Toluca,

porque era paisano del gobernador Carlos Hank González. A los 18 años, su padre le heredó su Ford 200, modelo 1960, para que le ayudara a entregar uniformes a domicilio y cobrara quincenalmente los abonos de sus clientes por toda la ciudad. Al principio, lo acompañaban el Beso, Mario, Carlos, Memo, Kiko o el Negro. A todos les gustaba pasear por las avenidas recién pavimentadas y embellecidas por don Ernesto P. Uru-churtu, regente que había convertido a la ciudad en una de las más bellas del mundo, aunque el muy fregón no dejaba que se jugaran cascaritas y menos que se bebiera en las calles.

Esos años de felicidad y emociones pronto se esfumaron para el Alpiste, pues sus cuates se recibieron, progresaron económicamente y, por lo mismo, se fueron del callejón y las vecindades donde nacieron. Así fue como, con todo y su Ford 200, se fue quedando solo. Ya no tuvo quien lo acompañara a hacer sus entregas; eso lo hizo sentirse muy frustrado, porque todo lo que al principio le había parecido una vida nueva y de aventuras fascinantes, se extinguió en unos cuantos años y ya nunca más pudo recuperarlo. Lo que en algún momento lo hizo sentirse orgulloso —ser parte de su palomilla— perdió su significado, quedando solo en el recuerdo. De vez en cuando, alguno de sus cuates regresaba a saludar a la familia que seguía viviendo por allí, algunos ya acompañados de sus esposas e hijos, pero ni siquiera se molestaban en tocarle el timbre para avisar. Para ellos, el callejón había dejado de significar lo que aún representaba para el Alpiste.

Hacia 1970, cuando estaba por cumplir 24 años, apenas un par de veces volvió a convivir —o a *con-beber*— con ellos, como lo hacían al principio de los años sesenta en la vecindad, donde se armaban buenos bailongos con el estéreo del Chavo Estañol. Esas fiestas comenzaban a las seis de la tarde del sábado, con canciones como “La pollera colorada”, y terminaban hasta amanecerse, cantando las de Pedrito Infante y Javier Solís. En esa misma vecindad estaba un cuarto que, desde 1956, se había convertido en lo que los vecinos llamaban el “Club Alpino”.

Ese lugar se transformó en un sitio de reunión para algunos del callejón y la colonia, donde rezaban un rosario cada último domingo de enero en memoria de todos los fallecidos en un accidente en el Nevado de Toluca, cuando el camión en el que iban se desbarrancó, cayendo por las faldas del volcán. Las paredes estaban adornadas con piolets y gorras que habían comprado en la Marquesa antes de la tragedia. También habían colgado en percheros las mochilas de excursión que recuperaron los soldados durante el rescate, además, revelaron fotos que se habían tomado en la cúspide del volcán, obtenidas de cámaras encontradas entre los restos retorcidos del autobús. Esas imágenes se convirtieron en emblemas de los sobrevivientes y sus familias. En ese ambiente, los amigos del Alpiste pasaban tardes y noches jugando póker, ajedrez y tomando cubas que les preparaba la mamá de Laura y Lulú, dos chicas rubias, muy bonitas, que eran amigas o novias de ellos.

Fito, el líder de todos ellos, terminó su carrera de médico, se casó con Geña, la hermana del Beso, y se fue a Puerto Vallarta. Allí abrió un dispensario que luego convirtió en clínica, donde atendía partos y hacía curaciones menores. Se acreditó tanto que una vez Liz Taylor llegó con su chofer para que la inyectara contra una gripe que había agarrado por andarse destapando más de la cuenta. ¡Imagínense qué orgullosos nos pusimos en el callejón cuando nos enteramos de tal hazaña!

Mario Serrano también terminó en la ESIME y entró a trabajar al gobierno, viajaba constantemente por el país para dar servicio y reparar los enormes transmisores de la CFE, esos que se ven en lo más alto de los cerros. El Beso, que estudió ingeniería, entró al CAPFCE para supervisar la construcción de escuelas. Juan Huitrón se recibió de médico y entró a trabajar a la SSA⁶; él se casó con Chelo, prima de César y Chela y se mudaron a la Narvarte. César se hizo dentista y, junto con su esposa, abrió su consultorio y lo convirtió en una clínica hecha y derecha. Tienen una casa muy bonita en Coyoacán y otra en Cocoyoc. Toño García, un chico de ojos verdes, cuya familia rentaba la primera vivienda de la vecindad, se recibió de contador público y trabajaba

6 Las siglas corresponden a Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME), Comisión Federal de Electricidad (CFE), Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE) y Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA) [nota de la edición].

en Automóviles América, propiedad de Emilio Azcárraga Vidaurreta; este jovencito era insoportable porque le iba al América, equipo que “el Tigre” Azcárraga, hijo de su patrón, acababa de comprar.

Algunos amigos de aquella palomilla se fueron cuando demolieron los departamentos de Observatorio y General Plata para construir el auditorio de la Prepa 4. Más adelante, tiraron la vecindad para construir un chingo de departamentos en condominios. Otros más se fueron porque les iba bien en sus negocios en la Ciudad de México; era la época de bonanza conocida como el Milagro Mexicano, cuando las clases medias crecían por todo el país. Unos se fueron para Echeagaray, otros, a Ciudad Satélite y los menos, a San Juan de Aragón, Villa Coapa o Tecamachalco.

El Alpiste comenzó a notar que lo que antes consideraba una ventaja —su casa nueva—, ya no lo era tanto. En pocos años sus cuates se le emparejaron y hasta lo superaron; él se había quedado con una primaria mal hecha. A pesar de haber ido a la Defensores de la República que, en aquel entonces, era considerada una de las mejores del Distrito Federal, este güey se quedó como un analfabeta funcional, pues no pasaba de sumas y restas y para nada le gustaba leer. De niño, siempre le pedía a su hermana Olga que le leyera las tiras del Pato Donald.

Lo mejor que le ocurrió en los últimos cinco años fue encontrarse con su amigo el escritor, Pepe. Una tarde, al bajar

por la avenida Observatorio, lo vio recargado en la esquina, como si estuviera esperando a que pasara alguno de sus cuates. El Alpiste se detuvo en la lateral para saludarlo, pues cuando lo reconoció, el escritor agitó su mano emocionado para que se detuviera.

Él estaba a unos cuantos pasos de donde estuvo la nevería del papá de Polo, el lugar preferido de todos para ir a platicar de cualquier tontería mientras se tomaban una limonada o una malteada, y si había con qué, hasta ordenaban sus Tres Marías. Los que traían morralla le echaban unos veintes a la rockola para escuchar las canciones de moda: “Me fui de viaje solo, a ver si así...”, “Pájaro azul, dile lo mucho que la quiero yo...”, “Con solo barro los formó...”, “Es la novia de mi amigo...”, “Sombras nada más...”, “Fue en un cabaret, donde te encontré, bailando...”

Lo importante de ese encuentro inesperado fue que, después de pasársela casi tres horas platicando, a Pepe se le ocurrió que, con lo escuchado sobre la vida del Alpiste y de los amigos que se le unieron esa noche, había material suficiente para una novela interesante. Pasó varios meses investigando más sobre la colonia y los barrios vecinos donde ocurrieron los hechos narrados, y, con un toque de ficción, compuso esos relatos que le parecieron fabulosos.

El interés de Pepe fue tal que regresó dos o tres veces más, no solo para seguir escuchando más historias vividas por sus

amigos, de los que él también tuvo que alejarse en contra de su voluntad, por haberse ido a vivir cerca de la UNAM, donde estudió sociología. Por esta razón, le pidió al Alpiste que lo siguiera invitando a las reuniones con los pocos cuates que aún quedaban por allí, y también a las fiestas en la casa del abuelo Juan, donde siguen viviendo primos y primas con hijos y nietos, además de cuatro tías nonagenarias, quienes le siguen sacando provecho al siglo XXI.

Desde que Pepe le anunció que la universidad iba a publicar el libro sobre su vida, el Alpiste lo esperaba con ansias en la esquina, con la esperanza de que regresara con la novela. Poco a poco, comenzó a sentirse como un personaje de las películas de *Pepe el Toro*, *Esquina bajan* o *Los Olvidados*. Finalmente, una tarde de 2018, Pepe regresó con varios ejemplares del libro. Para el Alpiste, aquello fue una cosa increíble, pues Pepe no solo le llevó el libro, sino que lo invitó a él, su familia y amigos a la presentación en el Real Club España, donde le iban a prestar un auditorio muy grande para que cupieran todos.

Ese día fue inusitado para toda la parentela del Alpiste. Verse retratados en personajes de las historias que el Alpiste le había contado a Pepe les causó fascinación. La presentación a cargo del hijo de Pepe, un personaje famoso de televisión, fue seguida de un brindis, botana y un gran rato, hasta que el administrador les pidió que se retiraran porque otro evento iba a comenzar.

Sin embargo, antes de terminar la segunda parte de la novela, Pepe se tuvo que ir a Francia a realizar una estancia sabática. Desde entonces, el Alpiste no ha sabido nada de él. Piensa que tal vez se jubiló o decidió quedarse a vivir allá, pero para el Alpiste fue un golpe duro y no tardó en sentir una desilusión. No solo porque desde que se volvieron a ver, pudo recordar momentos de su vida que para él fueron maravillosos, sino porque esos momentos aparecieron en un libro publicado por la universidad, algo que él guarda como si fuera un tesoro.

Otra de las razones es porque yo fui uno de sus mejores amigos desde que llegó a vivir al callejón; con él conviví nuestros primeros años de juventud. Por eso, todas las tardes, después de cerrar la sastrería que heredó de su papá, se va a la esquina para ver si vuelvo a pasar por la avenida, como aquella tarde de 2017, y así saber si sigo escribiendo otra novela en la que él siga siendo el personaje central. Y si no es así, ya de perdís para echarnos una chela con los cuates que aún se acercan por ahí.

El Alpiste recuerda que cuando estaban chamacos, los tiempos eran diferentes, porque en aquel entonces, la cerrada aún conservaba un aire de vida porfiriana; las casas de los Estañol, con techos altos y vigas que sostenían los techos capuchinos, y que comenzaban a pudrirse, y paredes con aplandados antiguos medio ondulados, eran testigos de míticas

vivencias de sus moradores del siglo XIX. Ellos vieron llegar al presidente Benito Juárez al Palacio Nacional, después del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, también supieron de las grandes fiestas de los ricos hacendados que se organizaban en los jardines del Arzobispado, cuando don Porfirio decidió instalar allí el Observatorio Astronómico de México. Los mismos vecinos de General Plata, que vivieron temerosos el levantamiento armado de Francisco I. Madero, mientras Emiliano Zapata, Francisco Villa y Pascual Orozco pelearon para expulsar al asesino y dictador Victoriano Huerta.

Desde su esquina habitual, el Alpiste se acuerda del trencito amarillo ocre que subía hasta la Hacienda de Belén de las Flores, a donde de chicos sus papás los llevaban de día de campo. El trencito se cruzaba con las vías del tren de vapor que se detenía cada mañana en la esquina de Calderón y Observatorio, donde sigue intacta la casa que sirvió de estación desde 1890 para los pasajeros que iban a Cuernavaca. En los años cuarenta, tanto la vía del tren como esa estación se pusieron dos cuadras más abajo, donde ahora está el Periférico con sus dos pisos.

El Alpiste recuerda la vez que su padrino Enrique lo llevó a aquella nueva estación para viajar a Cuernavaca. Fue inolvidable para él, pues, a sus cinco años, vio cómo el tren pasaba sobre un puente de madera que él mismo cruzaba caminando cada semana para ir a la Santísima a oír misa o al mercado de Tacubaya. Justo después, pasó por la colonia Bellavista,

que tantas veces había recorrido sobre los hombros del Niño Swain, cuando su papá lo mandaba a ver a Sandoval, uno de los operarios que maquilaban uniformes para él; más adelante, atravesó por la parte alta de San Pedro de los Pinos, luego por la Castañeda, donde ahora se encuentran las Torres de Mixcoac y la Prepa 8. Desde allí, el tren siguió hacia Barranca del Muerto y luego, desde los altos del Ajusco, vio el paisaje completo de la Ciudad de México. Ese era el mismo ferrocarril que, a diario, despertaba a todos los vecinos de la colonia con su ruidoso pitido, avisando a los automovilistas que circulaban por Madereros y Observatorio.

Él está consciente de que todo eso se acabó. Muchas de las casas del callejón, construidas por don Carlos Estañol, después de la Revolución, poco a poco fueron derrumbadas para dar paso a la modernidad de los años sesenta. Los enormes jardines del Arzobispado fueron cedidos por decreto del presidente Adolfo López Mateos para construir la Prepa 4, que dejó el edificio de Puente de Alvarado para convertirlo en el Museo Nacional de San Carlos.

La Prepa 4 y el paso a desnivel se inauguraron en 1964, entonces, desde muy temprano, empezaba la algarabía de los estudiantes que bajaban de los camiones o de los que traían coche, que aunque fueran menores, la mayoría eran de Polanco, las Lomas, la Anzures, la Condesa y uno que otro de colonia popular. En ese momento, ya había desaparecido el tranvía cremita, que había sustituido al trenecito ocre, y en su

lugar, el paso a desnivel libró el Periférico y la vía del tren, que siguió pasando hasta principios de los años noventa, cuando el presidente Ernesto Zedillo acabó con el proyecto ferroviario del presidente Lázaro Cárdenas.

Con la construcción del Periférico se partió en dos a la colonia Bellavista, pues tuvieron que demoler las antiguas casas de la parte baja, que era un sitio que parecía un pueblito con todo y la capilla de la Santísima, al lado del mercado de Tacubaya. Los feligreses de la zona mejor se iban a la misa de San Miguel, en José Morán, o a la Sabatina, en avenida Tacubaya.

Pasa el tiempo y el Alpiste sigue sin saber nada de mí, y como no tiene mi número de celular, pues no tiene forma de contactarme. No sabe si me he enfermado o si estoy por regresar. Por más que sus hijos le dicen que ya no sueñe, él se aferra y sigue esperándome, pues antes de irme a Europa le dije: “Me tienes que seguir contando tu vida, la de tu familia y de la nuestros amigos, porque si la escribo, ‘eso será lo único infinito que tenga un final’”⁷.

⁷ David Toscana cerró así una entrevista que le hizo Carlos Olivares Baró a propósito de su novela *El peso de vivir en la tierra*. La entrevista fue publicada el 28 de octubre de 2022 en el diario *La Razón* y lleva por título “David Toscana entrega un lúdico tributo a la literatura rusa”.

Esas palabras lo dejaron gratamente impresionado. Por eso, el Alpiste tiene fe en que regrese pronto. Solo entonces podrá saber cómo aparecen en la siguiente novela las historias que me contó de cuando éramos adolescentes.

El Alpiste: entre anhelos y sueños

Si el sueño fuera una tregua, un puro reposo de la mente, ¿por qué, si te despiertan bruscamente, sientes que te han robado una fortuna? ¿Por qué es tan triste madrugar? La hora nos despoja de un don inconcebible, tan íntimo que sólo es traducible en un sopor que la vigilia dora.

Jorge Luis Borges, "El sueño".

Eran cerca de las once de la noche y el Alpiste seguía en la esquina, esperando verme trayendo otra parte de la novela; se quedaba allí todas las noches con algunos de sus cuates hasta que le llegaba la hora de irse a dormir. Mientras tanto, su esposa ya había terminado de planchar, y el noticiero estaba dando los deportes. Como de costumbre, ella salía por él para que tomara su leche con pan. Esa última noche, el Alpiste andaba

un poco hambreado, así que aprovechó para pedirle el recalentado de puerquito del mediodía. Sin más, se lo atragantó a prisa, queriendo ver si le alcanzaba el tiempo para echarse una peliculita de HBO y así agarrar sueño.

Ya en su recámara, se puso a ver *El Padrino*, una película que le gustaba mucho, pero apenas iba cuando Michael se echaba al Turco y al policía corrupto, se quedó dormido, soltando unos ronquidos que para qué les cuento. Como siempre, su esposa tuvo que aguantarse su pataleo. Esa noche, quién sabe qué tantas cosas balbuceaba entre dientes, como si él fuera el que andaba por las azoteas para darle matarile al Mano Negra.

¿Y qué pasó durante esa noche? Pues entre pesadillas y ronquidos, el Alpiste empezó a soñar medio raro y desordenado, como son todos los sueños. Se veía a sí mismo, recién llegado al callejón cuando era chamaco, echando piropos desde la ventana de la sastrería a las chamacas que todas las mañanas pasaban por la banqueta de enfrente rumbo a la tienda de Los Jaimes, que estaba en la esquina del edificio. De repente, en su sueño aparecieron Fito y el Negro —el que estudió Psicología—, y le fueron a preguntar cómo le estaba yendo en la secundaria, porque la semana anterior lo habían llevado a inscribirse con don Robert, el prefecto de la secundaria nocturna, allá en avenida Revolución.

Resulta que en ese sueño, en lugar de salirse de la escuela, como lo hizo de la Luis Vives, sí se quedó porque las clases le habían parecido muy interesantes. El profesor de historia de México era nada menos que el autor del libro oficial; el de biología, el jefe nacional de la materia; el de civismo, un campeón nacional de oratoria. Por su parte, la maestra de inglés estaba encantada con él porque, según ese sueño, había llevado los nueve libros del Instituto Michigan, allá en la calle de Donato Guerra. Ella le pedía que ayudara a sus compañeros porque se hacían bolas con la conjugación del verbo *to be*.

En ese sueño, a diferencia de su vida real, el Alpiste sí quiso seguir estudiando; le pidió a su papá que lo dejara salir más temprano de la sastrería para ir a la escuela. A Fito y al Negro les dio mucho gusto, porque se dieron cuenta de que no era tan güey. Pensaban que, si seguía en la escuela, se le iba a quitar lo burro y, a la mejor, tal vez hasta llegaría a la universidad. Fito sabía que esa era una de las mejores nocturnas de la ciudad porque había sido fundada por el distinguido historiador José García Fuentes. Cada fin de año, como director de la escuela, hacía una ceremonia para entregar medallas a los alumnos que sacaban los primeros lugares de cada grupo. Ese evento lo cerraba el profesor de civismo, el licenciado Luis Castorela, con un discurso bien apantallante:

[...] Entre estos muros verdes, el saber que llega a nuestros jóvenes ha de forjar a la generación que habrá de cargar sobre sus hombros el destino de este México nuestro, que está cargado de una historia donde nuestros héroes han quedado bronceados por el fulgor de sus efemérides [...]

De hecho, Fito había estudiado en esa misma secundaria, después de que lo expulsaran de la Secundaria 3 por andar de pinta con sus hermanos mayores, que de jóvenes eran una amenaza. Pero al final, Fito siguió estudiando con ganas y se recibió de doctor en la UNAM. Sus hermanos también llegaron a ser profesionistas: uno fue ingeniero y otro hizo carrera en el ejército. Lamentablemente, este último se mató en la carretera, yendo a un servicio a Petatlán, Guerrero.

El Negro, hermano de Mario Serrano, el que vivía en la vecindad, era de los más chicos de la pandilla, pero acababa de terminar la prepa con muy buenas calificaciones. Apenas unos días antes, se había salvado de ser apañado por los halcones del Batallón Olimpia, cuando, una madrugada del 68, llegaron encapuchados balaceando con sus metralletas el portón de aluminio sobre la avenida Observatorio. Así sacaron a jalones y empujones a los estudiantes que esa noche se habían quedado de guardia.

Horas antes, el Negro les había llevado una ollita de café para apaciguarles el frío y que no se fueran a quedar dormi-

dos, pues tenían que estar pendientes para ver por dónde escapar. La represión ya estaba muy gruesa en las escuelas del Poli, donde, incluso, ya había habido balazos, y tanques de guerra se apostaban en el Palacio Nacional, listos para reprimir a los estudiantes que llevaban días exigiéndole a Gustavo Díaz Ordaz que saliera a dialogar con ellos a la plancha del Zócalo.

Esa madrugada se los llevaron en unas camionetas blancas y cerradas, y durante varios meses nadie supo a dónde fueron a parar. Tiempo después, el Cabezas, uno de los líderes que habían llevado al Campo Militar N° 1, contó que por las noches sacaban a algunos estudiantes de los calabozos y los fusilaban de mentira. El susto era tal que los detenidos mejor soltaban la sopa de lo poco que sabían o, incluso, inventaban cosas. Luego, a los que “fusilaban” se los llevaban meados y medio desmayados a Lecumberri, donde los refundían en las celdas junto a los líderes del movimiento, como José Revueltas, Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla y Manuel Peimbert Sierra.

De pura chiripa, esa noche, como a eso de las doce, el Negro se atravesó a la vecindad para regresarle su ollita a la mamá de las güeritas, que siempre lo apoyaba porque era novio de Lulú. En ese momento, la mamá del Negro, que ya lo traía en la mira por andarse sintiendo líder, apenas lo vio, le dio un jalón de pelos y pa'dentro. Él, sorprendido, le reclamó:

—¡Ay, mamá! ¿Qué haces despierta a esta hora? ¡Ya sabes que yo soy del movimiento!

—¡Qué movimiento, ni qué la chingada! Entrégale su olla a mi comadre y te me metes a dormir. Además de andar molestando a la gente, nos tienes a todos con el alma en vilo. ¡Órale, cabrón, al cuarto, ya deja de andar de pinche revoltoso!

Eso salvó al prematuro marxista-leninista de ir a la cárcel, cosa que sí les pasó al Chaparro, al Cabecas, al Fachoso y al Guajolote, quienes tuvieron que echarse casi tres años guardados. Para junio de 1971, cuando ocurrió la matanza de estudiantes en San Cosme, el Negro ya era un reconocido líder en la UNAM. Protestaba no solo por la masacre de los normalistas, sino también porque muchos de sus compañeros y maestros seguían presos y desaparecidos.

Por esos días, hasta la *Revista de Revistas* puso su retrato en la portada, junto a Cabeza de Vaca, el Pino y el Búho. ¡Uf! Con eso, en toda la colonia, y ni se diga en la Prepa 4 y la Facultad de Psicología, lo veían como héroe. En la UNAM, se hizo amigo de Jorge del Valle, el primo que jugaba en el patio de los lavaderos con el Alpiste. Pues el pinche Negro se casó con su hermanita Silvia, y con eso, el Alpiste presumía que el Negro era su primo, y que Jorge, su otro primo, era doctor de la Sorbona. Esos amigos y familiares, según el sueño, fueron quienes lo animaron a regresar a la escuela para seguir estudiando.

Pero la realidad fue otra. Esa noche, la cena le cayó muy pesada. Tras la primera pesadilla, durmió de corrido y se quedó tan tieso que al otro día su esposa no lo podía despertar. Ya era hora de abrir la sastrería, y por más que le ponía el radio a todo volumen o bajaba al Duque de la azotea para que le lamiera las orejas, el Alpiste no reaccionaba.

Su esposa pensó: “Un día del año, no hace daño”, decidió adelantarse con el desayuno y el quehacer. Pero para eso de las once, éste seguía acurrucado como angelito, ni las moscas lo perturbaban. Parecía una de esas mañanas cuando amanecía atolondrado por los alcoholes que se echaba con los cuates en la esquina. Así que, sin pensarlo más, ella se organizó para ir al mercado, porque ese día era jueves y al siguiente sábado vendrían sus hermanas a comer. Eso le gustaba mucho al Alpiste, se pasaba horas platicando con ellas sobre cuando eran chicas y vivían en Michoacán, cuando diario se iban muy modositas a la escuela de monjas porque, según ellas, eran muy santas.

Ya para la una de la tarde, cuando regresó del mandado, se dio cuenta de que el infeliz seguía sin despertar, y eso ya le preocupó. Pues, ¿qué tendrá? —se preguntaba—. ¿Será que se pasó de grasas con alguna de las garnachas de la Sinfonía en la cocina que está a un lado de la nevería?, ¿o lo habrán presionado los pinches marihuanos de La Cueva, para que se diera un toque con una de las bachas que les vende el Tiritas?

No daba con lo que le estaba pasando, así que fue a buscar a Juan Huitrón, el doctor de los vecinos del callejón, por-

que sabía que eran cuates desde chicos, cuando se la pasaban echándose sus tochitos. Juan se había casado con Chelo, y primero se habían ido a vivir a un departamento, allí cerca, pasando la vecindad.

Bueno, pues en cuanto Juan supo que lo necesitaban, llegó de volada para revisar al Alpiste, pero no le encontró nada grave: el corazón estaba bien, los pulmones en orden. Le dio unos golpecitos con su martillito aquí y allá para revisar los reflejos; las retinas estaban un poco encogidas, pero eso se debía a la poca luz en el cuarto. La vejiga estaba algo llena de orines, así que le advirtió que, si no despertaba para la tarde, tendría que ponerle una sonda para que descargara.

El problema fue que Juan no lograba explicar por qué el Alpiste no despertaba. Le daba sus palmaditas en los cachetes y le abría los ojos con las yemas de sus dedos, pero el Alpiste solo balbuceaba como si estuviera platicando con alguien. En un momento, de manera inconsciente soltó un manotazo, como para quitarse de encima las manos de Juan, porque lo estaba sacudiendo de los hombros para hacerlo reaccionar.

Al final, Juan se fue sin poder dar un diagnóstico claro, pero dijo que hablaría con el psiquiatra del hospital, el que se especializaba en trastornos del sueño, para ver qué sugería. Pues nada, en la tarde, Juan llamó para saber cómo seguía el Alpiste, y al enterarse de que seguía dormido, agarró su maletín y subió de nuevo al callejón, esta vez con su gotero. Le dijo a la esposa que si la situación seguía igual, al otro día tempra-

no le abriera la llavecita del suero para mantenerlo hidratado. También le puso una sonda para drenar la orina. Hasta ahí, la prevención médica estaba resuelta, pero eso de que siguiera en el quinto sueño estaba muy raro.

La chamana de Sahuayo que despertó al Alpiste

Todos los hombres nos sentimos solos. La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y es el único que es búsqueda de otro, por nostalgia y deseo de comunión. La soledad es una pena, una condena y una expiación. Es un castigo, pero también una promesa del fin de nuestro exilio. Por eso, todos nuestros esfuerzos, tienden a abolir la soledad.

Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*.

Después de abrir la sonda del suero, al día siguiente Gloria salió a platicar con sus vecinas sobre lo que estaba pasando con el Alpiste. Blanca se quedó sorprendida de que su amigo, quien en otros tiempos era uno de los galanes del callejón, ahora estuviera chocheando tan feo. Fito recordó que una vez a su papá, coronel del ejército, le había sucedido algo parecido. Los médicos militares no pudieron despertarlo, así

que trajeron a doña Pachita, una curandera muy famosa de aquel entonces.

Dicen que doña Pachita realizaba sesiones espirituales donde prestaba su cuerpo para hacer viajes astrales a través de la oración y la conexión con el “Ser Magnificante”, quien concentraba toda la sabiduría. Al volver a su cuerpo, tomaba conciencia de lo que debía hacer y desarrollaba su estrategia. El médico que fue por ella dijo que doña Pachita se concentraba en el ser humano porque éste es capaz de modificar la información de todo el universo al alcanzar estados superiores de conciencia. La realidad, la percepción, a través de su maquinaria neuronal, es una proyección de la mente. Y aunque la realidad es una, se divide con fronteras de separación que dependen del nivel de conciencia que tenemos cada uno y no de una realidad en sí.

Este mismo médico conoció a doña María Sabina, otra curandera muy famosa de Oaxaca, quien, según él, afirmaba:

Todos los chamanes tenemos algo en común; los ritos que sostenemos son capaces de unir dos realidades, la nuestra y la inmaterial. Los chamanes sabemos, los chamanes miramos, nos desplazamos de noche como si fuera de día, tenemos los ojos abiertos para percibir lo ausente, para encontrar lo que falta, lo que no se dice, nuestros diagnósticos enfatizan lo imperceptible y vencemos con nuestras pequeñas ceremonias y enunciaciones, toda clase de afecciones: envidias, carencias, conflictos, dolencias, frustraciones y malos aires. Entonces, entonamos, rezamos, ofrendamos para restaurar el equilibrio

entre los humanos, el paisaje y los espíritus. Con nuestros actos regulamos tanto la salud individual como la social; tenemos un don que ejecutamos a través de letanías y cantos; hay unos que somos buenos con las hierbas, otros sabemos de huesos, llevamos a cabo operaciones invisibles; salvamos a quienes nadie más puede salvar, a los desahuciados, y lo hacemos con la mente y un cuchillo; nos especializamos, no en reparar el cuerpo, sino en recuperar almas perdidas; usamos mazorcas de maíz, piedras, tambores, caracoles, barajas españolas, huevos, tabaco molido con cal, velas⁸.

Narraba historias extraordinarias sobre operaciones de riñones, médulas, dedos y cerebelos que ella hizo, pues el chamán presta su cuerpo a los seres espirituales que tienen la capacidad de curar con solo pasar sus manos por encima de los enfermos, pero también son capaces de realizar trasplantes de órganos y curar con una selección de herbolaria especial; algunos utilizan bálsamos y oraciones; lo que importa es interceder entre los humanos y los espíritus⁹.

Gloria no podía imaginar al Alpiste siendo sometido a una curación espiritista, pues ni siquiera estaba segura de que estuviera enfermo; simplemente, se había quedado dormido. Esos actos, que para ella rayaban en lo sacrílego, no tenían nada que

⁸ Jaen Madrid, “Pachita, la curandera más famosa de la Ciudad de México”, en *MXC*, 2015, [<https://mxcity.mx/2015/10/pachita-la-curandera-mexicana-mas-famosa-de-la-ciudad-de-mexico/>].

⁹ *Idem*.

ver con las cosas sencillas que hacía doña Chole en la colonia. Como Gloria estudió dos años la carrera de medicina, tenía formación básica de anatomía y fisiología, y sabía que Chole daba chochitos y masajes; igual que los médicos, les daba su receta para que fueran a la botica, y para la tarde, don Hilario ya tenía listos los tubitos con pastillitas dulces y él mismo les decía si se tomaban con agua o té, si antes o después de comer.

Preocupada, al otro día Gloria habló con sus hermanas para contarles lo que le pasaba a su marido. Ya era temprano y los ayudantes de la sastrería estaban llegando. Sin saber qué hacer con ellos, le pidió a Memo, que llevaba muchos años trabajando allí, que se quedara, mientras que a los demás los mandó a su casa. Su hermana Yadira le recordó que la tía Teté, allá en Sahuayo, había sido curandera toda su vida, respetada por el pueblo, aunque no faltó quien la acusara con el cura de que hacía ritos con granos de maíz de varios colores y plumas de guajolote, se ponía medio temblorosa con los ojos en blanco, se levantaba y el enfermo quedaba curado. Como el padrecito sentía pasos en la azotea, el domingo desde el púlpito decía que eso era brujería, así que había que correrla, y los devotos se la creían.

Por esa razón, la tía Teté se tuvo que venir para la capital, cerca de la casa de su comadre Jovita, que ya llevaba varios años viviendo allí con sus hijitas y un chilpayate de meses. Decía que en aquel pueblo rascuache no había buenas escuelas ni trabajos decentes para sus hijas y, menos aún, un marido que no fuera “un rancherillo cuida vacas”.

Ante la premura, a Gloria no le quedó de otra. Le habló a su prima Luscinda, con la que se iba al kiosco del pueblo después de la escuela a comprarse su barquillo con Feliciano, el sobrino del presidente municipal. Le pidió que por favor trajera a la tía Teté porque necesitaba que sacara al Alpiste de ese sueño profundo en que había caído. Luscinda no tuvo la menor duda en ayudarla y de inmediato fue a decirle a su mamá lo que le estaba pasando al Alpiste:



Plaza central de Sahuayo.

—¿Y quién es ese güey?

—¡Ay mamá! Es el mequetrefe con el que se casó Gloria, la hija menor de tu comadre Jovita.

Una vez que su madre recordó de quién se trataba, fue al clóset donde tenía sus trebejos y todavía tenía los tiliches que

utilizaba en el pueblo para realizar sus curaciones. De ahí sacó un chiquigüite medio empolvado y, al otro día tempranito, salieron hacia la casa del Alpiste en un taxi. El chofer bajó todos los chunches de la cajuela mientras ellas tocaban el timbre. Pronto salió su sobrina a recibir las, y después del besuqueo de rigor, subieron directo a la recámara, donde el Alpiste seguía dormido a pierna suelta.

La tía Teté llegó muy empoderada, con sus collares de semillas y caracoles de Tzintzuntzan que le colgaban hasta la cintura, su reluciente vestido purépecha y un sombrero de palma de Sahuayo con los empalmes entresacados y listoncitos de colores. De entrada, pidió que la dejaran sola con él en el cuarto. Apenas salieron, cerró la puerta, se puso un zarape de Saltillo que le caía desde los hombros hasta las caderas y sacó un estuche con pinceles, polvos y cremas. Llevaba su propio espejo, algo descarapelado, que dejó recargado sobre el marco del tocador. Sacó el taburete, preparó un menjurje jaspeado y, con el pincel más delgadito, se pintó sobre las mejillas unas florecitas de cempasúchil.

En cuanto acabó con ese preparativo, miró hacia el Cristo de barro que colgaba sobre la cabecera y siguió con unos rezos cortos hablados en purépecha. Luego, sacó del fondo del chiquigüite un par de veladoras pequeñas, que prendió frotando unas piedras negras de quién sabe de qué mina. Puso sobre el buró las flamas multicolores, no sin antes retirar los retratos y las lámparas de pantalla, poniéndolas con mucho cuidado en

el rincón contrario a la puerta. Lo único que dejó encima fue una pequeña biblia y un rosario de pedrería chiapaneca, que estaba del lado contrario; por eso, se dio cuenta de que ella seguía siendo fervorosamente católica.

Ya avanzado ese primer ritual, se hincó del lado de la piecera y, abriendo los brazos, empezó a contorsionarse emitiendo gemidos como de niño chiquito, y después de dos minutos, el Alpiste empezó a mover su cabeza de lado a lado, pero manteniendo los ojos cerrados y sin hacer ningún ruido; para la tía Teté eso fue señal de que en sus sueños, él había viajado por el tiempo a lugares donde estaban sus ancestros, tal vez para pedirles ayuda; obviamente, a pesar de haber caído en trance profundo, ella dedujo esto por el grado de concentración a que se sometió durante la expiación de los pecados que el Alpiste traía atorados y que no son otra cosa más que culpabilidades que, como cualquiera, siente por los males que ha cometido

Ella sabía que para regresarlo de ese sueño que se lo llevó al otro mundo se requería de un médium, pero debía ser alguien que no fuera un familiar. La persona elegida tendría que estar dispuesta a prestar su cuerpo para que, desde el limbo, alguno de sus antecesores viniera a su llamado y diera pistas de por dónde andaba este pecador y qué estaba haciendo por allá.

Como eso no lo podía decidir sin el consentimiento de su sobrina, entonces suspendió ese primer ritual. Volvió a poner

todas las cosas en su lugar, se quitó los collares y el zarape, guardó en el chiquigüite todos sus chunches y salió del cuarto para platicar con su sobrina, Gloria, que estaba ansiosa por saber qué había pasado.

La tía Teté le contó sobre su experiencia extrasensorial de manera muy coloquial, consciente de que la gente la tiraba de a loca al principio. Pero Gloria, que también es de Sahuayo y vivió allá sus primeros ocho años, estaba acostumbrada a ver rituales como los que se llevaban a cabo en el panteón del atrio de la parroquia. Veía cómo los tarascos bajaban de la sierra con sus gallinas y, a un lado o encima de las tumbas de sus antepasados, llevaban a cabo sacrificios, creyendo que así sus difuntos la pasaban bien en el cielo, porque para ellos esas creencias son sagradas y piensan que sus campos hierven de dioses y de duendes. Hay dioses subterráneos y dioses del aire, dioses de las montañas, de las aguas y de las cavernas. Por eso casi no salen de noche, y si lo hacen por alguna necesidad, salen todos juntos, van fumando y hablando en voz alta para ahuyentar a los malos espíritus¹⁰.

La tía Teté le dijo a Gloria que el Alpiste había reaccionado bien a los primeros rezos, pero que iba a requerir de un voluntario que fuera creyente y estuviera dispuesto a servir de médium; que mediante un ritual dedicado a Dios, los

¹⁰ Fernando Benítez, *Ayer y hoy*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

espíritus de sus seres queridos vendrían del limbo para ayudarlo a resolver los problemas que él mismo propició con sus pecados.

Aunque Gloria no creía en nada de eso, recapitó al ver cómo su prima Luscinda la miraba, como diciendo “no vayas a tirar de a loca a mi mamá”. Recordó que cuando ella o sus hermanas se ponían malas allá en Sahuayo, su mamá las llevaba con Teté, que siempre las aliviaba. Entonces, sin más comentarios, comenzó a pensar en alguien de confianza y discreto a quien poder pedirle ese favor. No quería que la colonia supiera que una bruja iba a curar al Alpiste, porque eso sí que sería un escándalo. Mejor esa misma noche hizo un recuento de las personas a las que podría considerar, sin descartar que para estas cosas la gente de ahora tiene muchos prejuicios religiosos y les da mucho temor enfrascarse en una experiencia de ese tipo; solo a familiares muy cercanos o amigos de mucha confianza se les podría tomar en cuenta.

Gabo acepta servir de médium

Los chamanes combaten con silencio o palabras rituales. Cantan durante horas, noches o hasta semanas para sofocar el ruido del mundo de los espíritus que viven en constante agitación. La muerte, la estridencia, entran en el cuerpo de la víctima a través de los pliegues de las articulaciones. Para sanar al paciente hay que crear un espacio de silencio en torno suyo. La única forma es con la voz en alto. En el mutismo de los espíritus está la vida de los humanos.

Jacobo Grinberg-Zylberbaum, *Las manifestaciones del ser*.

Para empezar, su esposa pensó en los amigos del callejón, pero ya casi todos se habían muerto o estaban igual de viejos que el Alpiste, o más. Por ejemplo, el Beso, además de ser de

su misma edad, siempre fue medio introvertido, y ahora que es abuelo se hace el muy santito. No le gusta que lo sigan recordando como el chinguetas de la palomilla. Cuando se le habló a su casa, Lulú decía que no estaba o que llegaría más tarde, así que lo descartó. Lo mismo pasó con Mario, el ingeniero, quien desde jovencito padecía tramos de pérdida de conciencia; Manuelito acababa de ser operado quién sabe de qué cosa.

Gloria siguió tratando de acordarse de otros. De repente, le vino a la cabeza César, pero al preguntarle si quería apoyarla, le dijo que estaba por cumplir los 74 y que su familia lo iba a festejar en una casa de descanso que tenía en Lomas de Cocoyoc. Del pinche Negro se sabe que ahora vive en Barranquilla, una calle más abajo de la colonia, pero, además, nadie sabe exactamente en qué condominio. Desde el principio, la tía Teté le había dicho que entre más joven estuviera el que fuera a hacer de médium, sería mejor, porque luego, a la hora del trance, “se lo podía chupar la bruja”. Entonces, Gloria se acordó de sus cuates de la sastrería y del amigo Luis, del Instituto Vives, pero por viejos, ya ni buscarlos. La mujer del Alpiste estaba desconsolada porque ya no sabía a quién llamar, hasta que de repente se acordó de Josele, el veterinario de sus perritas, quien de niño se hizo su amigo en las tribunas en la Plaza México. Él fue quien lo invitó a la fiesta de Xavi y de allí se lo jalaron al Club España para que conociera el Vapor de Baja. Fue tal la nostalgia por aquellos recuerdos que cuando se volvieron a ver, lo invitó al club para que se hiciera socio con

una cuota especial que le conseguiría con su amigo Paco, quien ahora era el presidente. Aunque él no fuera español, lo aceptarían. Por lo que le había platicado el Alpiste, ella se acordaba también de Pedro Martínez, quien, habiendo sido un niño grandote, era el líder de todos aquellos chamacos. Él consiguió que el abuelo de Xavi los apoyara para que dejaran entrar al club al Alpiste sin ser socio. Lamentablemente, ya de grandes, cuando iba a ser presidente del club, de un día para otro, Pedro muere de un infarto, justo el 19 de septiembre de 1918, cuando estaban festejando el cumpleaños de Richy Castro en la cafetería. Su amigo más cercano, al ver que no llegó con el pastel que le había prometido, decidió ir a buscarlo porque se les hacía muy raro que no llegara y que no contestara el teléfono. ¡Oh, sorpresa! Su coche estaba en el garaje y su esposa había ido a Guadalajara a ver un asunto de sus hijos. Le pidió al conserje que le prestara una escalera para entrar por la ventana y, al pasar a la recámara, lo encontró, pero ya era cadáver.

Lo importante de esta aventura fue que, curiosamente, el día que llegaron al club cuando eran niños, era el cumpleaños de Gabo, un pinche niño que le iba al América, aquel equipillo que acababa de comprar “el Tigre” Azcárraga, el heredero de Televisión. Por eso su mamá lo había vestido con una playera cremita y hasta le había llevado una corneta, con la que se la pasaba echándole pitidos en los oídos a todos los demás chamacos. Su mamá, que lo llevaba al club desde que nació, le había organizado un desayuno de tamales y con un pastel

muy rico, para partirlo con todos los niños. En ese momento Pedro, Josele, Xavi y un chingo de escuincles, que andaban recorriendo las instalaciones para enseñarle al Alpiste las canchas, la alberca y el campo de fútbol, echaron la carrera y se fueron de jalón para la cafetería en cuanto una de las mamás les avisó que estaban invitados al pastel de Gabo. Esos son los recuerdos entrañables del Alpiste y por los que siempre ha pensado que deben ser contados por su cuate el escritor de la novela *Los sueños de aserrín*.

Como ahora de viejo ya es miembro del club, no deja ir ni un solo día, dizque para hacer ejercicio, pero lo que en realidad le gusta es irse a meter al Vapor de Baja. Allí es donde se encuentra con Canito, Richy, Juanjo, Xavi, Josele, Gabo, Paco, Kike el Doctor Símil, los Faes, los Charlys, los Ramones, los Robertos y muchos más, con los que disfruta echar desmadre. Gloria sabe que Xavi también es buen amigo, pero como está igual de vetarro mejor ni le dijo. También pensó en Canito, que daba muy bien la talla, pero por esos días andaba con una dolencia que lo tenía al borde de una operación. No le quedó más que pensar en Gabo, el americanista, y como el Alpiste es chivero, pues, desde que se reencontraron en el club, se la pasan apostando cada que hay “clásico”. Ese ha sido el pretexto para irse a botanear a las cantinas de media ciudad; así es como se han hecho muy cuates. De esa manera, se convirtió en el candidato para fungir como médium. A ver si deveritas se porta como machito.

Como Gloria conoce bien a Lourdes, la esposa de Gabo, le habló a su casa para comentarle el problema que tenía con el Alpiste. Ella forma parte de un grupo de meditación y da orientación trascendental sobre prácticas para la salud mental. Supuso que comprendería bien lo de la función de un médium en los ritos espirituales para viajar al limbo, donde están los espíritus de nuestros antepasados. Lourdes le dijo que, desde luego, lo convencería para que aceptara prestarse para que su tía pudiera comunicarse al más allá, para que alguno de los espíritus de sus parientes fuera atraído a través del trance de la chamana, ocupara el cuerpo de Gabo y lo convirtiera en médium.

Dicho lo anterior, el paso siguiente fue que ella hablara con su esposo y lo convenciera de prestarse para ese ritual y así regresar a su amigo del sueño profundo en el que ya llevaba más de cuatro días. El problema era cómo y cuándo decírselo, pues él siempre ha sido muy supersticioso e incrédulo de esos disparates, pero en cuanto supo que se trataba de un problema del Alpiste, exclamó: “¡Pa’ luego es tarde! Si no, ¿con quién me voy a seguir echando mis *drinks* cada semana? Tú sabes que los del club son bien mandilones, no los dejan ni ir a la esquina y menos con nosotros”.

Ante la reacción de su esposo, Lourdes le habló inmediatamente a Gloria para decirle que su esposo estaba puestísimo para servir de médium, y, como no había que perder el tiempo, ese mismo día se fueron para Tacubaya. Una vez enterada, le

habló a su prima Luscinda, para decirle que ya tenía al valiente que había aceptado servir de médium y que entonces se trajera de volada a su mamá con todos sus chunches para preparar el ritual y ver si ahora sí podía despertarlo; así fue como se resolvió la situación por la que estaba pasando el Alpiste.

Bueno, pues ya veremos qué va a suceder con el sueño profundo del Alpiste y con la tía Teté, que hace las veces de chamana, para regresarlo de su sueño profundo.



La chamana preparándose para despertar al Alpiste.

Los espíritus que vinieron del más allá

*Recuerda, tu alma es quien eres en verdad;
en tu alma está la memoria de todos
los actos, de todos los pasos vividos, no es en
tu cuerpo. Tal como todas las almas,
estamos destinados a dejar el cuerpo en
el momento en que nos llamen del otro
mundo. Consideremos cambiar
de conciencia y mirar hacia el terreno
espiritual, aprendamos de nuestros actos,
seamos conscientes de nuestra palabra.*

“Poderosa oración chamánica”.

Cuando llegó la tía Teté, Gabo estaba en la sala escuchando a Gloria, quien le contaba lo que le había sucedido al Alpiste mientras Lourdes le sobaba la espalda para relajarlo, pues en el camino le venía preguntando qué pasaría si él se quedaba

atrapado por ese ritual, si se quedaba dormido y luego era él al que no pudieran sacar del sueño profundo.

Desde el día anterior, la tía Teté ya le había explicado a Gloria que aquello de que un médium se quedara atrapado en el trance nunca sucedía. Los espíritus que ocupan un cuerpo solo participan temporalmente en el ritual y luego desaparecen porque pertenecen al ultramundo, al limbo. Como ella había tenido experiencias en las que a la mera hora se le rajaban, en cuanto lo vio, le dijo: “Usted debe ser el que nos va a servir de médium, porque va a prestar su cuerpo, así que, venga pa’cá”. Entraron al cuarto donde estaba dormido el Alpiste, lo sentaron en un sillón bastante cómodo que Gloria había traído de la sala y le ordenó: “De allí no se me mueva, ponga sus manos sobre los brazos del sofá y cierre los ojos”. Luscinda ya le había dejado su chiquigüite por un ladito; para ese momento su mamá ya traía puesto el vestido de rigor; para lo que seguía, se puso su collar, el zarape de colores y su sombrero e inmediatamente empezó a rezar en purépecha, no sin antes pedirle a Gabo, que tratara de poner su mente en blanco, que escuchara su voz y aunque no entendiera nada, que se relajara y recargara su cabeza sobre el respaldo como si fuera a meditar.

Conociendo a Gabo, seguramente estaba bien nervioso, pero como se las daba de muy machín porque de jovencito había sido chofer de la ADO, pues muchas veces había pasado por Catemaco y otros lugares del sur, donde desde hace un chingo

de tiempo se practica la brujería; por eso sabe muy bien que por allá hay muchas brujas que llevan a cabo ese tipo de rituales para funerales, cumpleaños, fiestas religiosas y hasta con enfermos; además, una vez que fue a África, pagó un tour para ver cómo sacrificaban mandriles para aliviar a niños, para casar a niñas con adultos o para que un jefe de tribu le entregara el bastón de mando a su sucesor; así que mejor aflojó el cuerpo y decidió vivir la experiencia para ver qué se sentía recibir un espíritu. Al término del primer rezo, de los labios de la tía Teté salió un discurso pronunciado velozmente en un lenguaje muy extraño. Alguna vez en Tepoztlán, Gabo había oído hablar algo de náhuatl y por lo que alcanzó a escuchar, ese lenguaje tenía cierta similitud con lo que estaba escuchando, pero, de cualquier manera, ya daba señales de estar perdiendo la conciencia, y a la vez, algún espíritu ya se estaba refugiando en su cuerpo. Al darse cuenta de eso, la tía Teté pensó que era el momento de hacer contacto con el más allá; entonces, sin dejar pasar más tiempo, empezó con otro discurso centrado en pedirle a Dios que la ayudara a despertar al Alpiste: “Perdón padre, madre, hermana de espacios sagrados, lugares de encanto por todas las vidas que he pasado, por todos los pasos y experiencias vividas, por todos los amores, por todas las heridas que he causado. Perdón, perdón”¹¹.

¹¹ “Poderosa oración chamánica”, en *El sendero del chaman*, s.f. [<https://www.elsenderodelchaman.com/rituales/poderosa-oracion-chamanica/>].

De repente se calló porque Gabo empezó a convulsionarse; esa era señal de que estaba surtiendo el efecto del trance; alguno de los espíritus de un pariente del Alpiste estaba apropiándose de su cuerpo; luego, él se enderezó, abrió sus ojos saltados, y con una voz de exorcista, volteó hacia donde estaba dormido el Alpiste y le dijo: “Hijo mío, dime dónde estás e iré a rescatarte de los malos espíritus”. La tía Teté observó, atenta. En ese momento el Alpiste balbuceó, como si fuera una revelación de ultratumba y tenuemente se oyó que dijo: “A sus órdenes, mi gran emperador Napoleón Bonaparte”. A partir de ese momento la recámara empezó a transformarse, como si fuera un escenario panorámico, pero entre luces de colores muy débiles como si estuvieran en uno de esos bares medio cachondos a donde íbamos de jóvenes, allá por la colonia Doctores. En lugar de los muros de aquella pequeña recámara, el espacio se agrandó, se veían unas cortinas de tul moradas que se movían con los aires aromáticos del campo, pero todo parecía muy apacible, se veía un paisaje montañoso con pastores cuidando ovejas y pequeños jacales dispersos sobre sembradíos de trigo. Todo parecía tratarse de otra época y otro país, con personajes que parecían protagonistas de una obra de teatro entre los cuales se veía al Alpiste.

Se trataba de la escena de algún momento histórico en la que cada quien ejecutaba su papel de acuerdo con su personaje; apenas avanzó la escena y la tía Teté tuvo la percepción clara de lo que estaba pasando; entonces, de acuerdo con sus

conocimientos, pensó que los hechos se estaban llevando a cabo en Francia y que, en su sueño, el Alpiste había viajado a los tiempos de las guerras napoleónicas. “¿Por qué le habrá pasado eso?”, se preguntó. En ese momento no lo sabía, pero tendría que dejar que las cosas avanzaran sin alterar nada de lo que estaba pasando con Gabo, aunque éste se retorció como si también anduviera en ese viaje al pasado. Decidido así, la tía Teté tuvo que esperar para ver en qué momento y lugar específicos estaba viviendo su sueño el Alpiste, con quiénes estaba y por qué andaba por allá. Lo importante era que el cuerpo de Gabo había servido muy bien como médium. Ella nunca había tenido una experiencia en la que el paciente se alejara de su lugar de origen y menos que viajara al pasado, pero más allá de espantarse o confundirse, se emocionó pensando que este caso le generaría aún más conocimientos y sabiduría en su experiencia como chamana; entonces exclamó: “¡Felicísimos y venturosos fueron los tiempos en los que se echó al mundo!, él fue audacísimo hechicero, pues por haber tenido tan honrosa determinación, como fue, el querer resucitar y volver al mundo la ya casi muerta orden de la amante brujería, gozamos ahora, en nuestra edad, necesitada de importantes conocimientos, no solo de su verdadera historia, sino de mitos y episodios de ella, que, en parte, no son menos ciertos, efectivos y verdaderos que la misma historia; la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hielo, cuenta que, así que el espíritu venido, comenzó a prevenirse para consolar al Alpiste”.

Eso no le impidió escuchar una voz que llegó a sus oídos, y que con tristes acentos decía: “¡Ah, Dios!, ¡si será posible que ya haya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura a la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo! ¡Ay desdichada, y cuan más agradable compañía harán estos riscos y malezas a mi intención, pues darán lugar para que con las quejas del Alpiste comunique su desgracia al cielo, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males!”¹². La tía Teté se preocupó porque no supo qué familiar era. Al paso de unos minutos el Alpiste se veía en medio de un enorme ejército, muchos caballos montados por soldados con uniformes de chaquetones e insignias, botas hasta las rodillas, sables, mosquetones, gorras picudas por los lados y altas de enfrente, todos siguiendo al comandante Napoleón, tomando camino hacia Vizkaia, donde tenía que someter a guerrilleros vascos que se oponían a entregar los pocos víveres que quedaban para el pueblo y, en cambio, alimentar a un chingo de soldados y a los rancheros del sur, que se habían ido metiendo poco a poco a su territorio, donde había mejores tierras.

¹² Diálogos contruidos a partir de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, España, Editorial Everest, s.a., pp. 218-219.



Napoleón en las faldas de los Pirineos¹³.

El Alpiste aparecía en la escena desconcertado y sin saber dónde estaba ni qué hacía allí, bajo esa circunstancia. La tía Teté sabía que él no era tan letrado en cuestiones de historia universal y que solo se daba cuenta del alboroto que se traían unos soldados de quién sabe qué país, hacia dónde se dirigían, pero

¹³ François Gérard, *La bataille d'Austerlitz. 2 decembre 1805* [1810], en Wikipedia, 2020, [[https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_napole%C3%B3nicas#/media/Archivo:La_bataille_d'Austerlitz._2_decembre_1805_\(Fran%C3%A7ois_G%C3%A9rard\).jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_napole%C3%B3nicas#/media/Archivo:La_bataille_d'Austerlitz._2_decembre_1805_(Fran%C3%A7ois_G%C3%A9rard).jpg)].

que obedecían a ese general que les hablaba en francés. Ella se dio cuenta de lo que estaba pasando con el Alpiste; vio que un soldado volteó hacia unos arbustos y detrás de una roca vio agazapado al Alpiste, entonces, moviendo su mosquetón, en señal de ponerse de pie, le dijo: “*lève-toi e sors d’ici*”; aunque no le entendió ni madres por el movimiento que hizo con el fusil, éste se puso de pie hecho la madre y se le acercó. El soldado al verlo con esa ropa a rayas —era su pijama—, pensó que se había escapado de alguna de las cárceles cercanas; la verdad es que lo agarró como al Tigre de Santa Julia, pues del susto, éste se meo y por poco hasta soltaba el recalentado que se había cenado dos días antes en su casa. Como las órdenes que tenían era jalarse a todo aquel que encontraran por donde iban pasando, entonces le dijo a su subalterno que lo llevara a la retaguardia, y que alguien que hablara en euskera le leyera la cartilla y que cuidadito con desertar, porque a partir de ese momento ya era soldado del Ejército Imperial del emperador Napoleón Bonaparte. El pobre Alpiste no entendía ni madres de francés y menos de euskera, sin embargo, por los empellones que le dieron, intuyó que había que disciplinarse porque si no se lo echaban al plato. En cuanto abrió la boca, pensaron que era un español que estaba apoyando al general José Bonaparte, pues por esos tiempos lo había mandado su hermano a gobernar España y Portugal, habiendo dejado de lado a Fernando VII, porque no había puesto en su lugar a los ingleses, que llegaban a Puerto de Vigo a recibir armamento

para sus aliados. Ni por aquí pensaron que el Alpiste era un vil mexicanito; el caso es que tuvo que ponerse el uniforme y marchar entre los riscos de aquella cordillera nevada, a la que los soldados franceses llamaban Les Pyrénées, con una pronunciación muy rara, por lo que él pensaba que algo se les estaba atorando en el gañote. Todos avanzaban al paso que les imponía la caballería rusticana. ¿Por qué fue a dar por allá en los mismos años en que México se la estaba rifando con Miguel Hidalgo para independizarse de España? Bueno, pues dado que éste anda por allá, aunque sea en sus sueños, en los siguientes capítulos sabremos de los orígenes europeos de su familia, pero también de las familias de algunos de sus amigos del Club España.

El Alpiste amanece en el País Vasco

*¡Oh Vizkaia!*¹⁴

*Tal vez no fue aquel viento quien poseyó tu boca.
Quien dobló tu rostro a la azul brazza del olvido.
Quien rizó tu mirada y tu río con la lentitud de las
bestias. El hombre se disfrazó de arroyo para
amamantarte de lagos y de llamas. Tal vez no fue
aquel viento quien bebió nuestros ojos con cólera
y silencio.*

Karlos Linazaroso, "IV".

Conforme el ejército de Napoleón avanzaba y se iba introduciendo en el País Vasco, ya fuera por las orillas de los ríos o por las laderas de los Pirineos, los soldados se daban cuenta de que en esos pueblos nadie hablaba ni francés, ni español, sino euskera, pues era el lenguaje de esa gente que estaba allí

¹⁴ Esta expresión es mía.

desde hacía ya varios miles de años; por eso, cuando fueron los romanos, en tiempos de su imperio, nunca pudieron conquistar ese territorio, tampoco pudieron hacerlo los bárbaros y menos los musulmanes que estuvieron en España por siete siglos. El Alpiste se dio cuenta de que los vascos, como podían, les decían a los soldados napoleónicos que ellos no eran franceses; que habían llegado allí mucho antes y que sus costumbres estaban basadas en fueros milenarios que eran como su constitución. La frontera que les pusieron España y Francia hacía unos cuantos siglos no significaba nada para ellos, pues de ambos lados de esa cordillera montañosa, ellos se veían como hermanos de sangre y siempre luchaban contra cualquier invasor; no les gustaba que nadie se metiera a vivir con ellos; a sus escuelas solo iban los niños vascos y allí aprendían su lenguaje y costumbres.

Con el paso de los días, por hambre y necesidad de permisos para ir a alguna barranca a desalojar el intestino, el Alpiste empezó a hablar y a entender algo de francés; también comprendió que estaba en medio de una guerra en otra parte del mundo de la que no tenía ni la más remota idea; el problema, en ese momento, era que Napoleón deseaba invadir Rusia, y para eso necesitaba a los vascos de su lado, para que le ayudaran a protegerse de Inglaterra, que ya tenía control de los puertos de Portugal, por donde recibía pertrechos para sus barcos de guerra. Con esa finalidad, le encargó al conde Dominique José Garat, un periodista muy influyente en la

región, que los convenciera para que lo apoyaran a cambio de respetarles sus fueros, al mismo tiempo, había enviado al comandante Pierre Vincent con varios pelotones de sus soldados a Vizkaia, entre los que iba el recién reclutado Alpiste; su misión era incorporar pacíficamente a los vascos que fueran encontrando por los caminos del norte.

Al llegar a Ainhoa, pueblito cercano a la cordillera de Les Pyrénées, el Alpiste fue enviado junto con otros soldados a tomar control de la bizcochería, con la orden de que el panadero pusiera a trabajar su molino a toda marcha, para subastar a su batallón con baguetes. Pues resulta que el propietario de la panadería era ni más ni menos que don Endrike Rosique, quien sabía que uno de sus paisanos, el mariscal Francisco Espoz, traía en Navarra levantados en armas a más de 10 000 milicianos haciéndole la guerrilla a los franceses; entonces se resistió porque la harina estaba muy escasa y desde hacía tiempo el pueblo estaba pasando hambre.



Puente romano Trespuentes en el País Vasco¹⁵.

Tristemente, de acuerdo con las reglas de guerra napoleónica, a todo aquel que se resistiera se le pasaría por las armas; así que el tatarabuelo del Alpiste, entre vasco y francés, fue puesto en el paredón y junto a varios guerrilleros que habían apresado por la sierra fueron fusilados. Todo esto sucedió frente al mismísimo Alpiste, que hubiera querido salvarlo, pero sabiendo las consecuencias de hacer algo así, se contuvo. Don Endrike, dándose cuenta de la aflicción de su pariente, volteó la cara hacia él y sintiéndose como si fuera su padre, asintió con un leve movimiento de cabeza y apretón de labios, como queriendo decirle “así somos los vascos”.

¹⁵ Tomado de [https://es.wikipedia.org/wiki/Pa%C3%ADs_Vasco].

Independientemente del trauma que vivió su esposa, no le quedó más que prender los hornos y poner a trabajar a los panaderos de a doce horas por turno. Ella contuvo su ira por el temor de que el comandante Pierre la fuera a tomar contra ella y sus hijitos que, compungidos y espantados, mejor se fueron corriendo a su jacal, que estaba atrasito de la panadería. Por su parte, al ver lo que le pasó a su patrón, los panaderos se pusieron a chambear toda la noche mientras los demás vecinos entregaban y hacían todo lo que se les pedía.

En reacción a esos fusilamientos, Tomás Antxia, igual que otros guerrilleros que tenían tomados los pueblos cercanos, al enterarse de lo que había pasado, llegaron por sorpresa a Vizkaia, agarrando desprevenidos a los soldados franceses que no se alcanzaron a dar a la fuga y que de inmediato fueron fusilados en el mismo paredón donde horas antes habían fusilado al tatarabuelo del Alpiste. Esos guerrilleros, junto con Enpoz, eran los cabecillas de la resistencia vasca; gracias a su rebeldía, Napoleón les concedió redactar su Primera Constitución, en la que se reconocía que el País Vasco sería independiente de España y de Francia, estando consciente de que ellos habían llegado ahí miles de años antes y que tenían sus propios fueros, con los que se entendían y vivían felices¹⁶.

¹⁶ Aitzol Altuna Enzunza, “Napoleón y el Estado vasco”, en *Nabarralde*, 27 de octubre de 2010, [<https://nabarralde.eus/napoleon-y-el-estado-vasco/>].

El pobre Alpiste, llorando por dentro, habiéndose dado cuenta de que los soldados con los que él había llegado a Vizkaia habían fusilado a su tatarabuelo, en un rato de descanso que les dio su superior, se acercó sigilosamente a la choza donde estaban escondidos los hijitos de don Endrike Rosique, y habiéndose robado una baguete con tocinos de la mochila de un soldado que estaba distraído, empujó unas pacas de paja que estaban en la entrada, y ya estando adentro, los más chiquitos empezaron a llorar solo de verlo con aquel uniforme, pero acercándoseles de puntitas y con el dedo índice puesto sobre sus labios, les hizo señal de chitón; una vez que se tranquilizaron, como pudo darse a entender, les dijo que él no era francés, que venía de otro lugar muy lejano y que también era un Rosique, que había llegado allí a través de un sueño. Eso les pareció a los niños como un cuento de *caballeros andantes*¹⁷, como si fueran Sancho y Don Quijote de la Mancha. Ya de cerca se dio cuenta que por su parecido, seguro que eran sus parientes y que algunos de ellos más adelante se irían para México.

¹⁷ Término que usa Miguel de Cervantes para designar al Quijote de la Mancha.



La choza de don Endrike y su familia.

Como vio a los niños muy entretenidos, mientras devoraban la baguete que sacó de entre los forros de su *maquinof* les dijo, a señas y recogiendo una semillita que estaba en ese granero, que allá en Tacubaya, el barrio donde había nacido, a él le apodaban el Alpiste; luego, como pudo, les preguntó por su nombre; el más grande se llamaba Endrike y tenía ocho años, el que seguía era Iker y tenía seis, el más chico se llamaba Joakim y apenas tenía cinco. También les preguntó por el nombre de su mamá, y el más grande con una vara escribió en el suelo, Kassiana.

El Alpiste pensó que, de alguna manera, uno de ellos viajaría al otro continente, porque de entre las reliquias que su padre había dejado en un viejo armario, acá en México, una vez encontró un retrato en sepia de su abuela y ella se había llamado Casiana; seguro que tuvo algo que ver con la ma-

dre de estos chiquillos; esto sería así, porque cuando hubo hambrunas y epidemias por Europa, los españoles tomaban el primer barco que podían y se venían para América, y sabiendo que el gobierno mexicano estaba aceptando europeos con todo y sus familias para poblar los Altos de Jalisco, lugar donde había buenas tierras para el cultivo. Cuando ellos llegaron, los de migración escribieron su nombre sin “k” y sin doble “s”; luego los hijos tuvieron los mismos nombres, pero castellanizados: Enrique y Joaquín; el de Iker lo dejaron igual. Los niños apenas estaban agarrando confianza con el Alpiste, cuando de momento se escuchó el pitido del trompeta que llamaba a sus soldados, porque ya se iban hacia Leipzig, antes de que llegaran más guerrilleros vascos y vengaran la muerte de sus paisanos.

Al Alpiste ya no le quedó más que darle un besito en la frente a cada chamaco y salir casi de pecho tierra, para que nadie supiera que los niños estaban allí escondidos. Nunca más, dentro de su sueño, supo que pasó con aquellos huérfanos; seguramente doña Kassiana se las tuvo que ingeniar como pudo para mantenerlos sanos y salvos, porque al menos uno de esos niños vino a poblar de Rosiques, acá por Jalisco y Michoacán. Mientras, en el México de 2024, el Alpiste seguía en su recámara echándose el quinto sueño, al lado de Gabo, que seguía con los ojos en blanco y contorsionándose por los efectos del trance. Ese cuarto, por órdenes de la tía Teté, se mantenía cerrado, mientras que el escenario velado del País

Vasco se iba desvaneciendo lentamente, como si se tratara de una proyección de cine, en las que se diluye una imagen y va apareciendo otra nueva; en la siguiente se veía otro escenario de guerra en vivo.

Ahora el Alpiste se encontraba en medio de una gran batalla; era otro país, los soldados de los diferentes ejércitos hablaban y echaban gritos en varios idiomas; las luchas eran cruentas, porque eran cuerpo a cuerpo; había muertos y heridos por todos lados; unos soldados disparaban a quemarropa a los enemigos que saltaban hacia sus trincheras, mientras que otros los ensartaban a bayoneta calada o los herían de brazos o piernas con sus sables forjados en bronce, mientras los de retaguardia retacaban de pólvora los fusiles que acababan de ser disparados para que los del frente pudieran disparar otra vez a los enemigos que se aproximaban; todos se veían desesperados, entre agujeros y caballos destazados, por los cañonazos que levantaban enormes polvaredas.

Así terminó esta primera parte de batallas históricas en las que, de puro milagro, el Alpiste sobrevivió, mientras el general Napoleón sollozaba por su amada Josefina de Beauharnais, que se revolcaba en el Palacio de Versalles con unos de sus tantos amantes; cuando en la Francia revolucionaria de la época del terror se guillotina a diestra y siniestra a cualquiera que le pareciera traidor de la Primera República.

El Alpiste con la tía violinista de Gabo

*Todas las potencias de Europa se han
combinado en armas contra mí. En estos últimos
tiempos, del mismo modo que en los días
de prosperidad, vosotros habéis sido modelo
de valor y fidelidad. Con hombres así,
nuestra causa no estaría perdida,
pero la guerra hubiera sido interminable;
hubiera sido una guerra civil, y eso hubiera
acarreado desgracias tremendas para Francia.*

Napoleón Bonaparte, “No lamentéis mi destino”.

Sin saberlo, el Alpiste había sido llevado junto con su batallón hacia el este de Europa, primero pasando por París, ciudad que ni en sus sueños habría pensado que algún día iba a conocer, pero de repente escuchó a sus compañeros del regi-

miento gritar: *¡Pagrí, Pagrí!*, por eso pensó que habían llegado a París, pero volteaba para todos lados y no veía la famosa Torre Eiffel; él no sabía que en su sueño estaba viviendo en el año de 1813, y que ese enorme y maravilloso monumento de hierro sería construido e inaugurado hasta 1879.

Su batallón siguió hacia el oriente de Francia, cruzando la frontera hacia Alemania, por donde está la ciudad de Saarbrücken; de allí se fueron hacia el norte hasta llegar a Sulzbach, un pueblito muy tranquilo que estaba a un lado de Frankfurt; ese lugar era estratégico porque de sus campos de cultivo se podían obtener granos para sus caballos y alimentos variados para los soldados. En esa región era donde se había coronado varias veces al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Habiendo llegado, decidieron quedarse allí por varios días, mientras Napoleón avanzaba con el resto de su ejército hacia Leipzig, lugar donde se llevaría a cabo una de las batallas cruciales contra los rusos y sus aliados, ya que el año anterior había fracasado en su intento por vencer al zar Alejandro I, a pesar de haber llegado hasta Moscú y tenerla bajo su control por seis semanas; por eso quiso confrontarse con esos ejércitos, solo que esa vez lo derrotarían en Waterloo, para luego desterrarlo a la isla de Elba, donde murió en 1821.

Mientras esa desgracia definitiva le ocurrió a Napoleón en las afueras de Bruselas, para el Alpiste los días en Sulzbach fueron muy tranquilos, además de que la gente los trataba muy bien, pues estaban muy contentos porque esperaban que pronto sacaran a los rusos de su país, ya que Austria, la Gran Bretaña y otros reinos del norte de Europa se habían aliado para impedir sus victorias en aquellas tierras. Napoleón también sabía que, teniendo a Alemania de su lado, sería posible invadir la India Británica y así debilitar económica y militarmente a Inglaterra, que era su principal enemigo a vencer.



Batalla de Leipzig.

Al margen de todos esos problemas bélicos, para el siguiente domingo, el sargento mandó a sus soldados a misa para que imploraran por la victoria de su emperador. A pesar de que ese pueblito apenas tendría unos tres mil habitantes, la iglesia era preciosa, un órgano enorme y un coro de niños que entonaban melodías celestiales, acompañados de una violinista, que se había hecho famosa por aquella comarca gracias a sus interpretaciones maravillosas.

El Alpiste, que no sabe gran cosa de música, quedó extasiado solo de escuchar aquella sinfonía con el acompañamiento del organillero y la sutil forma en que la violinista deslizaba el arco sobre las cuerdas de uno de los pocos violines Stradivarius que quedaban en el mundo, mientras los feligreses tomados de las manos elevaban sus miradas hacia la cúpula decorada angelicalmente con querubines posados entre nubes, con un fondo azul como si fuera el mismo cielo.

Terminó el sermón del párroco, que obviamente trató sobre los horrores de la guerra entre ejércitos de tantos países que se enfrentaban a la Grande Armée del general Napoleón; obviamente hacía hincapié en la pobreza en que dejaban a los pueblos porque vaciaban sus graneros y mataban a sus animales para cocinarlos de maneras muy rústicas, y la cantidad de muertos y heridos que quedaban a la deriva, sin que hubiera manera de curarlos o enterrarlos; pero después de

recibir la bendición, conforme iban saliendo hacia el atrio, el organillero y la violinista, él estaba allí, poniendo en la solapa de los soldados un emblema de la paz, mientras que un batallón de soldados napoleónicos venía regresando de la batalla de Leipzig, totalmente desarrapado y con la increíble noticia de que habían sido derrotados.



El río Elster Blanco de Leipzig.

Mientras tanto, el Alpiste, impresionado por las melodías que acababa de escuchar, se detuvo para felicitar con reverencias a la violinista y, como pudo darse a entender, le dijo que en el lugar de donde él venía, su padrino Enrique cantaba en la iglesia de San Miguel, parroquia que estaba en el barrio del Chorrito; ella se sorprendió de que un soldado napoleónico fuera tan agradecido y le dijo: “Ojalá y que cuando acabe esta

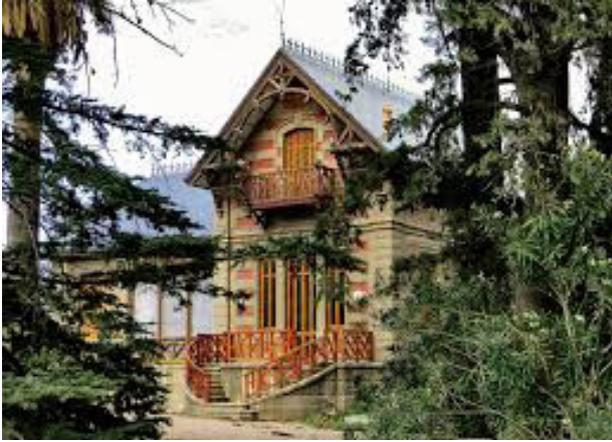
guerra, usted me invite a su país, para tocar mi violín al lado de su padrino; así, podríamos brindarles a los feligreses de su iglesia nuestro mensaje de paz”. Una monjita que estaba por allí cerca y que vio la cara de tonto que tenía el Alpiste, se acercó y le tradujo todo lo que le acababa de decir la violinista. Éste se quedó de a seis, como diciendo “y qué onda con esto, cómo puedo decirle que pa’luego es tarde, si yo ni sé qué ando haciendo por acá”. Pero ella se mantuvo interesada en lo de viajar con él, llevando a sus hijitos, y agregó: “Yo me llamo Wilma Kock, me encantaría viajar con usted; igual me quedo un tiempo por allá, o por lo menos mando a mis hijos para que crezcan en un lugar donde no haya guerra; ya ve usted que desde que se hizo la Revolución francesa, los nobles de toda Europa están en contra de que Napoleón ande trayendo esos ideales de que el pueblo es el soberano y de que muera el rey; figúrese, ¿entonces quién nos va a gobernar?”.

Bueno, pues el Alpiste, cuando escuchó cómo se llamaba aquella artista tan refinada, se acordó que Gabo, en una de las borracheras que se habían puesto en La Moderna, cantina que está en Tacubaya, le había platicado que su familia provenía de Alemania y que en el siglo XIX, hubo una tía tatarabuela que tocaba violín por esas regiones, donde la música clásica era lo más común, y un día, ya medio entrados en co-

pas, hasta le escribió en un papelito su nombre; pues ni más ni menos, esa violinista era Wilma Kock, y era de ese pueblito que su cuate ya lo había visitado en uno de sus viajes a Europa y hasta tenía fotos de la misma iglesia porque su mamá le había dicho que él era de origen alemán.

Aunque el Alpiste se sentía atrapado en esa experiencia tan rara de sueño profundo, todavía no sabía si eso que estaba pasando era real o no; entonces, con mucho respeto e inclinándose frente a ella, tomó su mano para besársela y le dijo: “Distinguida Wilma, no sé cuánto tiempo voy a estar aquí, pero si el general Bonaparte gana la batalla de Leipzig, en cuanto regrese y me dejen franco, ya veré cómo le hago, para que me acompañe a mi país, con todo y sus hijitos, pero por favor dígame como le hago para llegar a su casa para conocer a esos niños”.

Para esto, la monjita seguía sirviendo de intérprete y se veía muy entusiasmada por lo que platicaban; por su parte, el Alpiste estaba seguro de que alguno de esos niños podría ser el bisabuelo de Gabo, y sin saberlo, en ese momento este mono le estaba sirviendo de médium acá en México, y gracias a eso, aunque fuera a través de un sueño, él andaba viajando por Europa, pero además, ese día estaba justo frente a esa talentosísima violinista, que con el tiempo se haría famosa por toda Alemania.



El chalet de Wilma.

Wilma era muy joven, tendría como unos 30 años, y estaba interesada en lo platicado con el Alpiste. Al otro día recibió a este anciano; cuando llegó y tocó a su puerta, lo pasó a un acogedor recibidor amueblado al estilo Biedermeier, en el que éste se sentía como de la *haute société allemande*. En la casa había una señora andaluza que le ayudaba como nana de los niños, pero en ese momento serviría como traductora.

En ese momento los niños todavía no regresaban de la escuela, pero no tardarían mucho porque estaban avisados de que tendrían una visita que venía de muy lejos, mientras, ella le ofreció un tarro de cerveza para que saciara su sed, había llegado jadeando porque la subidita de la colina le había caído

de peso; claro, éste ni tardo ni perezoso que se lo acepta para ponerse a tono con la región de Baviera; la verdad es que nunca se hubiera imaginado lo bonito que estaba el chalet de la parienta de Gabo y menos, de las atenciones que le iba a dar, solo por el hecho de saber que tenía un padrino que cantaba en la iglesia de su país; esas atenciones, ni el Gabo se las tenía cuando iban a chupar a su casa.



El recibidor amueblado al estilo Biedermeier.

En cuanto le dio su tarro, de inmediato se echó un par de sorbos y juntando los dedos pulgar e índice de su mano izquierda,

levantó su brazo para expresar su aprobación, dando a entender con ademán que la cerveza estaba riquísima y además muy fresca, cosa que de antemano sabía, porque antes de entrar a la casa, vio en el granero una carreta con varios barriles en reposo.

Ya en confianza, el Alpiste le confesó que estaba viviendo como en un sueño, pero que en el lugar de donde él venía, tenía un amigo al que le decían Gabo, y que él le había platicado que en Alemania tenía una parienta que era violinista y que se llamaba Wilma; también le comentó que para él era una gran casualidad haber llegado a este pueblito tan bonito, y curiosamente, el jefe de su batallón, estando francos, los hubiera mandado a misa.



La carreta con barriles de cerveza.

—Debe ser una coincidencia, don Alpiste, porque en Alemania mi apellido es muy común, pero como soy la violinista de la iglesia, me conocen bien por aquí y en las parroquias de otros pueblos cercanos.

—Sí, pero no creo que haya varias violinistas que se apelliden igual que usted; en fin, cuando regrese a mi país, le platicaré a Gabo que la conocí, le va a dar mucho gusto saber que la encontré y que conocí a los niños.

El Alpiste, entre plática y plática, el muy canijo ya se había sentado en uno de sus sillones, que se veían muy finos. Luego le preguntó por su esposo; quería saber si andaba trabajando en el campo o si habría ido por los niños a la escuela. Ante la pregunta, ella se puso un poco melancólica, y le comentó que al entrar Napoleón con su ejército al Sacro Imperio Romano Germánico, por acuerdo de su gobierno, los hombres se habían tenido que enlistar como soldados para ayudar a sacar a los rusos de su territorio. Él esperó un poco a que ella se estabilizara emocionalmente y le preguntó por su nombre, “Él se llama Frank Hochstrasser”, le respondió.

En ese momento se empezó a escuchar la algarabía de los niños que venían subiendo alebrestados por la colina porque querían conocer a la visita que venía de otro país; en cuanto abrieron la puerta, se limpiaron los zapatos en un tapete que estaba a la entrada, le fueron a dar beso a su mamá y, sin mayor recato, se cruzaron por el recibidor para darle un abrazo en

bola al Alpiste, quien apenas alcanzó a dejar el tarro de cerveza sobre la mesa de centro, y como si fueran sus nietos, abrió los brazos con mucho afecto, esperó a que se fueran separando y se les quedó viendo de arriba a abajo, como queriendo saber si alguno de ellos se parecía a Gabo. El más grande se llamaba Frank, el que seguía era Schubert y el más chico, Hofmann.

De repente, el más chiquito corrió hacia su mamá, para cargar al gatito que en ese momento maullaba como pidiendo comida. Para él, ese era el que más se le parecía y se quedó con la idea de que podría ser el que en algún momento, por alguna razón, habría tenido que venir a vivir a México, pues entre 1813 y el resto del siglo XIX, con cinco años de edad, pudieron haberle sucedido infinidad de cosas, sobre todo en una Europa tan cambiante; en esos tiempos Alemania todavía no existía como país, sin embargo, entre los diferentes reinos germanos se estaba llevando a cabo su propia revolución industrial, que la ponía al frente de las naciones europeas junto con Inglaterra.



Wilma y su hijito Hofmann.

El Sacro Imperio Romano Germánico, formado desde el año 800, por Carlo Magno, acababa de ser disuelto en 1806; en ese año Hofmann todavía ni nacía, y el Estado alemán, como tal, sería constituido hasta 1871. Lo importante de esta historia fue que, a mediados del siglo XIX, decenas de pueblos desperdigados por todo el territorio organizaron la primera Confederación Alemana, y eso dio lugar a una Asamblea Nacional, que justamente se reunió en Frankfurt, ciudad que estaba a un lado de Sulzbach.

El sofocamiento de aquella revolución social generó más pobreza y falta de unión entre los pueblos; eso hizo que más de medio millón de personas se tuvieran que ir a Estados Unidos, allá por los años cincuenta; entre ellos iba el joven Hofmann,

con su pequeña familia; pero como en Nueva York ya estaban los irlandeses, ellos se sentían los amos y señores de la ciudad, así que discriminaban a los alemanes e italianos que iban llegando, porque los consideraban socialmente inferiores. Ante esa situación tan desagradable para él y su familia, tuvieron que soportar humillaciones por parte de sus patrones que les ofrecían trabajos mal pagados y bajo condiciones miserables; así se la pasaron por varios años hasta que un día Hofmann se enteró de que en México eran bien recibidos los europeos; entonces, apenas pudo, se puso a ahorrar para los pasajes, mientras que sus hijitos y su esposa sobrevivían como podían en aquellos barrios tan depauperados, donde no había políticas sociales de apoyo para los migrantes. Al paso de unos meses, juntó para los pasajes y se treparon al primer barco que iba para México.

Al llegar al malecón de Tampico, los de migración le dijeron que el gobierno del presidente Benito Juárez los necesitaba para desarrollar su proyecto nacional de ferrocarriles para unir al país; como él había trabajado de jornalero poniendo vías a lo largo del río Rhin, pues el mismo gobierno los trepó a una diligencia y los mandaron a la Ciudad de México. Ya estando en el Zócalo, sin ningún título de por medio, los encargados de la contratación, solo de saber que era alemán, lo convirtieron en ingeniero, para que se hiciera cargo de uno de los tramos que llegarían con el ferrocarril hasta el puerto de Veracruz.

Cuando pudieron despertar al Alpiste, se dio cuenta de que Gabo estaba sentado a un lado de su cama y lo primero que hizo fue platicarle lo que sucedió durante su pesadilla; le dijo que en ese sueño pudo confirmar que efectivamente por sus venas corría sangre alemana, pues en su viaje al pasado llegó a un pueblito muy bonito que se llamaba Sulzbach, y que ahí se había encontrado con su bisabuela Wilma, quien tenía tres hijitos, pero que uno de ellos se llamaba Hofmann Hochstrasser Kock.

El Alpiste cree que ese niño vino a México en algún momento del siglo XIX y fue a parar por Chalco porque le dijeron que algunos españoles habían iniciado allá la crianza de vacas, entonces ese niño creció trabajando para ellos y ya de grande consiguió que le dejaran cultivar hortalizas en una parcela a la orilla del camino; cuando empezó a cosechar los primeros productos, en una carreta que le prestaban sus patrones las llevó a vender a Texcoco; ahí quedó la historia de ese niño que después compró su propio camioncito y empezó a hacer viajes para pasajeros.

El Alpiste en Vizkaia peleando al lado de Napoleón

*Un hogar no es un edificio, ni una calle,
ni una ciudad; no tiene nada que ver
con cosas materiales como ladrillos y cemento.
Un hogar es donde está tu familia.*

John Boyne.

No pasaron muchos días cuando empezaron a llegar malas noticias sobre las batallas de Leipzig; algunos comerciantes de los pueblos cercanos habían escuchado que la Grande Armée de Napoleón había sido derrotada por los rusos y sus aliados, igual que cuando se congelaron en las afueras de Moscú, en esta ocasión, cientos de miles de soldados regresaron en condiciones realmente lastimeras.

Aunque Napoleón había sido enviado como exiliado a la isla de Elba, en febrero de 1815 Napoleón logró escaparse y

en cuanto pudo regresar a París, fue recibido con vítores del pueblo y por los jefes de su ejército; de inmediato pensó en recuperar su poder y reconquistar Europa; entonces mandó mensajes a los batallones que se habían quedado en Sulzbach para que se reportaran de inmediato a sus cuarteles de Francia y lo acompañaran a luchar contra sus enemigos que estaban concentrados en Bruselas.

Para asegurar su victoria, todavía pudo reclutar a más de 120 mil soldados, organizándolos en cuadros ofensivos, con la idea de llegar hasta Waterloo y allí aniquilarlos; sin embargo, batalla tras batalla iba siendo derrotado, obligándolo a batirse en retirada y regresar a París, pero en el camino fue alcanzado y derrotado por el ejército inglés y en cuanto lo apresó, lo desterró de nuevo a la isla de Elba, poniendo en su lugar al rey Luis XVIII para que gobernara Francia; de esa manera se restituyó la monarquía, con el acuerdo de que sus fronteras volvieran a las líneas anteriores al Imperio de Napoleón.

Ni modo, cuando el Alpiste se enteró de que los estaba llamando el emperador, tuvo que apechugar; obviamente, en ese momento él no sabía que su ejército iba directo a la derrota, así que, aun con 77 años, aunque fuera de pelapapas, se lo llevaron, regresando por la misma ruta por la que entraron a Alemania; una vez pasando la frontera, en cuanto pisaron territorio francés, se encaminaron hacia el norte, hasta cruzar

la frontera con Bélgica, y una vez allá, con mucha cautela se aproximaron a Bruselas para reportarse con el alto mando.

Efectivamente, cuando se iban escabullendo por detrás de una montaña, el Alpiste, al lado de su pelotón y del sargento, que dos años atrás los había mandado a la misa donde conoció a Wilma, fueron interceptados por un enviado del emperador para dirigirlos hacia un bosque que estaba a un lado de Waterloo. Ya en la acción las batallas fueron muy cruentas, y aunque hubo muchas bajas de ambos lados, los ingleses, neerlandeses, alemanes y rusos les propinaron la derrota final.

Como muchos soldados de Napoleón quedaron a la deriva, una noche que iban regresando en fuga hacia París, al escuchar balazos y cañonazos de sus perseguidores, en cuanto el Alpiste pudo, sin que se diera cuenta su sargento, se dejó caer como muerto hacia una barranca; allí se quedó tirado hasta que llegó la noche. Él no sabía que la mayoría de su batallón se había escapado de la persecución, dispersándose por todos los pueblitos cercanos; mientras tanto, él como pudo se fue arrastrando entre los arbustos, y cruzando un pequeño arroyo vio una pequeña rancharía y cerca de ahí, unos niños cuidando sus ovejas, y sin pensarlo, les pidió que lo ayudaran, con su pésimo francés entrecortado.

Como buenos niños, inocentemente lo llevaron hacia el granero de su granja y dejaron que se recostara en un catre que uno de sus peones usaba cuando el sol se ponía bravo. Allí

mismo había gallinas, cabras y vaquillas; estos niños como pudieron se dieron a entender con él, pero por la forma en que pronunciaba el idioma, pensaron que era español; entonces le fueron a avisar a su padre que habían ayudado a un soldado gachupín y que lo tenían descansando en el establo. De inmediato, el padre fue para allá porque quería saber quién era realmente; al verlo con su uniforme todo revolcado, este campesino pensó que era uno de tantos soldados que andaban despavoridos por todos los campos, porque ya se sabía por esos rumbos que otra vez su emperador había sido derrotado por los ingleses, por lo que decidieron esconderlo y alimentarlo por algunos días para que se repusiera, porque la verdad, lo vio bien jodido.

Días después, quemaron su uniforme para que los otros rancheros no lo fueran a linchar por creer que era soldado de Napoleón; ya entrados en buenos modales, lo dejaron bañarse en una tina de latón que tenían en una covacha que estaba por donde pasaba el arroyo; para vestirlo como si fuera campesino, le dieron la ropa de un viejito que había muerto días antes, y ya para despacharlo, el papá de los niños le trazó un croquis sobre la tierra, marcándole el lugar donde estaban y por dónde se tenía que ir para cruzar hacia España sin que fuera tan peligroso. Su ruta fue por las costas de Normandía, pero para eso, tuvo que atravesar el río Sena y el río Lorie; ya por último tenía que llegar a otros dos, el río Dordoña y el río Garona, al

cruzarlos iba a arribar a Bayonne, que ya es territorio de Vizkaia; una vez allí, cualquiera le diría cómo llegar al pueblo.

Bueno, pues agarró camino, no sin antes darle las gracias a los pastorcitos y decirles que si algún día atravesaban el mar Atlántico, del otro lado los estaría esperando; los niños voltearon a ver a su papá, como diciendo “éste de qué está hablando”; el papá, que alguna vez había viajado en un barco pesquero hasta la Coruña para traer una remesa de pulpos y mariscos que se dan cerca de la bahía, les dijo a los niños que allí justamente empieza ese océano, pero que para cruzarlo se necesitaba ir en barcos de velas enormes porque el viaje duraba muchos días y a lo largo del trayecto podían ser alcanzados por huracanes muy fuertes.



Savannah, el primer barco que cruzó el Atlántico.

El Alpiste encuentra a los Arregui en Pamplona

*Uno se junta en los patios,
pone su sonko a querer,
el vino de los racimos
quiere en la sangre llover.
Hay un chirrito de luna,
caricia del carnaval.
Uno siente que la chaya
lo llena de inmensidad.
De la tierra una vidala
lenta nos viene a doler.
Uno se vuelve nosotros
y aquí se pone a nacer.
La noche golpia la luna.
Uno polpia su tambor.
Nos quedamos solitos
la luna y el lunador.
Si se apaga un viladero
¿qué luz nos vendrá a alumbrar?
Somos canto abrazadito,
Nos ciela un aguaribay.*

Brenda Alex Fernández, “La de los patios”
(Concurso *La chaya riojana en la poesía*, 2019).

Yendo hacia el Camino de Santiago, pensándose liberado de la Grande Armée, el Alpiste se sintió aliviado de los peligros por los que había pasado durante esa guerra tan trágica para los franceses. Lo duro para él fue subir por las laderas de los Pirineos, pues son muy escarpadas, y para llegar al espinazo de esa cordillera tuvo que librarse de una osa que protegía a su cachorro, pues ese animalito en cuanto lo vio quiso jugar con él y la osa se le echó encima; él de plano se dejó caer de pecho tierra como haciéndose el muerto, teniendo que soportar que la madre le husmeara la nuca, para verificar si ese intruso representaba algún peligro para su cría, que ya andaba por otro lado jugando con las ramas de un oyamel, que se agitaban por el viento que soplaba en aquellas alturas.

Bueno, pues después del susto, una vez que la osa se alejó para ir tras su cachorro, el Alpiste reabrió un ojo para verificar que estaba a salvo, se puso de pie, se sacudió la tierra, hojas y hormigas que se le habían pegado en la ropa durante el revolcadero y, a pesar de la sed que traía, tuvo que seguir hacia arriba, con todo y la boca bien reseca por el susto, pues no estaba acostumbrado a agitarse tanto y menos a sentir la muerte tan de cerca. Ya caminando por el tupido bosque, aguzó el oído, para tratar de escuchar si por allí se escurría un pequeño arroyo, y efectivamente, en unos minutos, sus pasos lo llevaron hacia unas rocas entre las que había un estante con agua tan cristalina como la de las Fuentes Brotantes que están cerca

del restaurante El Arroyo de Insurgentes. Una vez saciada su sed y llena la cantimplora que le habían dado en el ejército, enderezó su camino, porque lo que menos quería era que la noche lo atrapara sin haber encontrado algún lugar donde le dieran albergue y le ofrecieran algo de comer.

Lo bueno fue que estando todavía del lado francés, en un paraje bastante cerrado, el Alpiste alcanzó a ver una choza metida entre los enormes cedros que la abrazaban, como si fuera parte del bosque; sigilosamente, se acercó para ver si había alguien y su sorpresa fue que una anciana abrió la puerta antes de que él llegara; lo primero que le preguntó fue que por qué andaba por esas alturas, pues por allí solo subían muy de vez en cuando los encargados de cuidar el bosque, y ella nunca había visto que alguien subiera más allá de San Juan Pie, donde está el río que llevaba a los soldados franceses hasta el mar, ahora que Napoleón les había mandado a su hermano a gobernar las Españas.

El Alpiste tuvo que pedirle a la anciana que lo dejara pasar la noche y, aunque fuera, un mendrugo de pan con cualquier paté para untar de esos que abundan por allá, porque ya venía muriéndose de hambre. Quién sabe qué cuento le habrá echado, el caso es que lo recibió sin mayor problema; lo atendió como si fuera uno de sus hijos, que por cierto ya hacía varios años que se habían ido a las ciudades de Francia, donde pusieron un pequeño negocito, y vayan ustedes a saber si para ese entonces no se los habría llevado Napoleón para

alguna de sus guerras. Bueno, pues se quedó en una covacha que estaba a un lado de la cocina y allí mismo se refinó, no solo el mendrugo, sino también un trozo de queso de sabor muy fuerte, pero llenador, además de una copa de vino, de ese que se destilaban en Bordeaux. Éste ya se sentía como de fiesta, pero se tuvo que comportar y echarse a dormir porque al otro día tenía que llegar al espinazo de la sierra antes del cenit.

Muy temprano le dejó veinte francos de los que le habían pagado como soldado; los puso en una charolita de bronce que estaba sobre la mesa y, sin despertarla, pegó carrera hacia la vereda que apuntaba hacia la cúspide. Antes del mediodía, pudo contemplar por ambos lados el gran panorama del País Vasco: el de Francia, que a lo lejos se veía la bahía de Saint Jean-de-Luz; y el lado español, que presumía el erguido Monasterio de Leyre, en donde la vida apacible de los monjes benedictinos seguía como si se siguiera viviendo en la Edad Media. Un poco más abajo, luciendo como joyas sobre una planicie plagada de olivos, se admiraba el caserío blanquizco que le daba forma a la ciudad de Pamplona.



Vista de Pamplona.

Cuando se topó con las primeras casitas de campesinos, se enteró que allí vivía una familia muy famosa que se apellidaba Arregui, igual que su amigo Juan José, con el que platica casi a diario acá en el Vapor de Baja. A él se le hizo interesante indagar un poco más acerca de ellos, porque a la mejor eran antecesores de su cuate y se iba a emocionar si, a su regreso, le decía que había conocido a alguno de sus tatarabuelos en uno de los pueblitos de Pamplona.

Entonces el Alpiste se adentró un poco más por las callejuelas y cuando dio la vuelta vio una taberna donde estaban unos pueblerinos echándose sus mañaneras, era una especie de jerez acompañado de tapitas con tocinetas recién sacadas del horno, que el cantinero ponía sobre el mostrador para que los comensales le fueran atorando; allí, parados adelante de la barra, como se acostumbra en España, se le acercó a uno de los más jóvenes, que se veía que se la estaba curando, sin más, que

le choca su vaso en señal de salud y pa'dentro. Ese era Juanjo, después de pedir la segunda y de haber pellizcado un par de botanas —que, por cierto, estaban riquísimas— ya entrado en confianza, le preguntó si por allí conocía a alguien que se apellidara Arregui, y este cabrón, atragantándose el bocado que traía a medio masticar, le contestó: “Yo soy uno de ellos, pero ¿por qué nos andas buscando?, ¿qué te traes güey?, ¿de dónde vienes?”.

El Alpiste le contó su historia, que a Juanjo se le hizo medio mafufa: ¡Pues qué era eso de que venía de América, de un país llamado México!, pero, además, venía del futuro, del año 2024. Eso ya de plano le pareció una verdadera mamada, pues hasta donde él sabía, más de la mitad de los pueblos de aquel continente eran colonias españolas, desde la Patagonia hasta arriba de San Francisco habían sido catequizadas por misioneros católicos de las congregaciones peninsulares; entonces, al calor de las copas sus otros acompañantes le entraron al quite y ya entrados con la polémica, el mismo Juanjo los invitó para que se fueran a echar “las del estribo” a su hacienda, que estaba al otro lado del río.



Puente la Reyna, el pueblito donde vivían los Arregui.

Cuando llegaron al puente la Reyna, el Alpiste se dio cuenta de que este cabrón estaba podrido en billetes, pues, por un lado, ya se iban los arrieros para la plaza del pueblo a traer el mandado que les había pedido la señora ama de llaves; además, llevaban una carroza con la cocinera, porque era la que sabía escoger las frutas, las legumbres y los embutidos. Por otra parte, la finca estaba de muy buen ver, era como si llegaras a un palacio municipal, de esos que hay por acá en los pueblos grandes de México; tenía su propia capilla y un caporal. Lo primero que hizo fue preguntarle a Juanjo que por qué no le

había dicho desde temprano que iba a estar en Pamplona para ir a recogerlo en la carroza familiar.

Para variar, al Alpiste de gorrón no hay quien le gane, así que en cuanto entraron al recibidor, éste se sentó a todas su anchas en uno de los equipales que estaban bajo un pasillo impresionante, cubierto con arcos y techos de ladrillos capuchinos, sostenidos por una retahíla de vigas de madera de cedro medio apolilladas que le daban un toque medieval a la construcción; pues ni más ni menos, allí siguió el chupe todo el día acompañado de un asado de bifés de alguna de las vacas que vieron pastando en las praderas aledañas.



Los interiores de la hacienda de los Arregui.

Ya como para las siete de la tarde, después de haber escuchado las explicaciones que les trató de dar el Alpiste sobre por qué andaba por allá, los amigos de Juanjo empezaron a

despedirse porque se la iban a echar caminando de regreso. Claro que Juanjo no estuvo de acuerdo; llamó de inmediato a don Jacinto y le pidió que preparara el coche para llevar a sus amigos a la capital, así le decían ellos a Pamplona, aunque los de Bilbao siempre les llevaron la contraria, pues para ellos su ciudad era la mera capital del País Vasco.

Mientras don Jacinto enganchaba los caballos al coche, el Alpiste se echó otro jerez y así, haciéndose medio atolondrado, ni la finta hizo para levantarse, ya que él no era de allá y no tenía a dónde llegar a esa hora, así que mejor esperó, para ver si Juanjo le ofrecía alguno de los cómodos aposentos que se veía que tenía para visitas, y eso fue lo que sucedió, no sin antes asegurarle que al otro día se iría para seguir su camino hacia la Rioja. Una vez pasada la noche, temprano agarró su mochila, pero antes de salir volteó hacia un salón que servía de biblioteca y vio al centro de los libreros en un muro muy alto el emblema familiar y, enmarcada en un cuadro muy llamativo, la historia de la familia:



Hay casas de este apellido en Guipúzcoa y en Navarra. Radica la de Guipúzcoa en el barrio de Anguiozar, del Ayuntamiento de Elgueta y partido judicial de Vergara. Pasaron sus ramas a la villa de Azcoitia y barrio de Urrestilla, del partido judicial de Azpeitia, y a las provincias de Álava y Burgos. Juan de A., vecino de Mezquia, partido judicial de Vitoria, probó su hidalguía en Valladolid en 1590; Jacinto Silvestre de A., vecinos de Bortedo, del Valle de Mena (Burgos), en 1762, y Diego de A., vecino de la Puebla de Arganzón, del partido judicial de Miranda de Ebro (Burgos), en 1814. La casa de Navarra está sita en el Valle del Roncal, del partido judicial de Aoiz, y una de sus líneas moró en el lugar de Alli, del Ayuntamiento de Larraún, y partido judicial de Pamplona. De esa línea del lugar de Alli, fué Juanes de A., natural de Alli, que casó con doña Ana de Azcue, natural de Cestona (Guipúzcoa), y fueron padres de Francisco de A., natural de Cestona, que contrajo matrimonio con doña Catalina de Ortueste, natural de Elorrio (Vizcaya), naciendo de esa unión Juan Bautista de A. Ortueste Azue, natural de Elorrio y caballero de la Ordende Calatrava, en la que ingresó el 12 de septiembre de 1695.

El tatarabuelo del Alpiste en Villabuena de Álava

*Quando mi pueblo duerme
Se levantan las rosas
Se acarician los sauces con
La estrella fugaz.
Quando mi pueblo duerme
Hay paz y muchos sueños
En la humanidad.
Quando mi pueblo duerme
Las almas de los hombres
Vuelven a ser como cuando
Eran niños.
Quando mi pueblo duerme
Las almas de los niños vuelan
Al infinito a estar cerca
De Dios.
Quando mi pueblo duerme
Hay inquietud y hay calma, es
Como si de repente se
Detuviera el tiempo.
Quando mi pueblo duerme
Hay paz y muchos sueños en
La humanidad.*

*Cuando mi pueblo duerme
Se mitigan las penas y se
Encuentra la paz.*

Ma. Blanca Márquez, “Cuando mi pueblo duerme”.

El Alpiste prosiguió su camino hacia el poniente y se fue juntando con los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. Él quería saber si por allí encontraría algún Cañas; no había caminado mucho cuando se enteró de que en Villabuena de Álava había un viejito que cultivaba olivos y vid, ese vinicultor se llamaba don Luis Cañas, así que, sin duda, fue a buscarlo pensando que podría ser su tatarabuelo. No pasó mucho tiempo cuando vio unos viñedos muy extensos y un trapiche con una mula girando, donde seguramente se extraía el jugo de las aceitunas.



Capilla de Villabuena de Álava.

Decidió acercarse con cautela, pensando que si ese viejito era algo de su abuelo, seguramente sería igual de gruñón y regañón, así que cuando estuvo frente al portón, preguntó en voz muy melodiosa si alguien estaba en casa; como nadie le contestaba, volvió a preguntar con una voz un poco más elevada; fue que entonces, por una pequeña puertita que estaba a media altura, una señorita muy joven atendió a su llamado:

—Diga usted, ¿qué desea?

—Me gustaría saber si aquí vive la familia Cañas.

—Lo que queda de ella —le contestó sin medias tintas—. Yo vengo todos los días a ayudarle a mi abuelo con el quehacer, porque él enviudó hace un par de años. ¿Qué quiere?

—Quiero conocerlo, yo también soy Cañas y vengo de muy lejos; a lo mejor usted y yo somos parientes.

—Mire, no tengo permiso de platicar con extraños, pero si quiere verlo, dese la vuelta y por la parte de atrás lo va a encontrar, allí por donde están unos barriles.

Ya sin insistir, el Alpiste se dio la media vuelta y efectivamente, allí estaba alguien que era un hombre hecho y derecho, trabajando, como si algún capataz lo estuviera apurando. “Qué tal, ¿cómo está por acá en España?”, y pa’ pronto es tarde, que se le encabrona el viejito. Lo primero que le dijo: “Aquí no es España, este es el País Vasco, nosotros tenemos nuestras propias fronteras y ni los españoles ni los franceses nos gobiernan, nosotros tenemos nuestros propios fueros. Si aceptas eso, puedes pasar a mi bodega, sino, sigue tu camino; mucho

hemos trabajado nosotros y convertido todo esto en tierras productivas y ricas en olivos y viñedos, para que luego un guarrero españolito, como tú, me vengas a decir que esto es parte de lo conquistado por tus reyes; alcancé a escuchar desde aquí, que eres Cañas; no sé por qué llevas nuestro apellido, pero si te crees pariente de nosotros, primero infórmate bien qué significa ser vasco y aprende euskera para que puedas comunicarte con nuestra gente y no con tu maldito castellano, que es el lenguaje de quienes tratan de someternos a su rey”.



Villabuena de Álava.

El Alpiste comprendió lo dicho y le vino a la memoria la forma de ser de su abuelo, que con esa misma energía trataba a todos sus hijos allá en Calderón núm. 57; por eso, no le quedó duda de que había caído en el pueblo de donde vino a México

alguno de los Cañas, y ese habría sido el padre del Juan Cañas de Tacubaya, y como ya no le quedaban reales para seguir su viaje, pues no le quedó más que pedirle trabajo, que seguro tenía mucho qué hacer en esas tierras tan raquílicas, comparadas con las que él conocía camino a Cuernavaca, donde las milpas crecían bien altas y daban unos elotes muy gordos y jugosos.

La verdad, el Alpiste no entendía ni madres de agricultura, pero en esa franja de tierras semiáridas que había visto a su paso por Francia y Alemania se daba muy bien la vid. Ese tipo de suelo calizo y arcilloso, que parece desierto, también lo había visto en un viaje que hizo por San Luis Potosí y Coahuila, lugares por donde pasó cuando fue a visitar a su hermana Olga porque se casó con José Luis, que había sido contratado como piloto aviador de la Secretaría de Recursos Hidráulicos; lo habían mandado a Torreón para que vigilara desde el aire que los ejidatarios no se robaran el agua de las presas de La Laguna.

Pero lo importante fue que don Luis Cañas lo adoptó como si fuera su primo, pues este viejo mexicano casi lo alcanzaba en edad y eso le dio cierta confianza. Para no hacérsela de emoción, en ese mismo momento lo puso a recolectar los racimos de uva que ya estaban maduros; para eso, tuvo que fajarse los pantalones hasta la barriga, colgarse de lado un costal de lino que iba arrastrando entre los surcos, y allí iba echando los racimos que iba cortando y ya lleno, tenía que llevarlo a las cajas de madera que eran arrastradas por el borrico que jalaba la carreta.

Ya para la tarde, junto con los demás peones lo llamó a comer, y sin saber que a éste le encantaba el chupe, abrió una botella de vino y la puso sobre mesa de tablones rústicos muy ancha; a su lado ya tenía grandes trozos de telera cortados en rebanadas y, algo que no podía faltar, una pata negra de cerdo, que don Luis cortaba con maestría en finas obleas, mismas que puso sobre su pan, pero antes de llevárselo a la boca, le puso unas gotitas de aceite de oliva, que también se producía en la granja.

En ese momento el Alpiste entendió por qué acá en el Club España preparaban de la misma manera eso que llaman tapas y bocatas, solo que acá sí había que apoquinar al cantinero con una buena lana; pensado que esa botanita era parte de su salario, éste se dio un atracón de aquellos, la botella de vino casi se la chupó él solito, por eso el patrón mandó sacar otra para los demás. Cuando acabaron de cenar, sus compañeros lo tuvieron que llevar casi cargando al granero de al lado, donde había varios catres, sillas y un baúl para acomodar las cosas de los peregrinos que pasan a pedir posada, porque todavía le cuelga para los que van hasta Santiago de Compostela. “Ya ven” —dijo don Luis— “por qué los vascos no queremos que vengan estos españolitos a convivir con nosotros; éste, ni va para Santiago, pero el muy guarro, aparte de jodido y tragón, ahora me salió hasta borracho”.

Aun así, don Luis se las olió de que ese desarrapado podría tener algo que ver con él, así que lo mantuvo en su granja por algún tiempo. Por esos días, el Alpiste se acordó de que sus cuates del Club España le habían dicho que de esos pueblos habían llegado sus parientes a México, y que en 1913 habían fundado el equipo España, el cual jugó en la primera división del fútbol hasta 1950; luego, mejor se interesaron en el deporte y la cultura para que sus hijos, que trabajaban en sus propios negocios, no anduvieran de vagos los fines de semana. Entre aquellos españoles llegaron personas de bien que fundaron escuelas, pusieron fábricas e iniciaron con tiendas en el centro, que con el tiempo se convirtieron en organismos educativos muy importantes, como la Casa de España, que al paso de algunos años se convirtió en el Colegio de México; o la Fundación Mundet, que se dedicó a resolver problemas de salud como la tuberculosis.

Bueno, pues pasado el tiempo, un día el Alpiste le dio las gracias a don Luis y le pidió que lo orientara para tomar el camino hacia Irum porque iba a buscar al tatarabuelo de uno de los socios más cabroncitos del Club España, un tal Fernando Alonso, que se las da de muy chinguetas, pero a la hora del deporte es puro pájaro nalgón.



Luis Cañas, el tatarabuelo del Alpiste.

Irum: el pueblo del tatarabuelo de Fernando Alonso

Mi tierra es muy pequeña, tal vez tengan la imagen de una gente cerrada o como bastión de gente que resiste; creo más bien que es un cruce de caminos y siempre lo ha sido. Es un cruce de caminos donde han pasado casi todas las civilizaciones europeas, romanos, celtas, árabes, francos, los visigodos, los castellanos; toda suerte de gente. Si algo es el País Vasco es ser plural, donde uno no puede elegir entre tener una identidad o tener una lengua, no se puede elegir entre el euskera o el castellano; me gustan las dos lenguas y son más las dos.

Ericka Montaña, “Mientras tanto dame la mano”.

Fernando Alonso Nicolau es socio del Real Club España, sus padres lo trajeron cuando era apenas un niño, y hoy anda por los 83 años; él le contó al Alpiste que su abuelo vino de Irum, la última ciudad del País Vasco, antes de cruzar la frontera hacia Francia, allá en el extremo

norte de España; él ha viajado varias veces al pueblo natal de sus antecesores y con el ánimo de saber sobre sus raíces ha preguntado a los nativos de los alrededores por posibles parientes que siguen viviendo en la región y que lleven por apellido el de Alonso.

Un anciano entrado en años con aspecto de pescador, que Fernando encontró en el malecón vendiendo ostras recién sacadas del mar, le dijo que antes de morir su abuelo le había platicado que a principios del siglo XIX hubo un herrero; ese señor hacía zaguanes y fabricaba y reparaba pequeñas herramientas que le llevaban a componer los campesinos cercanos, y que justamente ese señor se llamaba don Fernando Alonso López; él se hizo muy famoso por todos los pueblos cercanos por ponerse en contra de los abusos de los soldados napoleónicos que llegaron a España, allá por 1808, cuando José I Bonaparte fue mandado por su hermano, el generalísimo Napoleón, a gobernar las tierras ibéricas, para protegerse de los ingleses que tomaban aquellos puertos para recibir armamento de sus aliados que llegaban por barco desde distancias muy lejanas; eso lo puede usted corroborar en las actas que se encuentran archivadas en el ministerio municipal.

Como aquellos soldados obligaban a los vascos a trabajar para ellos sin pagar por sus servicios, ese herrero —al igual que muchos otros irumenses— se mantuvo leal a la España patriota, la que defendió los derechos de su monarca; el rey Fernando VII, en 1812, apoyado en las Cortes Generales y

Extraordinarias de la Nación, expidió la Constitución de Cádiz, habiendo tomado esa ciudad como capital desde 1808 hasta que la España josefina (la napoleónica) mantuvo bajo control militar la parte norte del país.



Plaza pública de Irum.

Entonces, Fernando Alonso López, que era de armas tomar, una noche después de escabecharse a uno de los soldados que se quería pasar de listo con su esposa, recogió sus triques, cerró el taller, subió todo lo que pudo al lanchón que tenía anclado en uno de los malecones de Irum y se fue con todo y su familia hacia la Punta de Gornutz, allá por donde está la playa de Los Frailes; como era un lugar prácticamente in-comunicado para los que no eran de por aquellos lares, allí

pudo sobrevivir por cinco años como cazador y pescador, además de cultivar hortalizas junto con su esposa, adentrado en las profundidades de los bosques aledaños; eso ocurrió hasta que pudo regresar a Irum en 1813, cuando se restituyó el reino español.

Otra vez en su puerto querido, Fernando se dedicó a la metalurgia, pues por ese entonces se extraía mucho hierro de las minas de las sierras norteñas, por lo que con el tiempo terminó haciéndose uno de los hombres ricos de la región. Sobre la historia de esa familia, el Alpiste se acordó de que su amigo Fernando le había platicado que uno de los nietos de Fernando Alonso López se vino para México a fines del siglo XIX con algo de dinero que heredó de su abuelo y de su padre; ese jovencito vasco se llamaba Juan y fue el que se convirtió en el papá de Fernando Alonso Nicolau con el que el Alpiste se lleva de cuartos, acá en el Club España.

Lo que pasó con Juan fue que, por los negocios que empezó a hacer en todo México, ya instalado en sus oficinas, una noche fue invitado por uno de sus clientes a un baile de los de la *high society*, a un caserón del expresidente Plutarco Elías Calles, en la colonia Condesa, donde los hombres más poderosos y nuevos ricos del país se reunían. En ese baile, cuando Juan salió a fumar su pipa con tabaco traído de la todavía Cuba libre, se recargó sobre una de las hermosas jardineras de la terraza poniente de la residencia mientras admiraba la vista del Castillo de Chapultepec. El delicado

aroma del humo que emanaba de la cazoleta de su pipa llegó a Margarita Nicolau, quien tomaba el fresco de aquella tibia noche de marzo de 1928 y mantuvo las formas de doncella pudorosa, a pesar de que le había resultado agradable el aire que se respiraba estando cerca de aquel caballero que lucía un frac impecable, seguramente diseñado a la medida en la sastrería del Palacio de Hierro, una de las tiendas más distinguidas del centro de la ciudad.

Por otro lado, lo que le llamó la atención desde el principio a Juan Alonso, desde que estuvo en el salón donde se escuchaban piezas musicales muy selectas interpretadas por una pequeña orquesta de cámara que dirigía el hoy célebre maestro Carlos Chávez —más allá de querer salir a fumar en su pipa Heibe—, fue una hermosa chica que estaba sola, allá afuera, en aquella terraza del piso de arriba, que daba hacia la avenida Tacubaya, y lo que él quería ver era si llamaba su atención; aunque no sabía si le gustaría el olor del humo del tabaco, pensó que eso era lo que le daba porte a los jóvenes ricos producidos en el contexto de los primeros gobiernos liderados por generales que se acaban de bajar del caballo para reconstruir al nuevo México, y aunque todavía había levantamientos de cristeros por varias regiones del país, todo pintaba a que su generación sería la de los “cachorros de la Revolución”.

Al final, Juan se decidió a preguntarle si le molestaba el humo de su pipa, pues la terraza no era muy amplia, y ella muy delicadamente le contestó: “De ninguna manera, al con-

trario. Ese aroma me encanta porque es el del mismo tabaco que usa mi padre cuando fuma”. Esa respuesta le dio pie para enlazar una charla más o menos prolongada que le permitió solicitarle si gustaría bajar a bailar con él esa pieza, que en ese momento estaba iniciando el maestro Chávez en el piano; se trataba de “Caballos de Vapor”, acompañada por un violinista de primera; era una música de avanzada en Europa, donde esa música había pasado hacía algunos años. De ahí, lo que siguió fue pedirle que aceptara visitarla en su casa, porque estaba interesado en que se conocieran mejor; aunque no le respondió de inmediato, mejor le dio su número telefónico, porque antes tenía que pedirle permiso a sus padres para que la pudiera visitar un desconocido.

Desde luego que a su llamada la respuesta fue positiva, así que, para el siguiente sábado, al mediodía, Manuel se entacuchó con un saco de mascota de corte inglés y un pantalón de pretina alta con tirantes de doble botonadura y resorte; no pudieron faltar sus zapatos bostonianos de doble color recién lustrados y su auto Ford modelo 1924 con capota desmontable, sacado del taller donde lo había enviado a pulir y encerar.

No era para menos, Margarita vivía en una de esas residencias de mediados del siglo XIX que estaban en la colonia Cuauhtémoc muy cerca de la columna del Ángel de la Independencia. Al llegar, Manuel se pudo estacionar en uno de los varios espacios que estaban reservados para las visitas; apenas

tocó la puerta con una mano de bronce que producía sonoros golpes para que se oyeran a la distancia de alguno de los conserjes, y en unos cuantos segundos ya le estaban abriendo; de frente estaba una escalinata para entrar directo al salón receptor, pero su amiga estaba por un lado sentada en una banca en un pequeño pero hermoso jardín desde donde se alcanzaban a ver los enormes árboles de Paseo de la Reforma.

Esa fue la primera de varias tardes que estos jóvenes se vieron, pero pronto llegó el momento en que Juan le declaró su amor, cosa que ella, sin sorprenderse, aceptó dándole un sí para iniciar su noviazgo. Ya en esa nueva relación, él le solicitó hablar con sus padres para que les dieran permiso y de paso les permitieran de vez en cuando ir a pasear al Bosque de Chapultepec o incluso ir a alguno de los cines del centro de la ciudad, obviamente acompañados de un chaperón. Parecía algo complicado, pero para la siguiente cita sus padres aceptaron recibirlo en la sala de la casa para escuchar formalmente cuáles eran sus pretensiones, además de saber quién era, en dónde vivía y a qué se dedicaba.

Al año de estarla visitando bajo esta relación formal, un día que la invitó a tomar un helado en la nevería que estaba en los bajos del cine Roble, le entregó un anillo de compromiso que había mandado hacer a una de las joyerías que estaba a un lado de Hotel de la Ciudad de México en el Zócalo, y le dijo que quería hablar con sus padres para pedirles su mano;

sin mayor sorpresa, ella, muy emocionada, aceptó y a las pocas semanas Juan estaba frente a sus futuros suegros confesándoles que durante los meses de conocer a su Margarita y de haberla tratado con la mayor decencia, les quería solicitar su autorización para casarse.

Don Federico Nicolau, que también provenía de familia de raíces ibéricas y con la información que su hija le había dado sobre su novio, más que verlo como un mexicano cualquiera, lo vio como un español del País Vasco y, mirando de reojo a su esposa para verificar si estaba en la misma sintonía, le dio el sí, y, entusiasmado, les preguntó que para cuándo pensaban que sería la boda porque habría que prepararse para llevar a cabo la ceremonia religiosa y una gran fiesta, pero eso sí, todos los gastos quedarían bajo la responsabilidad de la familia de la novia.

Bueno, pues llegó el día del casamiento y ya durante la fiesta Juan conoció al resto de los familiares e infinidad de personalidades, entre los que se sumaron los nuevos empresarios ligados al nuevo gobierno, hecho que él aprovechó para entablar relaciones de tipo social que lo llevaron, más adelante, a jugar golf con algunos de ellos y de ahí lo que siguió fue que los negocios de todos prosperaron.

Después de varios años de feliz vida matrimonial, Juan y Margarita tuvieron tres hijitos y el último resultó ser este mamoncito que vino a dar al Real Club España, porque en

algún momento de sus primeros meses de nacido sus padres lo inscribieron aquí, por eso este cabrón se siente dueño de los vestidores y el más chingón del Vapor de Baja, aunque al gimnasio ni se asoma.

Santander: don Roberto Vázquez,
alias el Burro

*Una tarde cualquiera del mes de julio,
cuando el viento va desmembrando
el frescor que aminora los calurosos
días veraniegos en Santander,
pasear junto al Cantábrico nos
'empequeñece' ante la inmensidad
del cielo, mar y tierra viva: rocas,
nubes, árboles, arena,
barquichuelas, cañas, faros,
bañistas... se llenan de color azul
y de transparente blancura
tamizados por el sol en la lejanía.*

Rosa Ma. García.

En ese sueño profundo del que no han podido despertar al Alpiste, la tía Teté con el Gabo como médium, el mismo don Luis Cañas, antes de que Alpiste se fuera para Irum, le

dijo que para llegar a Santander desde Irum, se tendría que ir por las veredas que van costeando el mar Cantábrico, pasando primero por la playa de La Concha en San Sebastián, luego seguir hacia Playa Zarauz hasta topar con la Bahía del Sardinero, donde hay un enorme estuario en el que seguramente encontraría trabajo con los criadores de ostras que dan los mejores ostiones, por eso, es uno de los alimentos más importantes de toda la región y se exporta a casi toda Europa.

La verdad es que caminando no estaba tan cerca, pasó varios días deambulando entre bosques muy frondosos por pequeños caminos que apuntaban hacia el occidente hasta que una mañana, trepando por una empinada de rocas, al llegar a la cima de uno de los cerros más altos, de repente se topó con esa enorme entrada de mar y la vista de un pequeño pueblecito, que seguramente era Santander; después de tomar un respiro profundo sintió los aromas húmedos que el viento cargado con hedores marítimos llevaba hasta los orificios nasales del Alpiste, éste empezó a descender lentamente, topándose con algunos nativos que vivían en chocitas muy rústicas que iban apareciendo desperdigadas por los claros que dejaban las arboledas y, conforme se acercaba al malecón, lo primero que tuvo que resolver fue ver en dónde podía comer algo y si había algún albergue cercano para quedarse a dormir, porque para esa hora, la noche ya se venía encima.

El Alpiste fue para allá porque, aún bajo su sueño profundo, recordó que en la cafetería del Club España alguna

vez su amigo Roberto, alias el Burro, le platicó sobre el lugar de España de donde habían venido sus familiares, allá por principios del siglo XX; según él, su abuelo había nacido en Santander, pero durante una sequía muy prolongada muchos paisanos se tuvieron que venir para América; era un viaje muy largo y normalmente se hacía a través de barcos de carga que salían de Puerto de Vigo hacia Nueva York, y luego de allí otros barcos salían hacia Cuba.

Según le contó a Roberto, su bisabuelo permitió que tres de sus hijos se vinieran para América y seguramente uno de ellos, después de algún tiempo, se embarcó hacia Veracruz, donde se quedó a trabajar una temporada como ayudante de los pescadores que zarpaban todas las madrugadas para ir a pescar mojarra, que era el pescado que más se compraba en el mercado. Ese joven fue el que llegando a la Ciudad de México fue a dar a la Merced; primero empezó a trabajar como estibador de todo tipo de mercancía que les llegaba en enormes camiones a los bodegueros.

Con esa idea, el Alpiste empezó a buscar entre los case-ríos de El Sardinero si había alguna familia con el apellido de Roberto, pero que además tuviera algún parecido con su cuate, el del Club España; de andar preguntando por aquí y por allá, una gitana le dijo que se fuera hacia el mercado que estaba al lado de la parroquia y que allí seguro que los marchantes le darían razón. Dicho y hecho, él se fue para allá, pero como ya traía hambre, en el primer chiringuito que encontró por la

calle, que se pide unos boquerones en vinagre, acompañados con una telera rebanada en trozos con todo y migajón; ya sentado por un ladito, sobre el tablón había un tarrito con aceite de oliva y una botella de vino al jerez para tomar a discreción; este güey no sabía que en España, además de primero tomar un café cortado, sus tapas las acompañan con vino.

Bueno, pues conforme empezó a degustar su platillo, en una de las vueltas para ver si se le ofrecía alguna otra cosita, le preguntó a la galopina si de casualidad en ese pueblo vivía la familia Vázquez; la muchacha de inmediato le contestó: “Claro, aquí hay una familia con ese apelativo; don Manolo es el jefe de esa familia y se pasa todos los días a almorzar junto con sus muchachos antes de irse a trabajar al Sardinero, porque cultiva ostras en la bahía”. Apenas terminó el Alpiste, le pidió la cuenta y patas pa’qué las quiero, que se encamina hacia el malecón.

Cuando llegó, justo era el momento en que pescadores y criadores de ostiones estaban a punto de zarpar en sus barcos mar adentro; sin perder tiempo, el Alpiste se acercó al primer marinero que alcanzó y le preguntó por don Roberto, éste levantó su sombrero y enfiló la mirada hacia el muelle y sin mediar palabra, le señaló un lanchón donde estaban casi listas tres personas para zarpar; el Alpiste le dio las gracias y pegó la carrera para alcanzarlos; en cuanto se aproximó a ellos le dijo al señor que por favor le diera trabajo, que lo había recomendado un pariente suyo que vivía en México; se quedaron bien-

do entre ellos, y el señor nada más le movió la mano en señal de treparse a la embarcación; en cuanto sacaron la barcaza del astillero se lo llevaron mar adentro, y en cuanto se dieron las condiciones para hacer aclaraciones don Roberto se acercó a él y le preguntó que quién era, dónde quedaba ese lugar y de qué pariente le estaba hablando, porque hasta donde él sabía, ellos eran los únicos Vázquez del rumbo.

El Alpiste ni por enterado de que estuviera bajo los efectos de un sueño profundo, entonces le dijo que allá en su país él tenía un amigo que se apellidaba Vázquez y que le había platicado que su abuelo había llegado a México desde Santander y que a la mejor, si algún día viajaba por allá, encontraría a alguno de sus familiares, y ahora que andaba por allí, pues se acordó de lo que le había dicho su amigo, y como además andaba necesitado de trabajo, pues decidió acercarse al Sardinero para ver si encontraba a algún Vázquez y pues miren, lo encontró, le dio trabajo y resultó que hasta se apellida igual que su amigo del Club España.

Don Roberto se quedó pensativo y, sin más preguntas, mejor lo puso a desenrollar unas riatas, pues se estaban acercando a la cuenca ostrícola donde estaban las plataformas. El Alpiste se quedaba viendo a los dos niños que se movían para un lado y otro de la lancha para echarse un brinco; ellos ya sabían lo que iban a hacer: resulta que el más chiquillo se llamaba Roberto, ese chamaco empezó a jalar una de las sogas que estaban hundidas en el mar, mientras su hermano mayor iba

inspeccionado una por una las ostras que estaban ancladas al cable, luego volteó a ver a su padre y le dijo que por lo menos había que dejarlas otro mes para que crecieran un poco más.



El malecón antiguo de Santander.

Como Bob, el niño menor, se cansaba de detener la soga con las ostras, con la pura mirada le dio a entender al Alpiste que ahora le tocaba a él sostenerla para luego bajarla poco a poco;

esa fue la chamba del Alpiste por más de cinco horas, pues eran varias las plataformas que tenía que checar; desde luego que hubo alguna que tenía ostras más grandes y entonces había que irlas separando con un ganchito que les prestaba su padre; para esa parte del trabajo uno de los tres tendría que pasarse a la barcaza para ir depositándolas en una fosa con agua salada que quedaba debajo de la cubierta, donde se conservarían por varios días hasta que las entregaran al comprador. Esa fue la lección que aprendió el Alpiste el primer día de trabajo con don Roberto y fueron exactamente igual los demás días que se quedó con ellos a trabajar.

Al convivir con aquella fabulosa familia, hizo amistad con Manolito, quien por las tardes lo invitaba para que lo acompañara a la casa de un viejito que lo dejaba entrar a su biblioteca donde tenía como mil libros; al niño le gustaba sentarse en una mesa muy grande y se ponía a revisar las imágenes de viajeros que iban a muchas ciudades, ya fuera navegando o en tren, unas estaban en puertos maravillosos y otros, por los altos de las montañas; fue cuando el Alpiste se dio cuenta de que en Europa había muchos países y que desde allí se viajaba a todas partes del mundo. Manolito le decía que cuando él fuera grande, iba a viajar a América y que se iba a llevar muchos libros para venderlos, porque sabía que por allá casi no había imprentas para fabricarlos y él quería que los niños conocieran las historias de esos viajeros. Finalmente el Alpiste tenía que seguir su camino, dos semanas más adelante le dio las gracias a don

Roberto, se despidió de los niños y siguió hacia Los Espejos de la Reina en la provincia de León, comunidad muy importante para España, porque en el siglo XVI, junto con el principado de Asturias, había apoyado a los Reyes para expulsar a los musulmanes, que habían invadido la península desde el año 711, cuando el general Táriq, bereber procedente del norte de África, desembarcó en Gibraltar e inició la conquista de aquella España, quedándose allí por ocho siglos; esa acción de Isabel la Católica fue lo que le permitió integrar a todos de los principados de España y Portugal, además de apoyar a Cristóbal Colón para que hiciera sus viajes hacia las Indias.

Los Espejos de la Reina, donde viven los del Cojo



La Reina Isabel II.

En la comunidad autónoma de León existía un pequeño pueblito con apenas cuarenta habitantes que lleva por nombre

Los Espejos de la Reina, en honor a la soberana Isabel II¹⁸, dado el fortalecimiento que le dio al Estado español entre 1833 y 1868, a pesar de la oposición de su tío el conde Carlos y los absolutistas, que trataron de evitar que una mujer se convirtiera en reina y menos con 14 años de edad. Bueno, pues allá por 1900, de ese pueblito llegó a la Ciudad de México un joven que se apellidaba del Cojo, y, como la mayoría de los españoles, quería encontrar un trabajo de lo que fuera para tener algo de dinero con el que pudiera sobrevivir; entonces, andando por el centro, alguien le dijo que se fuera a la Merced, y seguro que algún paisano de los que tienen bodegas le ofrecería un trabajito aunque fuera de cargador. Justo fue lo que sucedió, don Felicísimo Buendía le ofreció chamba como estibador acomodando las cajas de fruta y verduras que diario le llegaban de provincia a su bodega, y de paso le dijo que si se quería quedar a dormir en una banca que tenía en el

¹⁸ Isabel II fue una reina controvertida como persona y decisiva como gobernante. La polémica la acompañó desde su nacimiento por el mero hecho de ser mujer. Su tío Carlos y los absolutistas pensaban que una mujer no tenía capacidad para reinar; los liberales, por el contrario, apoyaron su subida al trono; si Isabel la Católica había unido con su matrimonio las coronas más importantes de la península ibérica en el siglo XVI, Isabel II unificó las distintas al Estado español, transformándolo durante el siglo XIX en una nación política, económica y cultural. Véase Juan Sisinio Pérez Garzón (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, España, Marcial Pons, 2004.

cuarto donde estaban las básculas, le daba chance mientras encontraba algún cuarto en las azoteas de las vecindades que estaban por los alrededores del barrio.



Los Espejos de la Reina; pueblo hermoso.

Como el Alpiste se había hecho amigo de su tataranieto acá en México, en su sueño profundo, del que no lo han podido despertar la tía Teté y su cuate Gabriel, que sigue de médium; se vio favorecido al ir en busca de ese pueblito de donde vino aquel joven, porque cualquiera de esos senderos que bajaban de Santander se cruzaba con el Camino de Santiago que, desde hacía más de mil años, era una garantía de seguridad, por la cantidad de feligreses que atravesaban desde diferentes países de Europa para llegar a la Catedral de Compostela, construi-

da entre los años 820 y 830, porque se supo que allí estaba la tumba de Santiago el Mayor, uno de los doce apóstoles más cercanos a Cristo.

Entonces, al viajar por allí, iba a ser fácil que el Alpiste encontrara por el camino galerones en los que los lugareños ofrecían alimentos para que los caminantes cenaran y se quedaran a dormir, todos en compañía de cristianos de buena voluntad que pasaban, de acuerdo con el libro de “Hechos”, por los lugares donde Santiago ejerció su apostolado desde los tiempos de la Hispania romana.



Blasón de la familia del Cojo.

El Alpiste ya se sabía lo del Camino de Santiago, pues desde que salió del País Vasco francés, donde presencié el fusilamiento de su tatarabuelo don Endrike Rosique, se escapó como pudo hacia las faldas de los Pirineos, luego, bajando hacia los valles españoles, lo primero que encontró fue una pequeña ranchería vitivinícola cuyo dueño era don Luis Cañas; eso le causó mucha emoción, pues acababa de conocer a los Rosique en la Vizkaia, y ahora a un Cañas, que al final uno de sus hijitos, allá por 1870, vino a dar a la Ciudad de México, al barrio de Tacubaya donde se casó con Alfonsina Cervantes, tuvo cuatro niñas y tres niños, y de entre ellos, nació Juanito Cañas en 1895, ese fue el abuelo del Alpiste.

Lo que siguió en ese viaje, como ya se contó en el capítulo anterior, fue subir hacia la bahía del Sardinero, donde está el puerto de Santander, para buscar a los parientes del Burro, y una vez cumplida su misión, viajó al sur, en busca de Los Espejos de la Reina, un pueblito muy pintoresco que se refugia entre las montañas donde encontró a la familia de su amigo del club, Francisco del Cojo.

Pola de Lena y el hostel de don Pepe Faes

Al coronel “Cazador de Osos” Pepe Faes

*En la Pasera de Mieres
las mozas están llorando
y hasta el tren que va a la fábrica
silva más triste y más largo,
en el fondo de las minas
las candelas se apagaron
y el Caudal, desde los montes,
trae aguas de amargo llanto...*

Tradicionalistas ovetenses, 1934.

Un día que andaba medio perdido cuando iba por unos bosques muy cerrados, el Alpiste se topó con el pueblito Pola de Lena; le llamó la atención la estatua de un senderista que

estaba en el centro de la plaza. Lo que pasa es que ese lugar sigue allí, en medio de las montañas a las que se les conoce como los Picos de Europa, y ya desde ese entonces los amantes del alpinismo llegaban de varios países y desde la noche anterior se quedaban a dormir en el único hostel que había, pero temprano se levantaban para encaminarse hacia las faldas de los cerros más cercanos; por allá arriba se la pasaban todo el día y antes de anochecer se volvían a aparecer para quedarse otra noche, pues el camino hacia León era largo; a todos los montañistas les encantaba cenar en la cocina que atendía don Pepe Faes a lado de unas cocineras que preparaban los mejores caldos de Asturias; lo peculiar de ese negocio era que el propietario acostumbraba sentarse con los comensales que lo visitaban, mientras platicaban de los lugares de donde eran.

En una ocasión se interesó mucho en la plática de unos ricos hacendados que habían llegado de la Nueva España; ellos comentaban sobre un movimiento de independencia que había iniciado el cura Miguel Hidalgo, a quien le seguía otro al que llamaban José María Morelos y Pavón. Pepe tomó en cuenta que 300 años antes el Principado de Asturias había apoyado a los Reyes Católicos para que expulsaran a los moros de Andalucía, y a Cristóbal Colón para que viajara en sus tres carabelas hacia la India, seguro de que la tierra era redonda y que, sin Colón saberlo, llegó a tierras desconocidas

a las que luego les pusieron América en honor al cosmógrafo Américo Vespucio, quien se dio cuenta de que no habían llegado a la India, sino a un nuevo continente.

A don Pepe eso no le pareció y menos que unos curas anduvieran alborotando a los indios de nuestros pueblos y ahora pretendieran separarse de su madre patria, pues él estaba claro de que España los había hecho prosperar, les había dado lengua, religión, iglesia, educación y cultura.



El senderista de Pola de Lena.

Bueno, pues en eso estaba la discusión entre estos borrachos, cuando se dieron cuenta de que en un rincón estaba agazapado el Alpiste con cara de hambre, pero a él le había llamado la atención lo mal que hablaban de Hidalgo y de Morelos, sobre todo, por las lacerantes expresiones de don Pepe Faes, porque para él, según lo que le había enseñado la maestra Gela, en la Defensores de la República, esos eran los Padres de la Patria.

Antes de entrar en polémica, el Alpiste, nada pendejo, primero pidió que le sirvieran un plato de esa deliciosa fabada, como la que estaban comiendo sus paisanos, pues ya desde el camino le había llegado ese olor tan sabroso; una vez empezando a degustarla y después de darle un par de sorbos a la botella de sidra que le había servido un niño muy diestro que ayudaba en la cantina, levantando ligeramente su voz y dirigiéndose con la mirada hacia donde estaba don Pepe Faes, les dijo: “Disculpen señores, no me vayan a tachar de loco, pero les quiero decir que yo vengo del más allá, de tiempos que ustedes aún no han vivido; vengo de un país del que su independencia se consumió hace más de dos siglos y esos curas, a los que ustedes juzgan como malos, son considerados por mis paisanos como los Padres de la Patria, país que hoy se conoce como México, y aunque no me crean, entre revoluciones, guerras mundiales y guerras civiles, México y España son amigos, pues en sus peores momentos, ambos se han estrechado las manos; por eso allá hay muchos españoles que se refugiaron cuando Franco ganó la guerra a los republicanos;

en el centro de nuestra capital, hay muchos negocios de españoles, en nuestra universidades hay intelectuales y artistas muy importantes que fundaron museos, escuelas, institutos y la Casa de España que se convirtió en el Colegio de México”.

En su limitado conocimiento, fue lo que les hizo saber el Alpiste a esos ricos hacendados; en ese momento, él todavía no sabía que el dueño del hostel era Pepe Faes, pero en cuanto alguno de los comensales le llamó por su nombre, le vino a la mente que de niño su papá lo llevaba a Isabel la Católica núm. 6-1 a una tienda que se llamaba Casimires Llanes, donde el dueño era un señor entrado en años que se llamaba don José Faes; allí le ayudaban sus hijos Pepe y Margarita; el joven se encargaba de despachar los materiales de habilitación que llegaban a pedir los sastres que ya eran sus clientes, todos esos materiales los tenían en la parte trasera del negocio; mientras que su hermana se hacía cargo de la caja, que estaba en una pequeña cabina a un lado de la entrada.

Por cierto, en alguna ocasión, cuando el Alpiste bajó del vapor a desayunar con algunos de sus amigos a la cafetería del Club España, se enteró de que un tal Pepe Faes estaba sentado en una de las mesas contiguas con otros socios. Se trataba del mismo Pepe Faes que él conoció en Casimires Llanes 70 años atrás; entonces con mucho respeto se acercó y le dijo que él era hijo del maestro Rosique que había sido su cliente durante muchos años y que le daba mucho gusto saludarlo porque él lo recuerda desde que era muy niño. Claro que se

acordó de su padre y de su hermano el Cacahuate, con el que hizo buenos negocios.

En eso paró ese encuentro inesperado del Alpiste con don Pepe Faes que en ese momento rondaba los 90 años; la duda del Alpiste siempre fue por qué su tienda se llamaba Casimires Llanes, si él se llamaba Pepe Faes; eso lo resolvió ahora que en su sueño se dio cuenta de que en Asturias había un pueblito y un puerto que llevaban el nombre de Llanes.



Puerto de Llanes, Asturias.

Reencontrarse con ese antiguo pasado le dio mucho gusto al Alpiste porque le vinieron a la mente aquellas vivencias de

su infancia, cuando desde la colonia Observatorio tomaban el camión para ir a traer los materiales que se necesitaban en la sastrería. Claro, no porque ahora fuera socio del club le pasó por la cabeza tutearlo; eso ni pensarlo, porque en sus lejanos recuerdos, él siempre lo vio con mucho respeto porque, todo lo que se necesitaba, don Pepe Faes se lo fiaba a su papá a la palabra, en cambio con sus hijos, que también están en el club, sí echa relajo en el Vapor de Baja.

Regresando a lo del sueño del Alpiste, en aquella taberna su problema fue convencer a aquellos hacendados mexicanos de principios del siglo XIX, pues la mayoría se sentían nobles de la Nueva España, nunca “indios pata rajada”, mestizos, y menos negros africanos llevados en calidad de esclavos. Lo que realmente pasó fue que después de la Independencia de Estados Unidos y de la Revolución francesa, los pueblos latinoamericanos iniciaron sus guerras de independencia, empezando por Haití y luego por México; también Simón Bolívar lo logró con Venezuela y Colombia.

Como el Alpiste no sabe mucho de historia, lo único que les pudo recomendar fue que mejor ya ni regresaran al país de donde habían venido, porque les iba a ir como en feria; sobre todo a los que fueran hijos de españoles porque los estaban pasando por las armas y les estaban quitando sus haciendas; en cambio, a don José Faes le dijo que mejor se fuera preparando para que sus hijos y nietos en algún momento se

fueran para México, porque con Porfirio Díaz les iba a ir muy bien; esto sin saber todavía que su nieto José iba a pasar a la historia de Asturias como un guerrillero carlista.

Bueno, pues don José se quedó reflexivo, como diciendo, “de qué estará hablando este loco”. Entonces, de repente tronó los dedos volteando a ver al Alpiste y le dijo: “Está difícil creer tantas pendejadas, pero por si las dudas ya veré de qué manera me las arreglo para que alguno de ellos vaya a la Nueva España, a ese país que no sé por qué tú lo llamas México, como si Hernán Cortés no hubiera derrotado al jefe Cuauhtemotzin. Ya déjate de gilipolces, no andes con esos cuentos porque de Pola de Lena no sales vivo”.

Desde luego que el Alpiste no sabía lo que iba a pasar con sus descendientes, y don José Faes menos, que su nieto se iba a enganchar medio siglo después defendiendo a un rey llamado Carlos VII, quien todavía ni aparecía en la escena. Lo que pasó en realidad fue que su nieto se convirtió en el carlista más famoso de aquellos pueblos, pues aunque provenía de esa familia sencilla, en la que su padre era labrador de unas tierritas heredadas de su padre, y él era minero, siempre inquieto, nunca estuvo de acuerdo con la situación los pobres.

Ya desde esa época discutían si iban a ser federalistas o unitarios, pero aun así, su principal conflicto era con los conservadores que preferían la monarquía; al inaugurarse la Escuela de Capataces de Mieres, José Faes fue de los primeros que se inscribieron, sobresaliendo con altas calificaciones; ahí

fue cuando se dio cuenta de que estaba llamado para seguir por caminos superiores; entonces, en 1872, cuando apenas tenía 24 años, al grito de “Dios, patria y rey”, se fue al monte a organizar su batallón para apoyar al rey; aunque sus andanzas solo duraron dos años, tuvo tiempo para convertirse en un guerrillero mitológico por todo Asturias.

El coronel José Faes era guapo, y lo sabía; además tenía una voz varonil y un verbo fácil con el que convencía a sus paisanos de apoyar a los carlistas. Lucía un gran capote rojo montado sobre su caballo blanco cuando paseaba por las calles de Mieres al frente de sus lanceros, que eran lo más granado de sus voluntarios. Era cazador de osos. Como se dice en el periódico *El Imparcial*, como guerrillero fue una pesadilla para el gobierno liberal; sus hazañas se exageraban en la fantasía popular. Sin embargo, en 1874, a su vuelta de tierras leonesas, después de haber ocupado las Villas de Llanes, Infiesto, Mieres, Pola de Lena y la zona de los Pajares, donde sus compinches habían cortado las vías del tren, un regimiento del gobierno, al mando de Timoteo Sánchez, lo apresó y acabó con su vida. Ahí terminó la historia de ese José Faes, abuelo del Pepe Faes, que el Alpiste conoció en Casimires Llanes, acá en México¹⁹.

¹⁹ Ernesto Burgos, “El mito de Faes”, en *La Caerlistada*, 21 de marzo de 2015, [<https://lacarlistada.wordpress.com/2015/03/21/el-mito-de-faes/#more-86>].



Coronel José Faes en la guerra carlista.

En el periódico *El Imparcial* aparece la siguiente nota:

Se confirma la muerte del cabecilla Faes y de su segundo. Sus cadáveres han sido conducidos á Miéres (Asturias) por la columna que los batió. En dicho punto fue identificado. Los voluntarios tuvieron un oficial y cinco individuos de tropa heridos. Hé aquí los partes que sobre ese hecho de armas se facilitaron ayer por el ministerio de la Guerra á nuestros colegas de la tarde: «El gobernador militar de Oviedo, en telegrama recibido esta tarde en el ministerio de la Guerra, dice: «El comandante D. Timoteo Sánchez, jefe de la columna de Lena, que, como dije á V. E. en telegrama anterior, estaba en fuego contra la facción Faes, en telegrama de esta tarde á las cuatro me dice: «Tuve dos horas y media de fuego entre Ujo y Santullano contra la facción. Muerto el cabecilla Faes y dos carlistas más. De nuestra parte un soldado muerto y un oficial herido. Por el correo

detalles.» Otro telegrama del gobernador añade: «Confirmando cuanto he dicho á V. E. sobre la muerte del cabecilla Faes y tres más, titulados oficiales, debo hacer presente que se han cogido cuatro caballos y varios efectos de guerra, quedando en el campo tres caballos muertos. La jornada de hoy es de suma importancia para esta provincia. Las columnas han cumplido con exactitud las órdenes que les comuniqué. La de Lena ha vuelto á su puesto. La de Laviana volverá matana á Langreo, y la fuerza de esta capital (Oviedo) debe regresar esta noche. Ha salido de esta ciudad para Miéres una ambulancia de la Cruz roja y tres facultativos para atender á los heridos»²⁰.

Habiendo cenado el Alpiste, y después de haber comentado con aquellos hacendados que habían llegado de la Nueva España, le solicitó a Pepe Faes un lugar para dormir, pues venía muy cansado por la larga caminata que había hecho desde la bahía de El Sardinero en el puerto de Santander; con el permiso de los presentes tomó sus atuendos y siguió hacia el fondo a otro de los niños que ayudaban a su padre en el hostel.

Al otro día temprano el Alpiste oyó que Pepe ordeñaba a una de sus vacas en el granero, ni tardo ni perezoso se levantó como de rayo para ofrecerle ayuda a cambio de comida y algunos reales para luego seguir su camino hacia Pola de Somiedo, pues, en su sueño, se acordó de que su amigo del Club Espa-

²⁰ “Miscelánea Política”, *El Imparcial*, año VIII, núm. 2537, 30 de julio de 1874, [<https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0000511066&page=2>]. Se conservan las comillas de la fuente [nota de la edición].

ña, Alex Faes, una vez le dijo que su bisabuelo había venido a México desde ese pueblito. Don Pepe Faes, con la actitud humanitaria que le caracterizaba, aceptó ayudarlo y lo puso al cuidado de sus cabras, que siempre se desperdigaban por el monte, nunca mandaba a los niños porque había lobos que andaban por ahí para cazar a los rebecos salvajes, unos siervos que se parecían mucho a sus cabras; bueno, pues aunque le dio mucho miedo al Alpiste, al paso de una semana, dio las gracias y emprendió su camino.

Los Lorenzo en los puentes de Pola de Somiedo

*Asturias si yo pudiera,
si yo supiera cantarte...
Asturias verde de montes
y negra de minerales.
Yo soy un hombre del Sur
polvo sol, fatiga y hambre,
hambre de pan y horizontes...
¡Hambre!
Bajo la piel reseca
ríos sólidos de sangre
y el corazón asfixiado
sin venas para aliviarte.
Los ojos ciegos, los ojos
ciegos de tanto mirarte
sin verte, Asturias del alma,
hija de mí misma madre.*

Pedro Garfias, "Asturias".

Por aquellos tiempos, los caminos de Asturias eran muy seguros y llegando el atardecer siempre se encontraba a familias que recibían en sus casas con mucho gusto a los caminantes que iban hacia Santiago de Compostela, pues esas peregrinaciones llevaban más de 13 siglos, casi desde la caída del Imperio romano. Eso favoreció al Alpiste porque durante su viaje por esos rumbos siempre anduvo cercano a los caminos que iban hacia Galicia, donde estaba esa gran catedral en la que, según la leyenda, en el sótano del altar yacían los restos de Santiago el Mayor, el apóstol más cercano a Cristo y el primero en morir martirizado por fundar su iglesia.

Cuando el Alpiste tomó el camino, se dio cuenta de que los peregrinos que iban hacia allá eran de muchos países, lo mismo venían de Francia, Alemania, Italia o Estados Unidos que de otras comunidades de España y de otros países; como el viaje a Somiedo le llevó varios días, nuestro caminante se fue haciendo amigo de personas que hablaban otros idiomas, pero lo que los unía era la fe en ese apóstol, que en su momento viajó al norte de Francia y desde el otro lado de los Pirineos inició su caminata para profesar sobre la palabra de Jesús, con la idea de llegar a Fisterra (el faro del fin del mundo), donde comienza ese mar inmenso que hasta ese entonces casi nadie se atrevía a cruzar: el océano Atlántico.

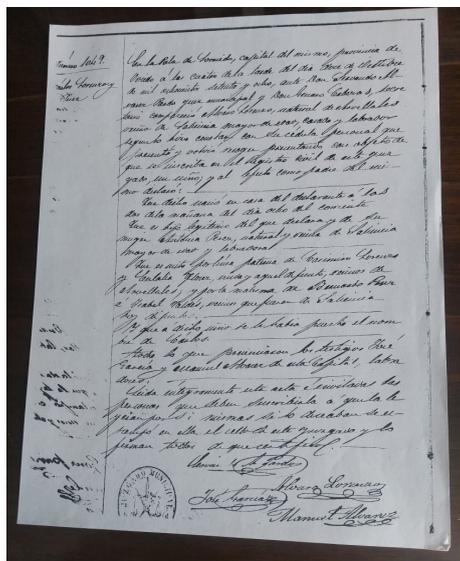
El Alpiste compartía cada noche el mismo dormitorio que se les ofrecía a los viajeros de esos caminos; en realidad eran pequeñas chozas donde se les daba una telera con queso y tocino y un tarro de vino tempranillo, que apenas si les calaba en el gañote; cada uno, fuera hombre o mujer, dormía en un taburete de madera individual que apenas se levantaba diez centímetros del suelo, con una manta para protegerse de las alimañas que zumbaban toda la noche, y como almohada, se ponían su propia mochila para asegurarse de que sus cosas personales no fueran a cambiar de dueño.



Catedral de Santiago de Compostela.

Desde luego que, antes de dormirse, prácticamente todos se quitaban sus zapatos y durante un buen rato se sobaban de las pantorrillas para abajo remojándose con el agua que traían del pozo o del riachuelo que estaba cerca; lo cierto era que, independientemente de que eso fuera necesario para poder volver a caminar al siguiente día, al menos durante 12 horas, la pestilencia que se reconcentraba en el cuarto donde había dormido era insoportable, sin embargo, nadie se quejaba, porque de antemano ya sabían que eso pasaba con todos los peregrinos que querían llegar a la catedral para abrazar al apóstol Santiago, pues sabían que eso representaba el fin del camino, además de reencontrarse con Dios y con el apóstol que estuvo más cercano a la vida de Cristo.

Bueno, pues después de ese sacrificio, el Alpiste emprendió su caminata para llegar temprano a los puentes de la Pola de Somiedo. Al llegar a las inmediaciones, empezó a buscar al tatarabuelo de Carlos Lorenzo, el del Club España; la primera señora a la que le preguntó por los Lorenzo luego luego le dio santo y seña de cómo llegar a la casa del herrero del pueblo; era don Casimiro, un hombre que se casó ya grande y tuvo un solo hijo al que le puso Álvaro.



Acta de nacimiento de Álvaro.

Por esos lares, la economía se sustentaba en actividades forestales, la minería y la construcción de puentes y presas, ya que por estar en torno a los Picos de Europa siempre había arroyos que en verano se convertían en ríos y, si no se preparaban, el caudal se llevaba a sus animales y hasta la casa se les inundaba.

Particularmente Álvaro, que es al que le gustaba criar pollos y borregos, junto con otros jóvenes del pueblo, había

aprendido al lado de sus padres a forjar el hierro para fabricar los barandales y portones que le ponen a los puentes que comunican a la gente de los caseríos, pero que también sirven para darle paso al agua, sin que estropee sus propiedades; entonces el chamaco, aunque apenas estaba iniciándose como herrero, fue acumulando conocimientos muy valiosos y hasta forjó una planta metalúrgica rudimentaria, pero fundamental para los trabajos que le encargaban los vecinos.

Aunque él nunca salió de su pueblo, llegando a la edad de merecer, un día que fue a una de las kermeses que se organizaban en Arbellales, la comunidad donde él nació, se topó con Antonia, una jovencita muy bonita que no había visto antes y para que no se la fuera a ganar alguno de los mequetrefes de los otros pueblos, a la hora del baile colectivo en el que se la pasan dando vueltas todos los asistentes tomados de las manos, se colocó junto a ella y al paso de tres o cuatro giros se le hizo fácil decirle en caliente que si quería ser su novia, pensando que ya era medio famoso por aquello de sus herrajes medio artísticos; la chica, sin contestarle, le colocó su mano a la danzante de al lado y desapareció.



Los puentes de la Pola de Somiedo.

Pasaron varios días y Álvaro no sabía nada de ella, ni dónde vivía o si era de algún pueblo del otro lado de la cordillera; estaba tan desesperado que de plano se fue a ver al padre José María y le preguntó que si durante la siguiente misa podría hacer un llamamiento para que alguien diera cuenta de ella; el padre le dijo que eso solo se podía hacer cuando alguien se iba a casar, para saber si alguien se oponía, pero además lo cuestionó, porque tal vez era una simple reacción de amor propio por haberse sentido despreciado y, actuando egoístamente, pensaba que él valía mucho.

Álvaro reconoció que el padre tenía razón, pero pensó que declarársele había sido un impulso irracional, pero fue

porque le gustó tanto desde el primer momento en que la vio; lo cierto fue que pasando los días la obsesión por volverla a ver se le acrecentó, por eso sentía que cada vez estaba más enamorado; eso lo entendió bien el padre José María, pues es experto en el manejo de esas pasiones humanas y sobre todo que se dan entre los jóvenes de esa edad, y lo menos que quería era que este chico siguiera sufriendo; entonces, cuando vino a verlo, lo primero que hizo fue regañarlo: “Tú naciste aquí en el pueblo y nunca te he visto que vengas a misa y ahora que necesitas algo de la iglesia, te acercas a pedirme que te ayude, así que mejor primero vienes este sábado en la tarde a confesarte y el domingo te espero para que comulgues a lado de todos tus paisanos; luego de eso, ya veremos qué se nos ocurre para encontrar a Toñita”.

Pues ni modo, Álvaro, después de 15 años de no asistir a misa, tuvo que ir el siguiente sábado a desembuchar todos sus pecados, luego rezar tres Aves Marías y un Padre Nuestro para redimir sus pecados, pero además, regresar el domingo para comulgar, formándose en una fila que salía hasta la calle; lo que no quería era que lo vieran sus cuates porque siempre se burlaban de los que cumplían con ese ritual; luego al llegar hasta donde estaba el padre dando la ostia, lo bendijo y simbólicamente puso el cuerpo de Cristo entre sus labios, pero, además, en su caso, le echó una mirada directa a los ojos para ver si traía cara de arrepentimiento. Después de eso, todavía tuvo que regresar a su banca y permanecer hincado y permanecer

así por diez minutos más, hasta que concluyeron los rezos completos del padre José María, antes de decirles: “Podéis ir en paz, la misa ha terminado”.

Concluido el sermón dominical, con una señal, el padre José María le dio a entender a Álvaro que lo siguiera; éste obedeció, fue detrás de él por unos pasillos interiores de la parroquia hasta llegar a un jardín central en el que destacaban unas columnas enormes que sostenían las terrazas con jardineras del segundo piso, donde habitaban las monjas y pernoctan las novicias que les encargan sus familias para que estén protegidas de los males del mundo exterior.

En el centro de ese jardín estaba la que parecía ser la madre superiora, un par de monjas y varias jovencitas, todas sentadas sobre el pasto al lado de una hermosa fuente, de la que caían pequeños chorros de agua que apenas si alteraban los cánticos celestiales que en coro entonaban esas chicas ataviadas con el mismo ropaje de las monjas, pero lo importante fue que entre ellas estaba Toñita. Como es costumbre, a ella la habían llevado sus padres para encargársela a la madre superiora, mientras ellos viajaban al Vaticano para recibir las bendiciones del santo papa Pío VII, Fray Bernabé Nicolò, ya que estaban cumpliendo sus primeros 20 años de casados.

Álvaro, al verla, comprendió su actitud huidiza el día que precipitadamente se le declaró; ella, sintiéndose protegida en ese entorno, simplemente dejó que su rostro emitiera una discreta sonrisa, como diciéndole “¿ahora entiendes?”. El padre

José María no permitió que Álvaro la abordara en ese momento, en cambio, lo regresó por otro pasillo hacia las oficinas de la iglesia y allí le explicó por qué Toñita estaba allí; también le dijo que a él le había tocado bautizarla y que sus padres eran creyentes muy devotos; también le informó que ellos regresarían por ella la semana entrante, pero que él sería quien les platicaría de su interés por conocerla, y ellos serían los que decidirían si la podría visitar en su casa de Lagos de Salientia, pueblo que está del otro lado de los puentes de Somiedo.

Durante los siguientes dos domingos Álvaro no faltó a misa para ver si el padre José María le daba razón sobre los padres de Toñita; fue hasta el tercer domingo que, al término de la misa, el padre lo llamó y le dijo que se fuera para la oficina; estando allí sentado durante un buen rato, de repente entró el cura, con Toñita y don Bernardo Pérez, el padre de la joven, al que le dijo: “Este joven es Álvaro, es un muchacho muy educado y en la pasada kermés que se celebró en el pueblo, conoció a Toñita durante el baile; ella estuvo allí porque las madres llevaron a todas las niñas para que se distrajeran un poco. Pasados algunos días, Álvaro vino para preguntarme si yo sabía dónde vivía su hijita y lo que hice fue esperar a que ustedes regresaran de su viaje a Roma, para informarles sobre el deseo de este muchacho de poder visitarla en su casa”.

Dada la buena imagen que el cura José María les dio sobre Álvaro, el padre de Toñita, que era oriundo de Lagos de Salientia, le dijo al joven herrero que primero iba a hablar

con su esposa y con su hija, para poderle contestar; que fuera el siguiente miércoles en la tarde a su casa, y que ese día le responderían.

Pues no le fue tan mal a Álvaro; él se apegó a lo dicho por don Bernardo, pero desde luego, tratar y conocer a Toñita sería dentro de los jardines de su finca, pero acompañada de alguno de sus hermanos, además, solo podrían estar juntos media hora; aun con esas limitaciones, para la tercera semana ya se habían hecho novios; ella lo aceptó de muy buena gana porque ya no era una niña, además ya estaba enterada de que él se ganaba su buen dinerito con el negocio de la fragua, así que para el siguiente año, se pusieron de acuerdo para que él hablara con sus padres para pedirles formalmente su permiso para casarse.

Por esos tiempos la gente acostumbraba casarse muy joven, así que a los padres les pareció normal, lo único que sí le pidieron a Álvaro fue que sus padres vinieran a pedir formalmente la mano de su hija y que eso fuera delante de toda la familia, incluyendo los que aceptaran ser los padrinos; así fue como sucedió, don Casimiro Lorenzo y doña Eulalia Flores acudieron a ese compromiso tan importante para todos y después de un brindis con uno de los vinos más finos de la región, esa misma tarde se solicitó la aprobación de los padres para que Antonia Pérez se casara con su hijo. Un mes después se llevó a cabo la boda en la iglesia de Somiedo, donde el padre José María los casó gustoso y les dio el santiamén. De allí sa-

lieron más de doscientas personas y se fueron directamente a la casa de la novia, donde ya estaba todo listo para el festejo con todos los rituales que se acostumbraban en los pueblos de Asturias.

Ya eran los años sesenta del siglo XIX y la pareja se dedicó a poblar el planeta con dieciocho hijos, uno de ellos fue Carlos Lorenzo Pérez, quien nació en Saliencia en octubre de 1878 en la casa de sus abuelos maternos; allí tuvo una infancia muy feliz porque disfrutaba de ir al bosque a cazar animalillos para que su mamá los guisara y a los lagos cercanos para nadar al lado de sus hermanas y hermanos, unos más grandes, otros más pequeños que él.

El problema fue que el clima empezó a dar cuenta de sus animales y las cosechas, porque no daban semillas ni frutos suficientes para una familia tan grande y a pesar de que su padre tenía su propio, así que a los 16 años se tuvo que venir junto con sus hermanos Jerónimo y Nemesio para América en busca de su propia suerte; llegando a Cuba se le separaron sus hermanos aprovechando que una noche se pudieron embarcar hacia Chile y ya nunca más supo de ellos; él, por su parte, todavía tuvo que evitar ser reclutado para hacer su servicio militar, pues en ese momento el ejército necesitaba jóvenes adiestrados para combatir en contra del pueblo que luchaba por su propia independencia, tanto en Cuba como en Filipinas, donde España llevaba cuatro siglos de tenerlos como colonia.

Fernando se la pasó varios días escondiéndose entre cañaverales y siendo apoyado por familias muy pobres, pero buenas personas que en ese momento estaban organizadas en contra de los hacendados que las obligaban a trabajar en la zafra sin pagarles nada y apenas dándoles lo mínimo para alimentarse. Aun así, mataron un pollito para Fernando y le permitieron dormir disfrazado como si fuera uno más de ellos, el problema es que este chamaco era güerito, por lo que tuvieron que tizarlo de la cara para que pareciera mulato y en la primera oportunidad que tuvieron lo echaron en una lancha que iba hacia la playa de Varadero; éste se tuvo que ir revuelto entre puerquitos y cañas.



Panzacola, Florida.

Llegando a un pequeño malecón que estaba por un lado de la playa, lo tuvieron allí otro par de días, mientras llegaba el barco que traía turistas americanos que venían de Florida; sin mayor problema, tizaron a Carlos por la popa, que es

por donde subían y bajaban la carga mercantil; los estibadores eran amigos de los cañeros cubanos, además les permitían hacer sus operaciones por la noche para cuidarse del calor diurno. Al otro día, temprano, el barco regresó a su destino, dejando a Carlos en Panzacola, ciudad costeña muy cercana a Nueva Orleans.

En esos tiempos le fue fácil conseguir una carroza para que lo llevara, porque le dijeron que de allí salían barcos hacia Veracruz, así que emprendió su travesía y, efectivamente, ya estando en el camino no faltó quien lo aceptara como compañía a cambio de arrear a los caballos y de ayudar a los pasajeros que iban subiendo y bajando al paso de los pueblitos con todo y sus equipajes.



Nueva Orleans.

Una vez en el puerto, la tentación de meterse a alguna de las cantinas donde se oían grupos musicales tocando y cantando jazz no la pudo controlar, así que por lo menos esa noche se la pasó de aventura; como era muy joven, tuvo que hacerse el muy adulto, en eso le ayudaba su estatura, ya que desde los 14 años rebasó el 1.87; bueno, pues para eso de las cuatro de la mañana le dijeron que ya estaban preparando el barco que salía para Veracruz, así que se fue con todo y los jaiboles que le habían patrocinado unas gringuitas que se la habían pasado bailando con él.

Así acabó su aventura; para las siete de la mañana su barco ya había zarpado hacia Veracruz, puerto donde no pasaría muchos días para, de allí, irse directo a la capital, donde desde muy joven se convirtió en empresario metalúrgico. Sin nunca saber por qué, su madre, antes de salir de España, les hizo jurar a sus hijos que no se casarían mientras ella viviese; lo cierto es que ese Carlos sí tuvo tres hijos con doña María Fernández Vidal y en eso queda la historia del origen hispánico de la familia del ingeniero Carlos Lorenzo Pérez, hoy amigo del Alpiste.

Los Martín regresando a Segovia para la boda

*Nunca cansa, siempre agrada,
llegar a la ciudad castellana,
donde Acueducto, Alcázar y Catedral,
le han dado honor y fama.*

*Pero no hay que olvidar,
obras menos conocidas,
que impregnan a la ciudad,
de la mejor acogida. [...]
Cuando dejas la ciudad,
siempre la misma canción:
Segovia que hermosa es,
seguro que volveré,
te llevo en el corazón...*

Fernando Semprun, “Siempre Segovia”
(Vitoria-Gasteiz, 2016).

Después de tantos días de andar de un lado para otro, el Alpiste lo único que quería era descansar, así que después de localizar a los parientes de Carlos Lorenzo en Pola de Somiedo, ya en camino hacia Lugo, encontró un paraje del que ya no se movió y debajo de un árbol con sombra se echó a dormir; desde luego no podía soñar porque, de hecho, todo esto le estaba pasando bajo los efectos del sueño profundo del que la tía Teté y Gabo todavía no lograban despertarlo.



Acueducto de Segovia.

Bueno, pues resulta que pasadas un par de horas, de repente escuchó una gran algarabía que se traía una familia más o menos numerosa entre la que venían varios niños alborotados, porque al fin habían encontrado a alguien por esa vereda tan solitaria; sin importarles quién era, los cuatro más grandecitos se le acercaron y le preguntaron que si él también iba al caso-río de la tía Albertina Martín; como el Alpiste apenas estaba agarrando la onda de lo que pasaba, pues medio se enderezó y de un poco más lejos, vio que venían una pareja de ancianos, dos mujeres jóvenes, cada una con un bebé de brazos, un hombre con traje negro y corbata; todos vestidos como si fueran a una fiesta.

Era la familia Martín que venía desde Segovia y había pasado a visitar a sus familiares ricos que vivían en Salamanca, pero antes de cruzar un arroyo, un muelle de su carreta se les rompió por el exceso de peso y tuvieron que bajarse y caminar para ver si más adelante encontraban a alguien que le pudiera ayudar a su caballerango, porque ellos iban muy arregladitos y los abuelos iban a ser los padrinos de otra de sus hijas y por eso no podían llegar sudados ni mugrosos.



Alcázar de Segovia.

El Alpiste, al escuchar sobre su problema, como buen tacubayense que es, volteó hacia el cielo haciéndose pendejo, pero don Juan José, sabiéndosela de todas todas, echó mano a la cintura y que saca una pequeña alforja y le brilló los reales que traía; eso cambió su actitud, pues éste que siempre ha andado medio bruja por esos caminos, que se levanta como de rayo, se sacude las manos pensando, “pa’luego es tarde”, que les ofrece muy decentemente sentarse en las piedras redondeadas para que se guarecieran del sol cubiertos por la sombra del árbol; los chamacos más grandecitos ni lo pelaron, al contrario, andaban dando lata por todos lados, echando desmadre; al más chico de los cuatro, los otros le gritaban: “Canito, bájate

de allí; Canito, no metas la mano en esa grieta que te la va a morder una tarántula; Canito, no cortes la flores porque son la comida de las ardillas”.

El pinche escuinle ni los pelaba; es más, hasta les echaba sus caracoles, retorciendo sus deditos de la mano derecha, mientras el Alpiste se encaminaba hacia el arroyo con el joven de la corbatita para ver de qué manera empujaban la carreta pa'delante.

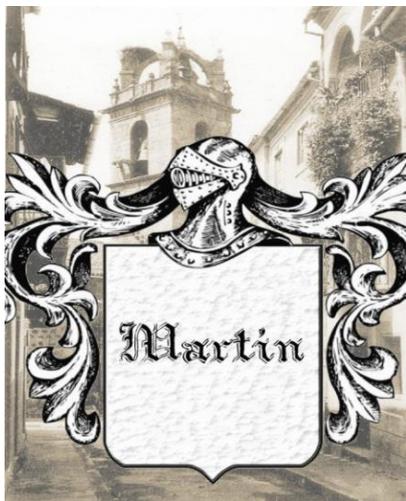


La numerosa familia de Canito Martín.

En el trayecto se fueron platicando; este joven le dijo que ellos venían de Segovia, pero habían pasado por Salamanca, pues

allí hay muchos familiares suyos y que eran los más ricos de la ciudad, porque eran dueños de casi todos los negocios: la botica, la herrería, los mesones, los restaurantes y las granjas de ganado, pavos y gallinas eran de ellos. Le dijo que sus antepasados llegaron de Francia a toda España y que su apellido tiene que ver con San Martín de Tour; según su abuelo, su apellido desde los griegos se deriva de Marte y fue su dios de la guerra; de ahí que los Martín eran considerados como batalladores, por eso todos mis antecesores fueron guerreros porque siempre hemos defendido a nuestros reyes.

Bueno, pues después de un buen rato de caminar llegaron a donde estaba la carreta; el caballerango ya había recortado unos trozos de madera de un tronco medio seco que encontró en la orilla del bosque; entonces, al Alpiste, que seguido se le ponchaba la llanta de su Ford 200 y casi nunca llevaba gato, se le ocurrió que balanceándola entre los dos más fuertes podían levantar la carreta un poco, mientras que el caballerango, que era el más pequeño, fuera metiendo los leños debajo de la rueda atascada; así, lentamente se fue enderezando el eje hasta que los caballos ya pudieron arrastrarlo hacia tierra firme. Resuelto el asunto, ambos se subieron al interior de la carroza y el arriero jaló para donde los esperaba la familia.



Escudo de guerra de la familia Martín.

Dos horas después de haberlos dejado, los Martín ya estaban desesperados; todos sentían que no iban a llegar a la misa; lo cierto es que la familia del novio los había citado más temprano, para ofrecerles un brindis de cortesía, acompañado de tapas con los embutidos que ellos mismos preparaban en sus asoleaderos, donde una vez llevada a cabo la matanza del cerdo, salaban las tripas y la carne grasa, para convertirla en jamón, tocino y chorizo, una vez que la aderezaban con yerbas de olor, que solo las campesinas sabían de donde traían.

Lo que la familia del novio quería era congratularse con los Martín porque sabían que, sin ser nobles, eran de las familias ricas de España; además querían que antes de ir a la iglesia vieran a su hija con el vestido de novia que le había confeccionado la costurera más famosa de Galicia, pero nada de eso sucedió, pues para cuando llegaron, ya se había hecho tarde y tuvieron que guardar las botellas y las bocatas, pensando que algo les habría pasado por el camino, conscientes de que en tiempos de lluvia los caminos están muy lodosos.

Su hija, que se había tenido que venir desde tres días antes a la casa de la madrina de arras para que las jovencitas del pueblo le hicieran su ceremonia prenupcial, cuando llegó su familia ya estaba vestida y llorando porque pensaba que a su padre no le iba a dar tiempo para entregarla al novio frente al altar; pero no fue así, de repente, uno de los peones entró corriendo para avisarles que venía una carroza subiendo por la ladera del cerro con toda la familia Martín.

El Alpiste no se quiso perder esa fiesta, así que, aunque nunca hubo una invitación formal para él, se vino al lado del caballero, cargando a Canito, que no se quiso ir adentro con los demás; el chamaco, que no dejaba de hablar, lo fue confesando, preguntándole que quién era y de dónde venía, así que una vez informado, le dijo que cuando fuera grande, a él le gustaría viajar a ese país y quedarse allá para

tener una familia tan grande como la de sus abuelos; en eso quedó la historia de los Martín que efectivamente llegaron a México desde hace muchos años, y en el Club España tenemos a uno de ellos.

El Alpiste se topa con el marqués Caballero

*Del color de la espiga triguera,
ya madura,
son las piedras que tu alma revisten,
Salamanca,
y en las tardes doradas de junio
semejan tus torres
del sol a la puesta
gigantescas columnas de mieses
orgullo del campo
que ciñe tu solío*

Miguel de Unamuno, "Atardecer
de estío en Salamanca", 1907.

Por aquellos tiempos dedicarse a la política era muy riesgoso, pues gran parte de España estaba gobernada por un usurpador, como fue José Bonaparte, mientras que el rey Fernando VII había sido obligado a abdicar cuando el gene-

ralísimo Napoleón Bonaparte había enviado varios miles de soldados para resguardar los puertos de Galicia y Portugal, por donde Inglaterra, su enemiga número uno, se abastecía de pertrechos para la guerra.



Aldeadávila de la Ribera, barrio de Salamanca.

Andando por aquellas tierras, buscando los pueblos de donde provinieron los abuelos de sus amigos, el Alpiste se topó con el marqués José Antonio Caballero, quien era miembro del Consejo de Estado y gobernador del Consejo de Hacienda; tenía como 50 años, era pequeño, rechoncho y de gestos or-

dinarios; él no era gallego, había nacido en Aldeadávila de la Ribera, comunidad perteneciente a Salamanca, ciudad que adoraba y aunque no le gustaba mucho la poesía, para apan-tallar a los gobernantes, ponía a uno de sus ayudantes a recitar la poesía de los más famosos²¹:

*Enhechiza la voluntad de volver a ella
a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado.*

Ese poema era de Miguel de Cervantes. Luego, le pedía otro y su subalterno tenía que obedecer:

*Salamanca reposa sonriente sobre sus tres colinas
duerme al son de las mandolinas
y se despierta sobresaltada
por el griterío de sus estudiantes.*

Con ese, se recetaba uno de Víctor Hugo; ya para terminar, con un tronido de dedos, le pedía el de A. P. Alencart, que le gustaba mucho:

*Salamanca, luciérnaga de piedra.
Después daré vueltas
para que no me hiera lo eterno.*

²¹ Enrique Vilorio, *Poemas salmantinos*, España, Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca, 2017, p. 7, [<https://www.crearensalamanca.com/wp-content/uploads/2017/11/poemas-salmantinos.pdf>].



La hermosa Catedral de Salamanca.

Por lo mismo, cuando de joven estudió leyes en la Universidad de Salamanca, que estaba muy cerca de su pueblo natal, José Antonio Caballero siempre tuvo cargos, incluso con el gobierno josefino, y gozó de la confianza del rey Carlos IV. A la muerte de su tío en 1807, el teniente general Jerónimo Manuel Caballero, quien era ministro de Guerra, José Antonio heredó el título de Marqués de Caballero. Ese mismo año, con su experiencia académica y leguleya elaboró el Plan General de Universidades con el que se hizo de gran prestigio entre los intelectuales de su época; igualmente despertó justa antipatía llegando a tener muchos enemigos por sus habilidades para usar la intriga entre ellos, y por conocer los

escondrijos del derecho y utilizarlos para derrotarlos de manera tortuosa²².



Marqués de Caballero.

La verdad es que el Alpiste no tenía ni la más remota idea de quién era ese señor al que se encontró caminando abajo de su caballo, como si fuera uno más del séquito que lo acompañaba. A pesar de no ser tan guapo, José Antonio Caballero se casó cuatro veces; si era bueno para conquistar mujeres, también para desbaratar sus matrimonios. En algún momento de su

²² “José Antonio Caballero”, en *Wikipedia*, 5 de octubre de 2024, [https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Antonio_Caballero].

vida amorosa contrajo nupcias con la camarera de la princesa de Asturias; aprovechó esa relación para ascender en su carrera política, tanto que se hizo retratar por uno de los pintores más importantes de la época; ese era nada más y nada menos que Francisco de Goya. Pintándole imaginarios peligros y haciendo depender la seguridad del trono de la adopción de una política restrictiva en negocios eclesiásticos, logró hacerse necesario en la corte. También fue decisivo en su ascenso dentro de los puestos gubernamentales su tío Jerónimo; él utilizó su influencia para hacerse nombrar Fiscal Togado del Consejo Supremo de Guerra.

Ignorante de la trayectoria de ese personaje que le parecía simpático y bonachón, al Alpiste se le ocurrió acercársele para entablar conversación, como si fuera cualquier caminante de esos que andan en busca de atajos que los lleven al Camino de Santiago; tampoco se trataba de uno de esos locos de los que Cervantes nos habla en *Don Quijote de la Mancha*; es un personaje que parece común y corriente, despreocupado por resaltar entre los demás, pero desde que a nuestro amigo de Tacubaya le llamaron la atención aquellas carretas lujosas tiradas por enormes caballos alazanes cepillados y peinados por sus arrieros, don José Antonio Caballero se hizo notar, no sabemos por qué; el caso es que al hacer contacto verbal con él, levantó su mano izquierda dando señal de alto y la obediencia instantánea de todos los que lo acompañaban le hizo entender que el que mandaba era el señor Caballero.



Plaza donde el marqués Caballero conquistaba mujeres.

Aun así, inocentemente, el Alpiste se atrevió a preguntarle si andaban perdidos o si en realidad iban hacia el norte porque él llevaba varios días caminando por esos rumbos entre Castilla León y Galicia, y ya estaba muy cansado; le enseñó las ampollas que traía en los pies, además de que sus zapatos estaban bien agujerados. Entonces, ahora sí, marcando la diferencia de jerarquía, el marqués hizo venir a su médico de cabecera que siempre lo acompañaba en sus viajes y le pidió a un par de peones que subieran a la carreta descapotada a ese caminante desvencijado, para que le revisara los pies, le dieran un poco de vino y alguna de las tapas que ya traían preparadas, porque

justo en ese momento se había bajado de su caballo para estirar las corvas y pedir que le tendieran una carpa donde iba a descansar bajo la sombra de un nogal que se les apareció al dar la vuelta a una loma.

El Alpiste otra vez se sintió como si estuviera en Las Estacas con sus cuates del callejón, pues siempre lo apapachaban cuando se iban de excursión. Ya que fue atendido tal y como lo dispuso el marqués Caballero, el médico le dijo que se bajara de la carreta y se fuera a la carpa porque el marqués quería platicar con él; éste, ni tardo ni perezoso, se fue para allá de inmediato, pero ya sabiendo que se trataba de un noble, le hizo una reverencia antes de sentarse en un sillón que le habían puesto enfrente de él.

—¿Quién eres tú?, ¿de dónde vienes? —, preguntó el marqués.
—Yo vengo del futuro, de un país que para ustedes ahora es la Colonia de la Nueva España; en este momento allá, los criollos de origen español están librando una batalla por su independencia y la van a ganar dentro de unos cuantos años, pero lo importante es que del año de donde yo vengo, 2024, ese país se llama México y en este momento tenemos muy buenas relaciones, con embajadores que llevan a cabo todo tipo de gestiones sobre economía, política y cultura; y por lo que me estoy dando cuenta, usted debe entender bastante de eso; allá tengo un amigo que seguramente es descendiente de algunos de sus hijos o sobrinos, porque físicamente es muy parecido a usted, él se llama Gerardo Caballero, también es abogado y ha viajado varias veces a la España del siglo XXI buscando sus raíces de

sangre y mire lo que son las cosas, nunca se le ha ocurrido que en un pueblito cercano a Salamanca hay una familia noble con un marquesado y con una historia tan interesante como la de su padre y usted mismo. Ahora que despierte de mi sueño profundo, me voy a ir a buscarlo al Vapor de Baja y le voy a decir dónde y cómo llegar a Aldeadávila de Ribera. Seguro que lo voy a sorprender, pues no tiene ni idea de lo importante que fueron sus antepasados acá en por los alrededores de Salamanca.

El Castro de Viladonga, pueblo de la familia Castro

Lugo fue la cuna del Lorca gallego.

*Tierra seca, tierra quieta
de noches inmensas.*

Viento en el olivar, viento en la sierra.

Tierra vieja del candil y la pena.

Tierra de las hondas cisternas.

De la muerte sin ojos y las flechas.

Federico García Lorca, "Tierra seca", 1932.

Cuando el Alpiste llegó a Lugo, un pueblito muy pintoresco, los pastores le preguntaron que si no había tenido problema para cruzar el Castro de Viladonga. Este güey no sabía ni de qué le estaban hablando, lo cierto es que el camino por el que subió a la loma que lo llevó directo a la ciudad estaba

muy escabroso; él no entendía por qué estos pendejos habían construido ese chingo de montículos redondos tan altos y con piedras tan filosas; el muy ignorante no sabía que eran fuertes que habían construido los celtas siglos antes de que los romanos hubieran conquistado la provincia de Spania, pero una vez que llegaron los conquistadores itálicos, los recuperaron para protegerse de los embates de los visigodos, guerreros que fueron expulsados en el siglo VI d. C. por el ejército de Justiniano el Grande para restaurar el Imperio romano de Occidente, pero aquellos, como tribu originaria, siempre trataron de recuperar Lugo.



Fundadores de la ciudad de Lugo.

Lugo, ciudad gallega cuyas tierras son bañadas año con año por el río Miño y sus afluentes, es una imponente región donde los picos de Europa se levantan por encima del hermoso paisaje, compartiendo su magna belleza con el principado de Asturias. Ese es el lugar de donde vino el abuelo de Ricardo Castro, allá a finales del siglo XIX; y lo primero que hizo fue buscar a un primo mexicano que sabía que había nacido acá, cuando su padre escapó de las tropas napoleónicas, porque los enlistaban para luchar contra los ingleses y sus aliados en la batalla de Waterloo.

Entonces, tras un viaje muy largo por barco que tocó los puertos de Nueva York, La Habana y, finalmente, llegó a Veracruz, hizo el último trayecto en tren hasta la Ciudad de México, donde consiguió un cuartito de azotea que le prestó por unos días un judío bonachón al que todos sus inquilinos querían mucho. Recién llegado, lo primero que hizo fue preguntar por su primo en los alrededores de la Alameda central; un cilindrero, que en ese momento estaba tocando un pasodoble, le dijo: “El nombre completo de tu primo es Ricardo Rafael de la Santísima Trinidad Castro Herrera y es un pianista muy famoso; si lo quieres ver, lo encuentras en el Conservatorio Nacional de Música, que está a un lado del Palacio Nacional, en la esquina de Corregidora y Erasmo Castellanos; vete caminando por aquí derecho y, al final, vas a llegar al Zócalo, una plaza pública enorme, allí le preguntas a cualquiera por la calle de Corregidora y te la van a señalar porque está a un lado del Palacio Nacional”.

Ese músico porfirista había crecido durante la guerra de Reforma, cuando Benito Juárez se convirtió en el líder de los liberales más destacados del país, entre otros, el general Porfirio Díaz, que había luchado contra Maximiliano de Habsburgo; durante aquellos combates, Juárez ordenó arrebatarle a los españoles sus haciendas y otras propiedades enormes porque apoyaban a los curitas de la Iglesia católica, que era la institución más rica y poderosa de México por aquellos tiempos, y no quería que el Estado laico se fortaleciera. Entonces, ya durante el Porfiriato, relacionarse con cualquier gachupín significaba ser acusado de traidor a la patria; por eso, en cuanto supo que alguien que venía de España lo buscaba, aunque fuera del pueblo de sus padres, le mandó decir que en ese momento estaba a punto de viajar a Europa, porque iba a dar varios conciertos de música romántica por varios países, que mejor regresara en dos meses cuando estuviera de regreso.

Nuestro Ricardo recién llegado, después de haber ido a ver al Ricardo Castro mexicano —hasta una calle con su nombre había por el barrio de San Ángel—, pronto se dio cuenta de que estaba solo en este país y que su mugroso pariente ni se había tomado la molestia de salir a saludarlo; entonces, no le quedó de otra más que buscar la forma de ganarse la vida, como fuera, en un país en el que los españoles no eran muy queridos por esos tiempos, así que se quedó de cargador allí mismo en el barrio de la Merced.



Castro de Viladonga, en Galicia, España.

Después de un tiempo, con sus pocos ahorros, se le ocurrió poner un pequeño puesto de frutas donde veía que pasaban algunas señoras con su canasta del mandado, pero, en realidad, ellas iban a donde descargaban los camiones porque los propios camioneros les daban chance de llevarse la fruta o legumbres que se aplastaban; además, había mucha competencia entre los mismos diablero que se traían a sus esposas para que pusieran un puestecito por donde ya sabían que pasaban las señoras de copete alto, y les ofrecían mercancías más baratas porque eran las que les regalaban sus patrones el día anterior. También los bodegueros estaban en competencia por ganar los tráileres que llegaban con la fruta a punto de madurar. Entonces, a Ricardo no le pegó el negocio y fue

cuando pensó en irse a Argentina con otro de sus paisanos que había conocido allí mismo, en la Merced, pues en las noticias del radio se decía que la economía en aquel país estaba boyante por la calidad de carne que producían los ganaderos en aquellas tierras del extremo sur de América Latina.

Entonces, como pudieron, ese par de españolillos tomó el Jarocho, o sea, el tren que iba para el puerto de Veracruz. Ya estando allá, se ofrecieron como estibadores en los barcos que iban hacia el Río de la Plata, no sin antes pasar por La Habana, en Cuba; Portobelo, en Panamá, y Río de Janeiro, en Brasil. Después de quince días de larga travesía, efectivamente, conforme bajaban los pasajeros del barco, había enganchadores para llevárselos a trabajar a los rastro de Buenos Aires. Fueron meses difíciles para Ricardo, pues su paisano fue enganchado para otro trabajo en una hacienda ganadera que estaba cerca de la Patagonia.

Al paso de medio año, después de arreglárselas con una familia de alemanes que le rentaron un cuartito al fondo de su casa, conoció a una chica que trabajaba en las oficinas de los empacadores donde el alemán era gerente de despachos. Ella era mucho más joven que Ricardo, pero a éste le gustó desde la primera vez que la vio, cuando regresaba de su trabajo junto con el patrón que le había asignado una de sus recámaras, porque allí dormía su hijita, la menor.

Dejando la pena de lado, una tarde que se cruzó con ella cuando regresaba del rastro donde le tocaba empacar las vis-

ceras de las reses que se sacrificaban el día anterior, así medio cochino, le preguntó que cómo se llamaba. Ese día la joven ni le contestó, a pesar de que sabía que su patrón le había rentado el cuarto del fondo, pero al paso de algunos días de verlo siempre recargado por la entrada de la casa y ver que éste siempre le insistía con lo de su nombre, finalmente le contestó: “Me llamo María Moirón, pero tengo que meterme rápido a la casa porque si no doña Eva me acusa con mi padre”, —cada fin de semana el padre acudía para llevársela al rancho, no sin antes preguntar a doña Eva cómo se había portado su hija—. Aun así, al segundo día le pidió que la esperara un momentito porque ese día le tocaba ir por el pan para la cena y quería que la acompañara por las calles cercanas, porque había unos pibes malosos que siempre la molestaban con piropos muy acosadores.

Al siguiente mes le pidió a María que lo dejara acompañarla hasta su casa, porque se enteró de que no iba a venir su padre a recogerla y de plano quería hablar con él para que les diera permiso de ser novios. En cuanto don Carlos Moirón vio que su hijita venía acompañada de este pelado, inmediatamente caminó hacia ellos y los paró en seco: “¿Qué hace usted siguiendo a mi hija?”. Pero Ricardo, muy seguro de sí mismo, se envalentonó y le dijo: “Disculpe usted, señor, sé que no me conoce, pero he venido hasta la puerta de su casa para protegerla de los maleantes que hay por el camino; pero, además, quisiera pedirle permiso para acompañarla hasta su

puerta cuando usted no pueda ir por ella”. Y, así, como queriéndose adornar, le dijo que venía desde España, pero que primero había pasado por Cuba, México, Venezuela, Brasil y ahora Argentina, pues por los negocios familiares andaba buscando el lugar ideal para asentarse e iniciar la importación de café, ya que en Veracruz se cultivaban miles de hectáreas en tierras altas cercanas al mar, y en esos parajes esta semilla se daba con una gran calidad. Don Alberto Moirón se quedó medio pensativo por un momento, pero habiendo escuchado que, efectivamente, pronunciaba la “c” y la “z” subiendo ligeramente la lengua hacia el labio superior, se convenció: “Bueno pues de que este boludo es español, sí es; lo otro puede ser un cuento, pero voy a darle el beneficio de la duda. Se ve decente el muy cabrón”.

Y así fue como Ricardo consiguió que María se fuera encariñando con él hasta que, al poco tiempo, le pidió que fuera su novia y, aunque ella dudaba de todo lo que este boludo le había dicho a su padre sobre importar café, lo aceptó, sabiendo que apenas si tenía un trabajito en el rastro de donde todos los días salía bien apestoso. Eran tiempos en que las mujeres deseaban casarse antes de los 18 años, porque después podían quedarse para vestir santos; entonces un día le preguntó, que si en verdad la quería tanto como decía; como él le contestó que así era, ella le dijo que deberían de casarse porque ya le había permitido besarla. Lo que siguió fue que hablaron con sus padres y, en medio de una gran comilona en la casa de

María, vino el cura y se llevó a cabo la ceremonia religiosa de la boda. Al paso de tres años ya tenía un par de retoños; uno de ellos, en México, se convirtió en el papá del pinche Ricardo Castro, el que se la pasa tragando galletas de chocolate en los vestidores del Club España, y ni madres que haga algo de ejercicio en el gimnasio.

Pasó el tiempo y se complicaron las cosas en Argentina, debido a la crisis política ocasionada por Evita Perón, que inesperadamente se convirtió en lideresa de las masas populares, quien echaba a pelear a los obreros en contra de los industriales y hacendados, que obviamente rechazaban la reforma agraria, pero, más todavía, a la organización de sindicatos en torno al partido de Perón. Eran los años treinta cuando varios alemanes fascistas muy ricos colaboraban con Hitler para que llegara al poder; esa situación que se iba complicando cada vez más hizo que el Ricardo españolito se regresara a México, sin haber importado ni un kilo de café, pues la verdad es que siempre fue un pobre trabajador sin fortuna y sin familia rica en España; por eso, con todo y su joven familia, salió en cuanto tuvo la oportunidad de que un almirante lo aceptara sin pagar un quinto del viaje, siempre y cuando ayudara a los marineros a mantener las máquinas de vapor repletas de carbón.

Regresó a México cuando la Revolución estaba dando sus primeros frutos con un nuevo partido, un presidente al que todo mundo se le cuadraba y un gobierno que lo mismo apoyaba a los pobres ejidatarios que acaban de recibir sus tierras,

que a los nuevo agricultores del norte y del centro del país, que apoyaban al gobierno para mantener a raya a los cristeros que luchaban para que el gobierno reabriera las iglesias para ir a misa los domingos y le regresara sus propiedades a los párrocos que se habían enriquecido con los diezmos.

Por esos tiempos, el abuelo de Ricardo y sus dos hijitos iban creciendo y por ahí de los años cincuenta, uno de ellos se casó y de su matrimonio nacieron los hermanitos Castro, que son los que el Alpiste conoció en una fiesta a la que fue invitado por unos chamacos el día que fue a los toros a la Plaza México. En una casa bien chingona de la colonia Roma se festejaba el cumpleaños de Xavi, un niño medio popis; sus tías habían comprado dos piñatas que llenaron con fruta y pesetas de plata; luego los sentaron a comer un pastel que al Alpiste le supo a gloria. Bueno, pues ese Ricardo Castro apenas tenía cuatro años, pero ya era una ladilla y a todos los demás escuincles les mentaba la madre a la hora de que rompían la piñata porque él quería ser el único en aventarse para ganar todo. Esa es la historia de la familia de Ricardo Castro que provino de España.

El Alpiste en Galicia buscando a los López

*Galicia, tierra de mar y montañas
donde el viento sopla fuerte
y el cielo está siempre nublado.*

*Es una tierra de leyendas
de brujas y hadas
y las montañas tienen vida.*

*Galicia, tierra de mi corazón
Donde el amor es eterno
y la amistad, más fuerte que el acero.*

Hada Escudero (poetisa gallega)

Un día por la mañana, ya en camino hacia Foz, el pueblito de donde vino el primero de la familia López, el Alpiste, todavía bajo los efectos de su sueño profundo, empezó a recordar que Francisco, el del Club España, le había dicho que

el pueblo de sus tatarabuelos estaba en el norte de Galicia, muy cerca de La Coruña, en la desembocadura del río Masma, donde se formaba una bahía con playas muy hermosas. Como él ha ido varias veces para allá a saludar a parientes que todavía viven allí, le dijo que ahora abundan los restaurantes y hoteles por el turismo, pero que cuando su abuelo llegó a México a fines del siglo XIX, había dejado en España un pueblito de pescadores y comerciantes que vendían tejidos y máquinas hidráulicas que traían otros mercaderes de Inglaterra, donde la Revolución Industrial estaba en auge; ellos navegaban por el mar Cantábrico hasta llegar a Foz para, desde allí, adentrarse a los pueblos de los altos.

Bueno, pues más allá de lo que pudo recordar el Alpiste de sus cuates, anduvo preguntado a lo largo de las playas, si por allí vivía alguna familia que se apellidara Salvador y, casi al final de la lengüeta, un marinero que ayudaba a construir un barco ballenero le dijo: “Por estos rumbos la mayoría de los hombres son pescadores o seminaristas; mejor hubiera preguntado en el episcopado de San Martiño, el que está en Modoñedo, del pueblo de donde viene usted, porque allí el padrecito bautiza a todos los niños que nacen por aquí y todo queda registrado en sus libros; seguro que la novicia que le ayuda le va a decir dónde vive la familia López, porque esta bahía es muy extensa y tiene muchos recovecos que a simple vista no dejan ver dónde hay casas y gente viviendo”.



La playa de la Mariña central en el norte de Galicia.

El Alpiste le hizo caso y se dio la vuelta para emprender el regreso hacia Modoñedo, pero por el cansancio que traía de repente se dejó caer sobre la playa, pues había caminado tanto que lo único que quería era echarse una dormidita; además, soñaba con una cuenca de vino Ribeiro, como había visto en mesones de otros pueblos por donde había pasado, pero nada de eso sucedió en ese paraje aislado de la civilización.

Estaba en eso este anciano, cuando por atrás de la maleza, en una península alargada que apenas dejaba paso al río que separaba a la otra playa de enfrente, vio a unos chamaquitos pateando un coco medio seco, como queriendo pasarlo por en medio de dos palmeras. Uno se veía como de ocho años y otro como de diez; el más chico era más espigado y driblaba con facilidad al otro, que era más bajito y rellenito; ese niño

pateaba el coco como si fuera una pelotita de hule de colores, como con las que jugaba el Alpiste cuando se echaba un partido con sus cuates en el callejón de General Plata, allá en la colonia Observatorio.

El Alpiste se sintió muy atraído porque, hasta donde él sabía, el fútbol se empezó a jugar en Huelva, allá por 1870, y esos niños sin balón ni noción de lo que era una cancha reglamentaria jugaban algo que a él le parecía fútbol, pero en 1813; era como si estuvieran inventando un juego que evolucionaría hasta llegar a ser lo que hoy es para España. Él se sentó plácidamente sobre una roca medio plana para verlos jugar durante varios minutos, hasta que el más chico le dijo al otro: “Ya vámonos para la casa, porque si no, nos va a buscar en el malecón, donde deberíamos estar reparando la red y tejiendo la otra que le encargaron a mi papá los pescadores de Cosme de Barreiro”.



Castro de los tiempos celtas en Fasouro.

El Alpiste no se quedó con las ganas de preguntarles dónde vivían y cómo se llamaban; el más grande le dijo: “Mi hermanito es Luis Salvador López y yo Francisco Salvador López; mi papá es pescador y vivimos en aquella casita que se ve por donde empieza ese bosque; aunque nos ve aquí jugando, los dos le ayudamos a mi papá con lo de su lancha, pero además vamos a la escuela de párvulos; allí estamos junto con otros niños y nos dan clases en gallego, pero además hablamos castellano. ¿Usted de dónde es?”.

El Alpiste tuvo que explicarles que él venía del futuro, de un país que se llamaba México, pero que en la época que ellos estaban viviendo, a ese país se le conocía como Nueva España, colonia que estaba gobernada por el virrey Félix María Calleja, quien había sido nombrado por el rey Fernando VII, una vez que retomó el poder, después de expulsar a José Napoleón Bonaparte con todo y su ejército.

Como a los niños más grandes les daban clases de historia, geografía y civismo, pues Paco Salvador López, con sus escasos 10 años, le comentó que su profesor ya les había contado que el Nuevo Mundo lo había conquistado España desde hacía tres siglos, pero que en esos momentos esos pueblos estaban luchando por su libertad, incluso, sabían que un tal José María Morelos y Pavón estaba organizando un ejército con indios y mestizos, para romper el cerco que el ejército realista le había impuesto durante varias semanas en la ciudad de Cuautla; también le dijo, que ese general era tan hábil como

guerrillero, que el mismo generalísimo Napoleón Bonaparte, mientras lo estaban derrotando en Waterloo, había dicho: “Denme dos Morelos y conquisto el mundo”.

El Alpiste se llevó la sorpresa de que esos niños supieran mucho más que él de lo que estaba pasando en México, aunque había ido a la escuela Defensores de la República, donde se ganó el título de ser uno de los más burros, dicho por la maestra Amalia, que lo tuvo que pasar a tercer año, presionada por la mamá del Alpiste. Ese par de niños dijeron que cuando fueran grandes les gustaría viajar hacia ese país del que él había venido porque seguro que se podrían quedar a vivir allí y dedicarse a fabricar telas con las nuevas máquinas hidráulicas que estaban llegando de Manchester.



El puerto de Foz.

Dicho y hecho, tal vez no ellos, pero sí, casi un siglo después, alguno de sus nietos se vino a México, porque los que conoció el Alpiste son muy parecidos a los que recuerda de su sueño; además, Paco le dijo que su abuelo llegó en 1918 y, luego, ya de hombre maduro, junto con algunos paisanos, montaron una fábrica de calcetines y a eso se han dedicado por muchos años. Claro, ahora Francisco Salvador López es el presidente del Club España y su hermano Luis Salvador fue un destacado jugador de la selección mexicana y luego dirigente de equipos de primera división. Esa es la historia de la familia de los Salvador López que vinieron de la hermosa bahía de Foz, Galicia, como la mayoría de los españoles migrantes, para bien de México.

El Alpiste en el marquesado de los Figueroa

Sin saberlo, ya en su última caminata por las benditas tierras de Galicia, de repente el Alpiste se topó con la hermosa torre de Figueroa que sigue allí, a la entrada de Abegondo, un pueblito muy cerca de Coruña. El asunto es que se enteró de que en esa región ha vivido una familia de abolengo conocida como los Figueroa, además, supo que en 1675 el rey Carlos II de España emitió un decreto real con el que creó el Marquesado de Figueroa; el concesionario de esa merced fue don Baltazar Pardo de Figueroa, convirtiéndolo así en el general de la Armada del Mar del Sur en el continente americano, y en gobernador de Tucumán y otras provincias del Perú.



Marquesado de Figueroa.



Escudo de los Figueroa.

Eso le pareció fabuloso al Alpiste, pues se acordó de que su cuate Roberto, del Club España, se apellidaba Figueroa. Un día, mientras disfrutaban en el Vapor de Baja el calorcito que ellos mismos regulaban a su antojo, con una llave ubicada en uno de los rincones, su cuate le platicó que sus abuelos habían llegado a México desde Galicia, pero que no sabían exactamente de qué pueblo; entonces, el Alpiste al darse cuenta de que provenía de una familia de marqueses, se sintió importante y lo primero que pensó fue que, cuando regresara a México, iba a buscar a su cuate para platicarle que allá en España él provenía de una familia de mucho abolengo.

Era el año de 1813, en ese momento doña Ramona Pardo de Figueroa, que era la quinta marquesa en Abegondo, había heredado el título de su padre. Lo primero que se le ocurrió al Alpiste fue buscarla para platicarle que, de dónde él venía, tenía un amigo que se apellidaba igual que ella; entonces, para no hacérselas de cuento, éste se adentró en el pueblo, preguntando por dónde podría encontrarla. Como por ley ella era la propietaria de la torre de Figueroa, que desde el siglo XV fue construida en honor a las cien doncellas que vivieron allí, efectivamente al primer cristiano que le preguntó, sin más, le señaló con el anular extendido hacia donde tenía que caminar. Subiendo una loma no muy alta, apareció a su vista el casco de una hacienda con un pórtico y un par de columnas a cada lado, sosteniendo un balcón, y en la parte alta, rematada con el blasón del escudo familiar forjado en piedra caliza.

Bueno, pues sin dejar pasar tiempo, el Alpiste emprendió el camino y al poco rato vio algunos animales de corral sueltos; sin dudarlo, se aproximó y estando cerca de la entrada llamó por su nombre a la marquesa; al paso de un par de minutos, por un lado, apareció un viejito con una horca en la mano, moviendo la cabeza hacia arriba y floreado la mano izquierda, como diciendo “¿usted qué se trae?”. Eso propició que le volviera a preguntar por la marquesa Ramona.



Hacienda de la marquesa de Figueroa.

Don Higinio, que lleva toda su vida trabajando para ese marquesado, mucho antes de que se muriera el patrón, pensando que el Alpiste podría ser un conde, con cierta sumisión, le dijo que la marquesa había ido al dispensario médico de las monjas, el que está en el convento de la parroquia de San Miguel, pues la señora amaneció un poco resfriada y por eso su nieta Mariana la había llevado en la carroza pequeña que tienen para esos casos.

El Alpiste se quedó medio pensativo por un momento y luego le pidió de favor a don Higinio que lo dejara pasar allá atrás de la finca porque quería esperarla: “Seguro que ustedes tienen algún cobertizo para cubrirse del sol”. Y así fue, el viejito, sin dudarle, le hizo una seña, con la mano que

traía desocupada, de que lo siguiera, llevándolo en dirección al pozo, cerca del establo donde guardan las vacas y los borregos por la noche para que no pasen frío, pero también para que los lobos que bajan de la montaña no se los lleven para dárselos de comer a sus crías. Le dijo: “De día los perros cuidan muy bien al ganado, pero al atardecer a la marquesa le gusta que se queden con ella en su alcoba, por si alguno de los que están a favor de los josefinos quieren asesinarla, porque ella está a favor de los carlistas”.



Torre de Figueroa.

Ya en convivencia, el resto de la tarde el Alpiste se la pasó platicando con don Higinio. Le contó que él venía de un país al que ahora se le conoce como México, aunque para él todavía siga siendo la Nueva España; que para 1863 va a ser gobernado por un tal Maximiliano de Habsburgo, proveniente del Imperio austríaco y que, entre Benito Juárez y Porfirio Díaz, después de tres años de guerra, será derrotado con todo y el ejército de miles de franceses que Napoleón III le mandó para mantenerlo como monarca imperial; no obstante, que el papa Pío IX le pidió a Juárez que no lo fusilaran, pero de todos modos fue puesto en el paredón del cerro de las Campanas y se lo echaron al plato.

Para don Higinio, lo que le estaba contando el Alpiste era como si estuviera leyendo una novela; no obstante, cuando le tocó su turno, le empezó a platicar de todos los marqueses que habían antecedido a la marquesa; le dio santo y seña de los tres marqueses anteriores que se habían llamado Baltasar y de don Juan José; los cuatro habían sido marqueses de Figueroa, heredando sucesivamente ese título desde los tiempos del rey Carlos II; también le dijo que antes de ellos, un tal Ares Pardo de Figueroa, en 1622, ya había sido capitán general del reino de Galicia y caballero de Santiago; ese en realidad fue un Figueroa segundón, porque el apellido le vino de casarse con su prima Juana María Pardo de Figueroa, por eso al principio esa casa carecía de coto jurisdiccional, pero aun así gozaba de un antiguo privilegio de inmunidad.



Camino de Abegondo.

Bueno, pues en eso estaban las cosas cuando ya casi para anochecer se escuchó el relinchido de los caballos que llegaban con la carroza tirada lentamente, porque se acercaban al pórtico. La marquesa venía cubierta hasta el cuello y solo medio volteó a ver al Alpiste y a don Higinio, entrando a su salón con la duda de quién sería ese anciano. Mariana, antes de entrar, volteó y llamó a don Higinio. Tras llevar a la marquesa a sus aposentos y dejarla acostada en su cama, bajó y le preguntó que quién era ese señor que estaba allá afuera con él; no le pudo decir más de lo que le había platicado durante la tarde; así que ella se quedó peor, pero finalmente le dijo: “Si

ese señor va a pasar la noche aquí en la hacienda, no lo deje solo, acuéstelo en uno de los cuartos que tienen chapa y usted quédese en el de al lado, no vaya a ser uno de esos carlistas que se creen que mi abuela no apoya a los josefinos que siguen gobernando en España”.

Como don Higinio ya le había agarrado confianza al Alpiste, le invitó parte de su cena y se quedó con él platicando hasta que los dos cayeron dormidos, uno sobre el camastro donde duermen al gitanillo que vienen a ayudar a la pisca de las higueras y otro sobre la banca donde sientan a comer a los trabajadores de los viñedos. Aunque el Alpiste esperaba que al otro día lo recibiera doña Ramona, se tuvo que esperar otro par de días hasta que se repuso de su enfermedad y estuvo en posibilidad de caminar hasta un kiosco muy faramallosa que tienen cerca de donde empieza el bosque, porque en ese sitio, en tiempos de bonanza, sus ancestros recibían a la nobleza que los visitaba del reino de Castilla.

Mientras tanto, durante ese par de días, el Alpiste ayudó a don Higinio con la esquila de los borregos; por cierto, que hasta una garrapata se le metió en el ombligo y ya no sabía ni cómo sacársela; don Higinio tuvo que echarle un chorrito de brandy para que el bicho ese saliera a flote. Obviamente también ordeñó a las vacas que eran bien mañosas; la pinta lo pateó dejándolo casi eunuco; ya con las cubetas a tope, con los calostros, don Higinio hizo requesón; una parte de la leche fresca la guardó en la cava para luego tomársela; otra parte la

convirtió en queso y mantequilla. Y como el pan les llegaba de otro pueblo, se prepararon unas tapas con tocino.

Finalmente llegó el día. La nieta Mariana fue al establo para avisarle a don Higinio que se veían en el kiosco. En menos de lo que canta un gallo, el Alpiste se dio una remojada en la pileta y se acomodó los pelos, para no estar todo chamagoso frente a la marquesa. Listo para partir, echaron su caminata y así llegaron antes que doña Ramona. No pasaron ni cinco minutos cuando ellas arribaron en la carreta que condujo uno de los caballerangos. Don Higinio se acercó y les abrió la puerta, ofreciéndoles su antebrazo para bajar.

Ya estando sentadas propiamente en su lugar, el Alpiste hizo una reverencia, agradeciéndoles de antemano haber aceptado platicar con él; le explicó a la marquesa de dónde venía y de su interés por confirmar si su amigo Roberto podría ser descendiente de algún Figueroa que se hubiera ido a vivir a su América: “Él lleva varios años investigando y nunca ha sabido nada de sus orígenes y justo ahora que yo ando por acá, aunque sea en un sueño profundo y dos siglos atrás, cuando despierte, le voy a decir que la conocí y que en la entrada de Abegondo está la imponente torre de Figueroa y también de la gran alcurnia de la familia Figueroa, los marqueses y marquesas que han gobernado aquí, allá y acullá, tierras y pueblos tan importantes para la historia de América y España”.

Doña Ramona escuchó con atención y, luego, le comentó que por esos días los reyes de Castilla estaban muy preocu-

pados por las guerras de independencia en sus colonias y que migraban los españoles de Nueva Granada y Nueva España hacia acá, pero que no sabía de parientes que hubieran llegado a Galicia y agregó: “Yo también estoy interesada en saber si alguno de mis tíos habrá ido para allá; de ser así, siempre estaré dispuesta a apoyarlos para que se vengan a nuestra hacienda, aquí hay muchas tierras para que se vengan a vivir con los de su propia sangre. De cualquier manera, dígame a Roberto que, aunque vivan en su futuro y en otro país, que sepan que aquí siempre tendrán su casa; que venga a conocer nuestra historia y que esté seguro de que todos los Figueroa provenimos de la misma cepa, que no nos damos en maceta, ni somos yerba mala”.

Así terminó la entrevista del Alpiste. Tarde se le hacía para despertar y venir a contarle a su cuate que en Galicia tenía una tía tatarabuela que era marquesa; no obstante, días después, cuando el Alpiste fue despertado de su sueño profundo, no olvidó lo que su amigo, el escritor de esta novela, le comentó sobre el libro escrito por Juan J. Rocha Carro. Algo que decía en la introducción le llamó mucho la atención:

Un periodo convulso este da postguerra civil do 36. Na publicación “A loita guerrilleira contra réxime de Franco en Abadondo en comarca de Betanzos” faise un percorrido de feitos históricos que marcaron a toda una xeneración. Un relativo cronolóxico desde aqueles primeiros días en que chegan noti-

cias da sublevación de parte do exército no Norte de África ata momentos de máxima tensión que aconteceron no territorio²³.

Esa guerra, como lo hizo la Revolución mexicana, rompió la fraternidad entre los españoles. Ojalá que cuando nuestros amigos lean las memorias del Alpiste estén conscientes de que hay muchas Españas, pero todas valen oro para quienes, del otro lado del mundo, nos sentimos ligados en sangre y cultura a todas. Criollos, mestizos e indígenas hablamos su idioma, le rezamos al mismo dios, compartimos historias comunes y queremos que haya fraternidad entre nuestras naciones; su colonización fue dolorosa, pero a la vez majestuosa. Esa fue realmente la primera, única y verdadera transformación de México; buena o mala, pero cinco siglos después somos producto de esa historia.

²³ Juan J. Rocha Carro, “A loita guerrilleira contra o réxime de Franco en Abedongo e comarca de Betanzos”, en *Blog “Currunchos de Galicia” de rochacarro*, 30 de diciembre de 2013, [<https://rochacarro.blogspot.com/2013/>].

El Alpiste volviendo al futuro

*Me encierro en el último piso del eclipse.
Veo la transparencia de la mariposa
en la ventana;
en la vida
néctares subterráneos
aceras de este barrio,
cual canto y cerebro.
Las grandes puertas
del granero de la vida esperan
abiertas a un sarcasmo
que no cabe.
Con las
piernas cruzadas,
la mirada en una vieja
privada sustancial
acorde al edificio más antiguo
que se erige monumental y le da nombre a
Tacubaya
con varios verbos
que reverbera la memoria.*

Víctor M. Navarro, "Entrada a Tacubaya".

Al final la chamana se dio por vencida; llegó un momento en que se puso hasta la madre de tantos paseos del Alpiste por la Europa decimonónica, pues ya llevaba dos días completos tratando de despertarlo y luego de haber conocido a los espíritus de todos aquellos parientes con los que había hecho contacto en su sueño profundo, decidió romper con los protocolos de los chamanes tradicionales, porque, además, Gabo ya estaba dando patadas de ahogado, tenía la boca seca y los labios partidos; y como en un ritual que hizo escándalo allá en su pueblo, pues a don Fulgencio, uno de los arrieros de los Cárdenas de Jiquilpan, lo tuvo que resucitar dándole un masaje cardiopulmonar, incluida respiración de boca a boca en el atrio de la iglesia, y eso ya no le gustó al párroco, que sin trámite de por medio le echó a andar a la Santa Inquisición michoacana, para correrla definitivamente de Sahuayo.

Ante la situación que se le estaba complicando con el Alpiste, esperó un rato a que se apaciguaran los espíritus, que todavía andaban fuera del limbo celestial, y en cuanto las imágenes del entorno se diluyeron y la recámara volvió a su estado normal, la tía Teté abrió la ventana y la puerta para airear el ambiente, luego buscó a su sobrina, quien estaba medio acurrucada junto con Luscinda en la recamarita de al lado; entonces, con todo y pena las tuvo que despertar para pedirles que se fueran, hechas la mocha, a la farmacia por un frasquito de amoniaco y un litro de suero, pues ya llevaban dos días sin comer nada.

La verdad es que la esposa de Gabo todo el día anterior había estado llamando para saber si ya podía ir a recoger a su marido; esa fue parte de la preocupación y pena que tenía Gloria, además de estar desesperada por lo que estaba pasando con el Alpiste. Bueno, pues echaron la carrera para cruzar al otro lado de la colonia; en cuanto el empleado de la botica les dio su mercancía, regresaron y sin mayor contratiempo, le entregaron a la tía Teté su encargo. Ella se metió de inmediato al cuarto para colgar el suero en el gotero, poniéndoselo primero al Gabo, previo piquete que tuvo que darle, después de encontrarle la vena, que no le aparecía por ningún lado; luego tomó una gasa que ella misma traía entre sus chunches, tomó el frasquito de amoníaco para pasárselo al Alpiste por la nariz, esperando que, como si fuera el “Púas” Olivares, reaccionara después de haber sido noqueado por Alexis Argüello.

Por su parte, Gabo, que estuvo todo ese tiempo sentado en el sillón bajo condiciones de trance intenso, empezó a regresar a su estado normal; para ese momento la tía Teté le había agregado unas vitaminas al suero para que le pusieran la mirada en orden; entonces se levantó como si nada para desentumirse; lo único que le preocupaba era que se le hubiera borrado la raya de las nalgas. Del otro lado, el Alpiste apenas sintió el olor del amoníaco, abrió los ojos y lo primero que le preguntó a Gabo fue que cuánto tiempo llevaba esperándolo, pues ya tenían que irse a la casa del Niño Swain, porque ese día los había invitado a echarse una de Torres X,

obviamente con las respectivas botanas que quedó de llevar el primo Alex, de El Farolito, la cantina que, en su sueño, sigue en la esquina de Calderón.

La tía Teté ya no quiso llevarle la contraria: el trabajo estaba hecho. Los dos habían despertado y estaban bien; lo que seguía era que sus esposas les fueran dando los particulares de lo que habían vivido. Ella se despidió de Gloria, agarró su chiquigüite y le pidió a Luscinda que pidiera un Uber para regresar a la Nueva Santa María. Entonces, Gloria le habló a Lourdes para avisarle que ya estaba resuelto el problema del Alpiste y que la esperaba para que recogiera a Gabo.

El Alpiste, luego de despedirse de su cuate, con la idea de que su esposa no le había dado chance de ir a pistear, se paró a comer y, ya para el atardecer, sin haber sido informado de nada de lo que le había sucedido, se fue, como de costumbre, a la esquina. Allí esperó a ver si regresaba su cuate el escritor, para ver si ya le traía la otra parte de la novela que le prometió antes de irse a París.

No queda más qué contar. El Alpiste sigue allí, con la idea fija de que como la colonia Observatorio no hay dos y que nadie podrá ser más feliz que habiendo nacido en Calderón núm. 57, donde está la casa que construyó su abuelo Juan hace un siglo, cuando Tacubaya se empezaba a ensanchar con nuevos barrios populares, arriba de donde pasaba el tren que iba a Cuernavaca, alrededor del observatorio astronómico que

mandó colocar Porfirio Díaz a finales del siglo XIX, cuando decidió que el arzobispado debería cambiar de ubicación.



El futuro que le ve el Alpiste al emblemático edificio Ermita.

Desde esa esquina, el Alpiste sigue recordando que el kínder Morelos, a donde lo llevó su mamá en 1951, sigue allí, a un lado del edificio Ermita, que hoy se ve minúsculo al lado de los rascacielos que se han construido a lo largo de la avenida Revolución; también recuerda la escuela Defensores de la República, que ha quedado atrapada en la esquina de Benjamín Hill y Carlos B. Zetina, agobiada por la cantidad de automóviles y alumnos de la Universidad La Salle, que convirtieron las antiguas casas de la Condesa, en estacionamientos, facultades y oficinas.

Sabe que desaparecieron los callejoncitos empedrados a los costados del Parque Lira, por donde su padre lo llevaba caminando al veinte para las ocho, para no llegar tarde a la escuela. Suspira por aquellos domingos cuando la familia se organizaba para subir en el trenecito color ocre, para hacer día de campo en la hacienda de Belén de la Flores, hoy convertida en oficinas de la Secretaría del Bienestar. Tampoco se le olvidan las excursiones que hacían sus cuates del callejón y la vecindad para irse a nadar a Las Estacas o a treparse al Nevado de Toluca.



El mercado Tacubaya.

Por eso, nada ni nadie sacará al Alpiste de allí, pues allí nació y creció; allí tuvo sus primeras desilusiones amorosas, allí aprendió el oficio de su padre, allí creció al lado de sus primos, allí se hizo adolescente junto con sus amigos del callejón. Seguir viviendo allí no lo cambiará por nada, aunque sus hijos le ofrezcan irse a vivir con ellos a España o a Estados Unidos. Él se considera a sí mismo un “tacubayo” de pura cepa; ama su colonia y, aún más, desde que llegó a la Prepa 4, donde estuvieron los jardines en los que se armaban las buenas pachangas con las más distinguidas personalidades de la época de Benito Juárez; él sigue recordando el día que vino López Mateos a inaugurarla; y estuvo orgulloso cuando algunos de sus cuates del callejón fueron admitidos.



Ciudad de México, la megalópolis ingobernable.

Pepe, el escritor, a través de esta novela, ha convertido esas historias en las *Memorias del Alpiste*; pero sabe que no son solo suyas, pues sus antecesores, que descansan en el Panteón de Dolores, mucho tuvieron que ver con lo que se relata; por eso, mientras siga recuperando en sus escritos lo que vivió, estas memorias serán parte de él, pero también de todos los que estuvieron en su entorno; su cuerpo, huesos y alma se forjaron en esos cuartos, en esa casa, en esas banquetas y calles. Todo cuenta, por eso no quiere irse de allí.



Crisis ambiental en Azcapotzalco en los años ochenta.

El Alpiste se sabe un sobreviviente de aquella pandilla de muchachos del callejón que ya no están o que se le adelantaron en el camino; también, se reconoce como un sobreviviente de sí mismo, pues ha soportado ocho décadas de fatídicos cambios que han transformado a su querida Tacubaya y la Ciudad de

México, esa que conoció cuando apenas tenía tres millones de habitantes. Recuerda que su padre lo llevaba a Paseo de la Reforma para ver el desfile del 16 de septiembre, o al Zócalo para disfrutar la iluminación navideña y comerse unos buñuelos al lado de sus hermanos; pero, desde su perspectiva, los gobernantes y habitantes a lo largo del siglo XX lo han arruinado todo. Aun así, con una paciencia de hierro, sigue esperando a su cuate. Permanece allí parado, con la mirada fija hacia el otro lado de General Plata, como si esperara ver a aquellos que nunca regresaron. También aguarda para escuchar las últimas historias del barrio que quiere contarle, sin saber que Pepe ha escrito un poema que dice así:

*Tacubaya de los descubridores, de los conquistadores.
Molino de Santo Domingo de Hernán Cortés.
Arzobispado de Fray Juan de Zumárraga.
Panteón de Dolores de Lerdo de Tejada.
Observatorio Astronómico de Don Porfirio.
Colonia Observatorio de los Cañas, de los Reyes,
de los Muñoz, de los Márquez, de los Vargas, de los Martínez.
Sastrería del callejón de Plata de Don Luis Rosique.
Kínder Morelos y la Defensores de la República de los Cañas,
de los Quintero, de los Ortega, de los Casillas, de los Talamantes.
¡Oh querida Tacubaya!
Desde aquí; desde la esquina de mi callejón de Plata;
desde la cerrada de los Estañol, de los Pérez Ruiz,*

*de los Llamosa, de los Corona, de los Tovar,
de los Covarrubias Garcés, de los Huitrón.*

*Desde la esquina, seguiré esperando al escritor que
ha convertido la memoria de nuestras vidas, en parte
de una historia que le dio significado a nuestro destino.
Gracias querido amigo, por haber inventado al Alpiste;
por haber escuchado sus aventuras al lado de nosotros;
por haber convertido a la Tacubaya de aquellos años,
en parte importante del paisaje antiguo de nuestro barrio,
cuando nuestras vidas, comenzaban a tomar sentido.*

Epílogo

Al siguiente martes, Gabo se fue al Club España para organizar un desayuno, pues se acordaba de todo lo que hicieron los espíritus que se posesionaron de su cuerpo cuando sirvió de médium. Empezó buscando por las canchas, la alberca y el Vapor de Baja a todos los amigos cuyos antepasados aparecieron en los sueños del Alpiste; así que se jaló a Juan José Arregui, Fernando Alonso, Roberto Vázquez, José del Cojo, Pepe Faes, Carlos Lorenzo, Canito Martín, José Antonio Caballero, Ricardo Castro, Paco Salvador y a Roberto Figueroa, pues ese día el Alpiste les vendría a platicar que se había quedado dormido durante dos días y que hasta tuvieron que traer a una chamana que convenció a Gabo para que sirviera de médium para poder despertarlo.

El Alpiste no esperaba que Gabo quisiera verlo el siguiente viernes en el restaurante que está a la entrada del club. Ese viernes, cuando el Alpiste llegó, ¡oh, sorpresa!, todos sus amigos, algunos de sus primos y hermanos, y hasta Pepe, el escritor, estaban allí para festejar que se había publicado *Los sueños de aserrín: Volver al futuro*, donde se narran las historias de los tatarabuelos de todos los que había citado Gabo. Trata de los pueblos españoles donde vivieron sus antepasados y de cómo algunos de ellos se pudieron venir para México cuando los tiempos se les pusieron difíciles en España; eso les sorprendió, pues, aunque fuera una ficción, imaginarse a sus tatarabuelos viviendo en los pueblitos donde están sus orígenes les ocasionó gran placer.

Referencias

- ALTUNA Enzunza, Aitzol, “Napoleón y el Estado vasco”, en *Nabarralde*, 27 de octubre de 2010, [<https://nabarralde.eus/napoleon-y-el-estado-vasco/>].
- ARGAMASILLA, Mónica, “La importancia de escribir”, *La Razón*, 7 de octubre de 2022, [<https://www.razon.com.mx/opinion/2022/10/07/la-importancia-de-escribir/>].
- BENÍTEZ, Fernando, *Ayer y hoy*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- BONAPARTE, Napoleón, “No lamentéis mi destino”, en *Retóricas*, 1814, [<https://www.retoricas.com/2011/04/no-lamenteis-mi-destino-napoleon.html>].
- BORGES, Jorge Luis, “El sueño”, en *Poemas del Alma*, 1976, [<https://www.poemas-del-alma.com/el-sueno.htm>].
- BOYNE, John, “Frasas de familia [3]”, en *Las 130 mejores frases de familia y vínculos familiares*, 16 de julio de 2018, [<https://psicologiymente.com/reflexiones/frases-de-familia>].
- BRUCKNER, Pascal, *La euforia perpetua. Sobre del deber de ser feliz*, Barcelona, Tusquets, 2001.

- BURGOS, Ernesto, “El mito de Faes”, en *La Caerlistada*, 21 de marzo de 2015, [<https://lacarlistada.wordpress.com/2015/03/21/el-mito-de-faes/#more-86>].
- CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, España, Editorial Everest, s.a.
- GARCÍA, Carlos, “Heródoto, el historiador viajero”, en *Historia. National Geographic*, 18 de enero de 2021, [https://historia.nationalgeographic.com.es/a/herodoto-historiador-viajero_11890].
- GARCÍA Montes, Rosa María, “La poesía de la playa del Sardinero”, *La Vanguardia*, 16 de julio de 2020, [<https://www.lavanguardia.com/participacion/las-fotos-de-los-lectores/20200716/482328455948/beneficios-pasear-playa-sardinero-historia-santander-turismo.html>].
- GARFIAS, Pedro, “Asturias”, en *Poetas Andaluces*, s.f. [<https://www.poetasandaluces.com/poema/3861/>].
- GÉRARD, François, *La bataille d’Austerlitz. 2 decembre 1805* [1810], en Wikipedia, 2020, [[https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_napole%C3%B3nicas#/media/Archivo:La_bataille_d’Austerlitz._2_decembre_1805_\(Fran%C3%A7ois_G%C3%A9rard\).jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Guerras_napole%C3%B3nicas#/media/Archivo:La_bataille_d’Austerlitz._2_decembre_1805_(Fran%C3%A7ois_G%C3%A9rard).jpg)].
- GÓMEZ Martín, Fernando E., “Unamuno, mensajero poético de Salamanca. Interés didáctico de las estampas salmantinas”, *Aula: Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca*, núm 5, 1993, pp. 133-146, [https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/69071/Unamuno%2C_

- mensajero_poetico_de_Salamanca_.pdf?sequence=1&isAllowed=y].
- GRINBERG-Zylberbaum, Jacobo, *Las manifestaciones del ser. Pachita*, México, Editores Asociados, 1980.
- “JOSÉ Antonio Caballero”, en *Wikipedia*, 5 de octubre de 2024, [https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Antonio_Caballero].
- “JOSÉ Faes”, en *Wikipedia*, 27 de diciembre de 2023, [https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Faes].
- LINAZAROSO, Karlos, “IV”, en Jon Kortazar (ed.), *Montañas en la niebla. Poesía vasca de los años 90*, España, DVD poesía, 1962, [<https://x.com/TeamPoetero/status/1073276855636115464>].
- MADRID, Jaen, “Pachita, la curandera más famosa de la Ciudad de México”, en *MXC*, 2015, [<https://mxcity.mx/2015/10/pachita-la-curandera-mexicana-mas-famosa-de-la-ciudad-de-mexico/>].
- MÁRQUEZ de Patiño, María Blanca, “Cuando mi pueblo duerme”, *Las poesías*, 2018, [<https://es.slideshare.net/AlfredoFlores4/las-poesias-102174425>].
- “MISCELÁNEA Política”, *El Imparcial*, año VIII, núm. 2537, 30 de julio de 1874, [<https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0000511066&page=2>].
- MONTAÑO Garfias, Ericka, “Mientras tanto dame la mano, poesía de un bastión de gente que resiste”, *La Jornada*, *Cultura*, 30 de marzo de 2009, p. 31.

- NAVARRO, Víctor M., “Entrada a Tacubaya”, en *La Gazeera DF*, 17 de enero de 2018, [<https://lagazzettadf.com/noticia/2018/01/17/poema-hoy-entrada-tacubaya/>].
- NERUDA, Pablo, *Confieso que he vivido*, México, Editorial Melo, 1976.
- OLIVARES Baró, Carlos, “David Toscana entrega un lúdico tributo a la literatura rusa”, *La Razón*, 28 de octubre de 2022.
- PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- PÉREZ Garzón, Juan Sisinio (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, España, Marcial Pons, 2004.
- “PODEROSA oración chamánica”, en *El sendero del chamán*, s.f. [<https://www.elsenderodelchaman.com/rituales/poderosa-oracion-chamanica/>]
- ROCHA Carro, Juan J., “A loita guerrilleira contra o réxime de Franco en Abedongo e comarca de Betanzos”, en *Blog “Carrunchos de Galicia” de rochacarro*, 30 de diciembre de 2013, [<https://rochacarro.blogspot.com/2013/>].
- SEMPRUN, Fernando, “Siempre Segovia”, en *X*, 10 de noviembre de 2016, [<https://x.com/TurismoSegovia/status/796674705520521217>].
- SERNA, Enrique, *El vendedor de silencio*, México, Alfaguara, 2020.

- VILORIA, Enrique, *Poemas salmantinos*, España, Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca, 2017, [<https://www.creaensalamanca.com/wp-content/uploads/2017/11/poemas-salmantinos.pdf>].
- YORY, Carlo Mario, “El concepto de «topofilia» como teoría del lugar”, [<https://academic02.tripod.com/topofilia.pdf>].

El Alpiste ha sido el personaje central de esta novela, que según en esta última versión, él sigue viviendo en la cerrada de General Plata, en la colonia Observatorio, barrio de Tacubaya donde nació y creció al lado de su familia, siendo quien heredó la sastrería de su padre y hasta la fecha sigue allí, haciendo remiendos o ajustes a los trajes que los vecinos compran en los almacenes modernos. El problema fue que una noche, después de haber estado en la esquina, como lo ha hecho desde hace 64 años, cuando se hizo cuate de los jóvenes que formaban la pandilla de la colonia. Esa noche, ya para dar las 11, su esposa salió a meterlo porque ya era hora de irse a dormir; ella le dijo que ya dejara de estar allí esperando para ver si alguno de sus amigos se aparecía para quedarse otro rato a platicar de sus viejos tiempos cuando eran chamacos. Al final, lo convenció de meterse a merendar y echarse a dormir; el caso es que al otro día no despertó y así estuvo durante 2 días, hasta que fue a traer a su tía la que fue chamana allá en Michoacán, para que lo despertara; mientras tanto, el Alpiste soñó que andaba por el País Vasco en los tiempos de Napoleón y que su ejército lo pescó para llevárselo a la guerra; así fue como éste, empezó a viajar por parte de Francia, Alemania, y luego cuando se les escapó, se brincó por los Pirineos hacia Pamplona y empezó a toparse con los pueblitos donde vivía su tatarabuelo y los de sus amigos del Real Club España; así fue como el Alpiste conoció muchos de esos lugares del centro y norte de España.



UAM · 978-607-28-3286-2



9 786072 832862

Fides · 978-607-5901-25-1



9 786075 901251